



Beso De Dragón

LMR

BESO DE DRAGÓN

LMR

© 2023 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

PRÓLOGO

BESO DE DRAGÓN

¿Así que piensas dejar tus ojos sobre mí, así, sin decir nada? Bien, bueno, supongo que es tu manera de decirme que acabas de llegar a Vyskar. En ese caso mi cometido será presentarte mi hogar y aquellos que viven en él. Pero tengo un poco de prisa, ¿qué te parece si cojo tu mano y dejo que sean tus propios ojos quienes vean de qué va todo esto?

EXTIENDE LAS ALAS, DRAGÓN

Corrí, tanto como me dieron las piernas. Mi corazón latía con tanta fuerza que casi parecía haber un monstruo de tres cabezas golpeando mi pecho con insistencia. *No es algo que me haya pasado, nop.* Vi el borde, la tierra bajo mis pies se acabaría pronto, así que justo antes de saltar grité:

—¡Skanaghor! —Y descendí, caída libre, ya no había vuelta atrás.

Mi estómago se encogió de la impresión y contuve un grito. *No importa las veces que lo haya hecho, la sensación de que mi alma sube hasta la garganta dispuesta a abandonar mi cuerpo, es algo con lo que siempre puedo contar. Igual que pasa con la gravedad. Esa que asegura que estoy más y más cerca de mi muerte.* Pero el majestuoso y leal dragón con el que había creado el vínculo desde hacía ya más de una década, no sabía dejarme tirada. No estaba en su naturaleza. Nunca lo permitiría. Skanaghor se acercó a mí más veloz que nunca y me salvó mucho antes de que chocara contra la siguiente montaña flotante a... *¿qué se yo? Cientos de metros más abajo.*

—¡Woohooo! —grité cuando cogimos velocidad.

Sus enormes alas blancas se movieron imparables, ayudándonos a devorar distancia en un tiempo récord. Lo que parecía lejano en el horizonte estaba a nuestra espalda en un par de segundos. *Sin duda, esta es la mejor sensación del mundo.* Atravesamos un aro de fuego y se oyeron vítores desde la lejanía. *Qué descortés por mi parte no presentarme. Mi nombre es Lhyos y llevo veinticinco años en este mundo. La furia sobre la que estoy montada es Skanaghor, mi criatura favorita en todo el universo. Oh, él tiene miles de años, pero no le gusta dar demasiados detalles al respecto...* Esquivamos los obstáculos rocosos pasando muy cerca, pero nunca demasiado. De repente, estábamos boca abajo, sin reducir ni un ápice la velocidad.

—¡Te gusta demasiado hacerme esto! —le grité sintiendo que toda la sangre se me subiría a la cabeza. *Mi dragón no se ríe, pero si lo hiciera ahora mismo se estaría carcajeando.* Cerró

las alas y empezó a girar a su antojo. Y a toda velocidad—. ¡Skanaghor! —grité—. ¡No es momento de jugar, la carrera es más importante!

Extendió las alas de golpe y nos acercó a la montaña flotante (alias mi nuevo destino) en menos de un cuarto de segundo. *Porque rectificar es de sabios... o porque quiere que le dé su pescado podrido y muerto favorito para comer cuando esto acabe. Si tuviera que apostar, me decantaría por lo segundo.* Si algo sabíamos sobre los dragones era que no podías controlarlos del todo, eran seres libres y muchos también eran bichos desobedientes y rebeldes. *Pero si dices algo de esto delante de él, negaré haberlo mencionado.* Salté de Skanaghor y en cuanto mis pies tocaron el suelo seguí corriendo. *Tantas horas de entrenamiento están dando sus frutos, sin duda. Si alguien va a ganar esta carrera, esa voy a ser yo. Oh, sí.* Mis pasos frenaron en seco al oír:

—¿Buscas esto? —Pregunto esa voz masculina, grave, profunda y... *pffff. Estoy perdida.*

Apoyado en una enorme roca, Dhax estaba jugando con la estrella de diente de dragón en su mano. La que yo había ido a buscar. Cabello oscuro como imaginaba que sería la muerte, labios tan rojos como la sangre y un par de ojos dorados siempre brillantes en una condenada e insoportable mirada desafiante.

—¿Cómo lo has hecho? —le gruñí con frustración señalando el objeto que debería estar en mi mano.

—Siendo más rápido que tú —se encogió de hombros.

—Disfruta de la sensación única en tu vida. No volverá a repetirse.

—Una guerrera con una lengua más peligrosa que sus puños. —Se movió a mi alrededor, cual dragón acechando a su presa—. Qué miedo. Aunque, si mal no recuerdo Yknoder fue más rápido que Skanaghor la última carrera.

—Eso fue culpa mía, no de Skanaghor. —Estaba echa polvo después de todo el día matando seres con más brazos de los que una imaginaría posible.

Condenadas Liekhys.

—Si quieres, puedo encargarme de dirigir a Skanaghor la próxima vez. Para que sepa lo que es tener un buen guerr...

—Ni en tus mejores sueños.

—¿Temes que después tal vez no quiera volver contigo, bichito?

Bichito. A día de hoy, seguía sin entender como una palabra de siete letras podía tener semejante poder en mí. Pero si fuera un muro, Dhax acabaría de tirarme abajo.

—Temo romperle el corazón a Yknoder. —Me di la vuelta, no sin antes ceder al deseo de mirar su preciosa, absorbente y besable sonrisa.

Un día voy a... nada. A nada. Maldita sea, ¿qué soy, una novata? ¿Por qué le miro? Dhax siguió mis pasos rápidos y con cierta consternación en el tono dijo:

—Te has entretenido en la cascada de Nheitiri.

—No.

—Las mentiras solo las usan los cobardes. —Tiró un poco del arco que llevaba cruzado al cuerpo con uno de sus elegantes dedos—. ¿Por qué mientes tú?

Su iris emanaba ese color demoledor. Esa era su mayor arma contra mí. Esa naturaleza protectora que se le despertaba tanto conmigo. *Cuando te preocupas, me cuidas o eres sobreprotector, tengo que resistirme, porque sino...*

—No miento. Me habría entretenido de haber conseguido una sola estrella, pero lo cierto es que he conseguido dos, así que mi tiempo ha sido empleado de forma muy eficiente. Estrellas con las que por cierto, voy a quedar en primer puesto —me alejé de él mientras se dedicaba a unir mucho sus cejas.

—Vaya, pareces muy normal —se acercó a mí, mucho, con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? Aparta —le quité la mano de mi cara cuando quiso tocarme.

—Es evidente que te ha picado la avispa del sueño y sigues en trance. —Sus manos llegaron hasta mis hombros e inclinó la cabeza hacia mí para mirarme mejor.

Se las aparté de un manotazo y él se rio. Ese sonido hizo cosquillas a mi columna vertebral. Me obligué a no sonreír, pero mi corazón sí lo hizo. *Mucho.*

—No me ha picado nada, estoy muy despierta. Ahora piérdete.

Dhax no solo llevaba tres años más que yo en este mundo, sino que había decidido aprovecharlos al máximo. *Es más fuerte y también más rápido. Ya, debería odiarlo, pero no puedo. Mi corazón se acelera cada vez que estamos juntos. Cada vez que estamos cerca. Él todavía no ha escogido a ninguna mujer con la que pasar el resto de su vida y a pesar de que*

hay quienes cantan mejor, quienes tienen mayores conocimientos sobre medicina y sin duda alguna, quienes saben preparar alimentos mejores, no hay nadie en todo Vyskar que vuele a su dragón como yo vuelo a Skanaghor. A veces incluso yo tengo la sensación de que comparto sangre con ese dragón al que tanto le gusta jugar. Sabía que esa era una cualidad muy atractiva para algunos chicos en Vyskar, pero, ¿para él? No estaba segura. A veces creía que sí y otras que era tan protector conmigo porque me veía más como familia. *Preferiría que me masticara a conciencia un dragón furioso antes de que pasa eso último.* Para mí no había nadie más que Dhax.

—¿Y si ya tenías lo que necesitabas, entonces por qué has venido aquí? —señaló el suelo bajo sus pies.

—Me gusta la idea de batir todos los récords —dije, saboreando su expresión de sorpresa—. Supongo que tendré que conformarme con batir uno, después de hacer lo que mejor sé allí arriba —señalé al cielo.

Lo lógico para cualquiera hubiera sido salir corriendo. Intentar por todos los medios que perdiera la ventaja que había conseguido. Pero Dhax no se movió.

—No irás allí tú sola —sentenció en tono autoritario.

—Me da que sí.

—No, Lhyos. Todavía no estás preparada —dijeron sus palabras, aunque sus ojos eran un poco más del color de «eres alucinante», oculto en terca inexpresividad y seriedad forzada.

—No podrás convencerme de lo contrario.

—Puedo intentarlo.

—¿Acaso has olvidado todas las veces que he conseguido ganarme una bronca del instructor Fhykna por hacer algo antes de tiempo?

Dhax se acercó a mí de repente. Tanto, que sus labios rozaron mi mejilla consiguiendo que esa electricidad vibrara en mi interior de nuevo. No fui capaz de apartarme. Mis pies parecieron formar parte del suelo. Cuando habló su voz no fue más que un susurro.

—Como si pudiera olvidar algo de lo que haces.

Sus palabras encendieron pequeños fuegos por mi piel. Giré el rostro para mirarle. Su iris brillaba con la intensidad del fuego de dragón. Había pedazos de estrella nocturna ahí dentro,

siempre encendidas iluminando toda mi existencia. *Dhax*. Nuestros labios quedaron aún más cerca.

—¿Intentas jugar sucio? ¿Distraerme? ¿Piensas utilizar algún hechizo conmigo? —Hablé demasiado rápido para lo lento que me iba el cerebro.

—No me hace falta. Puedo ganarte limpiamente. —Sonrió confiado—. O aceptar mi derrota si es en tus manos.

La forma en la que lo dijo, sí, me dejó en trance. Con el corazón acelerado y blandito. Cuando su pecho se hinchó un poco, controlé el espasmo de mi cuerpo y me obligué a despegar la vista de sus labios. Su mirada era oro líquido y... durante un instante... uno breve, creí que él... Entonces Skanaghor rugió impaciente y me devolvió a la realidad.

Le di un empujón a Dhax por jugar conmigo, gruñí y salté al vacío.

MALDITO MONSTRUO DE TRES CABEZAS

Ni siquiera la adrenalina de la caída superó lo anterior.

—Gracias, chico. —Le di unos golpes en el lomo y Skanaghor me contestó a su manera mientras recuperaba el sentido. Sacudí la cabeza centrándome de nuevo en lo que importaba en ese momento: la caza de Hydra, el monstruo de tres cabezas. Oí a Dhax hacer su grito de guerra. El mismo que proclamaba todo guerrero cuando consideraba cercana la victoria. *Eres un chulo*. Pero saber que él y su escamosa bestia roja como el fuego no iban a dejarnos ganar tan fácilmente hacía las cosas mucho más interesantes—. Skanaghor, alza el vuelo. ¡Más alto! — Una carcajada salió de mí cuando lo hizo más y más—. ¡Eso es!

—¿A dónde va?

—¡No puede ser!

—¿Va a por el monstruo Hydra ella sola?

—Está muerta.

—¡Ánimo Lhyos!

Alertaron algunas voces. Los espectadores del juego se encontraban en tierra firme, *sí de esa que flota en el aire*. ¿Confuso? Puede. Lo cierto era que ya tenía cuatro estrellas de diente de dragón y solo hacían falta tres. *Sorpresa, sorpresa, Dhax. A veces yo también soy un poco chula*.

—¡Más deprisa, Skanaghor! —Cogí mi arco al tiempo que el viento me golpeaba las mejillas. Entonces las vi. En la oscuridad del pantano esmeralda emanaban tres cabezas de un solo cuerpo oscuro e inmenso. *Cruel, despiadada, sin honor y traicionera. Así es la criatura Hydra. Por eso nadie la echará de menos cuando consiga hacerla desaparecer de este mundo*—. ¡Desciende, Skanaghor! —Disparé la primera flecha.

Diana. Luego la segunda. Diana. Una tercera. ¿Adivinas? *Sí, diana. *Procede a echarse vaho en las uñas y limpiárselas en el hombro**. Pero eso no serviría. Ni siquiera cuando la punta de mi flecha se hubiera colado a través de su garganta. Ni siquiera cuando, ya en el interior de su

cuerpo, explotase. Acto seguido lancé el arco con fuerza y disparé la última flecha, haciéndolo estallar en una explosión que subió la temperatura del lugar. Parecieron molestas. Furiosas, de hecho. Tampoco podía culparlas.

Nadie recibe a la parca con una sonrisa.

Desenfundé mi Zyxe, la enorme espada con la que siempre cargaba Skanaghor y guíe a la criatura majestuosa hacia el peligro, sabiendo que yo misma lo sacaría de él o moriría en el intentando protegerlo. Nos movíamos muy rápido, igual que las cabezas. Los gritos de la monstruosa Hidra amenazaron con dejarme sorda. Las filas de dientes se acercaban mucho, pero nunca lo bastante. La adrenalina se mezclaba con el sudor frío del miedo por todo lo que estaba en juego. Bordeé al animal que pretendía comerme de una sentada y elegí mi primera víctima. Ayudándome de la velocidad de Skanaghor y de los salientes de las rocas y vegetación del entorno, dejé a una acorralada. Ataqué. Un corte limpio, profundo y certero hizo caer la primera cabeza al pantano. Mis flechas evitarían que crecieran dos cabezas nuevas de esa pérdida, pero el efecto duraba muy poco y debía ser rápida. *Oh, Dios, no.*

—¡Cuidado! ¡Skanaghor! —grité cuando una de ellas estuvo a punto de alcanzar su ala izquierda. Él rugió y soltó una llamarada que incendió todo el pantano—. ¡Eso es! —grité satisfecha al oír los agudos y taladrantes gritos del monstruo.

Estaba a punto de ocuparme de la segunda cabeza cuando mi visión periférica me alertó de que ya no estábamos solos. Unas alas grandiosas, escamosas y del color de los rubíes se adentraron en nuestro territorio. *No ha podido ser tan rápido.* Un segundo... ¿él? ¿También tenía todas las estrellas que necesitaba? *¿Me ha...? ¿Me ha dejado venir aquí antes con tal de que batiera el récord?* Mi corazón se contrajo de forma peligrosa. Sacudí la cabeza recordándome que distracción y muerte se daban la mano en los pantanos como el que sobrevolaba. Sin perder un ápice de tiempo me acerqué a la cabeza que me prestaba atención. Ataqué, pero no la herí de muerte. Descendimos en dirección a las llamas cuando la largura de sus cuerpos jugó en nuestra contra. Blandí la espada, teniendo la parte más baja de su cuello como objetivo, pero no pude hacerlo. Se movían demasiado y eran veloces. Una amenaza capaz de acortar tu tiempo de vida en este mundo a un solo segundo.

Rodeada de fuego, siento la gélida mano de la muerte en mi espalda. No la ignoro.

También puedo cargar con ella, igual que con mi espada.

Con un grito, alcé el arma de la justicia de Vyskar e hice un movimiento rápido. Solo tenía una oportunidad de no acabar en el interior de su garganta y... ¡Sí! La Zyxe salió a través de su lengua. Sabía que eso no la dejaría fuera de juego, no del todo, pero era un celebré la pequeña victoria. Estaba mareada, atontada. Débil. Su sangre oscura y azulada me había manchado entera. *«Te engañará. La criatura Hydra convierte al mejor guerrero en una débil presa. Te traicionará. Nunca confíes en el monstruo»*, susurró la voz de la muerte en mi oído. *«Detrás de ti»*. Ahí estaban: largos y afilados colmillos. Muy cerca, más que eso. Una boca tan grande como para engullir una aldea de una sentada. Como para herir de gravedad a mi dragón. Ahogué un grito de terror.

—¡Desciende, Skanaghor! —Volamos entre las rocas. Y más deprisa al darme cuenta de que nos perseguía. Su cuello no parecía capaz de limitar el acecho—. ¡Más rápido, Skanaghor! —Devoramos el espacio como guerreros expertos, sin chocar ni una sola vez.

Nos conocíamos más que bien este lugar.

Pero la otra cabeza apareció justo delante nuestro. Entonces, de repente, una espada la atravesó. No fue la mía. Las alas rojas de Yknoder se alzaron desde detrás.

—¡Lhyos! —me alertó Dhax.

Me di la vuelta en el lomo de Skanaghor. Él no podría girar a esa velocidad debido a su inmenso tamaño, pero yo sí. Todo se ralentizó. Corrí por su lomo con la espada en la mano, viendo como los peligrosos dientes de la última amenaza que quedaba en pie se acercaban más y más al dragón que había jurado proteger con mi vida. Entonces, empujándome contra su cola, hice lo único que nunca, (jamás) debe hacer un guerrero: deshacerse de su arma.

Lancé la espada con todas mis fuerzas y lo hice al tiempo que saltaba de Skanaghor. Mi espada atravesó su cabeza en un letal y definitivo ataque. Sin tiempo de saborear la victoria, me agarré a su cuello como pude mientras me precipitaba a una muerte más que segura si no conseguía frenarme antes de caer al pantano en llamas. Me deslicé por el apestoso y viscoso animal, tan cubierto de la sangre de sus hermanos como yo. Traté de clavar mis dedos en su cuerpo. No lo conseguí. La velocidad jugaba en mi contra. Mi corazón advirtió lo peor. Un angustioso grito me arañó la garganta. Se movía demasiado como para que pudiera hacerlo, para

que pudiera asegurar mi agarre de alguna forma.

El pánico se extendió a sus anchas por mi ser.

No, así no. Por favor. Pero lo parecía, el final parecía haber llegado para mí. La sangre latía en mi sien, tratando de ayudar a mi cerebro a dar con algo. Pero no había nada. Mi enorme dragón no podría girar su cuerpo a tanta velocidad, no iba a poder salvarme esta vez. Y Dhax estaba lejos. Lo bastante como para que mi cuerpo cayera a la piscina de llamas a la que me aproximaba la gravedad con cada segundo. No, no había nada que pudiera hacer y lo supe, fui consciente de ello. Aun así, no dejé de intentar aferrarme a lo que quedaba del monstruo. *Lucha hasta el final. No te rindas.* El rugido de Skanaghor me atravesó. *No es posible.* Sabía lo que quería de mí y a pesar de que eso me acerca más rápido a la muerte, lo hice. Utilicé al animal viscoso que se retorció para impulsarme con fuerza lejos de él y me dejé caer. *Sí, en dirección al fuego. Si no estás dispuesto a morir por tu dragón, es que no confías en él.* Cerré los ojos y acepté mi destino. Fuera cual fuera.

Mi espalda chocó contra un ala de Skanaghor y rodé. Alzó el vuelo alejándome de las altas temperaturas y el peligro inminente. Luego bajó antes de que yo pudiera agarrarme a nada. Sin que tuviera oportunidad de moverme, él lo hizo por mí y me colocó de vuelta en su lomo. Algo tapó a la parte del cielo a la que se dirigieron mis ojos en cuanto solté el primer suspiro de alivio por seguir viva. *O alguien.*

—Vaya, por un segundo he pensado que tendría que intervenir —dijo Dhax con la respiración agitada y una preocupación mal disimulada.

—Querrás decir, robarme la victoria. —Me senté en condiciones intentando que mi pulso recuperara el ritmo habitual.

Nop. Demasiado pronto. Por todos los Dioses, eso ha estado cerca.

—Más bien, ayudarte a conservar la vida. —Yknoder se detuvo frente a Skanaghor.

—La próxima vez no dudes —dije al chico cuyo rostro era iluminado por las llamas bajo nosotros—, prefiero morir como una guerra antes de perder contra ti.

Sonrió.

—Necia.

Sonreí.

—Pero victoriosa. —Le guiñé el ojo al que sin duda, sabía la verdad oculta tras mi mentira.

Los esféricos y pequeños faros que traían consigo el mensaje del pueblo de Vyskar llegaron inundados de aplausos y celebraciones en mi nombre. También el de Dhax, por supuesto. Me había salvado la vida. Era casi una victoria compartida. Casi, pero no, porque yo había acabado con un mayor número de cabezas. Saber que podía contar con Yknoder y Dhax cubriéndonos las espaldas a Skanaghor y a mí... *bueno, digamos que hay días que me hace sentir invencible. Lo cual es peligroso. Muy peligroso. Sobre todo, para una persona impulsiva y a veces catalogada como imprudente como yo.* Los ojos de Dhax me aseguraron que siempre estaríamos el uno para el otro. Sellando una promesa: estábamos juntos en esto.

ILÍADA Y KHRÍOMER

—¿En qué estabas pensando? —Ilíada, reina de Vyskar se pasó de un lado a otro, arrastrando su grácil vestido frente a mí con un aura angelical.

—Lo siento, mamá.

—Tienes prohibido volver a salir hasta la próxima luna llena. ¿Me oyes? Prohibido.

—Mamá —utilicé mi tono más dulce. El único que podía librarme del castigo—. Por favor...

—Haré que te retengan en las mazmorras si es necesario.

—Mamá —intenté de nuevo—. He salido victoriosa, ¿no vas a felicitar a tu hija?

El enfado se resquebrajó en su mirada esmeralda. Sus delicados brazos me arroparon, no sin antes dedicarme una mueca de disgusto. Una calidez reconfortante y familiar curvo las comisuras de mis labios hacia arriba. Me acarició el pelo claro como el sol que había heredado de ella, con el cariño de una madre preocupada. Acto seguido se obligó a apartarse para mirarme bien.

—Sé que eres una guerrera, como tu padre. —Chistó la lengua—. Casi maldigo el hecho de que te parezcas tanto a él. —Se llevó las manos a la cabeza en un gesto dramático y la marca de nacimiento azul de su antebrazo quedó expuesta. Mi madre siempre había odiado esa marca, por algún motivo—. Pero un día serás reina de Vyskar y existen planes para ti. Tienes la obligación de no morir antes de poder servir a tu pueblo.

—Ilíada, tiene mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para evitar que eso suceda.

Hizo una mueca. Haría falta mucho más que eso para que se quedara tranquila.

—¿Le diste una muerte digna?

La reina de Vyskar era una sabia. La mejor de todas. *«Respetar al enemigo que muestra dignidad. El corazón de un buen guerrero nunca disfruta de la muerte ajena, la lamenta a pesar*

de que con ella haga justicia. Solo así podrá evitar perderse entre las sombras», solía decir. Sabía que un monstruo como Hydra carecía de todo honor, pero eso no lograría arrebatarme el mío.

—Sí, se la di. Fui todo lo rápida que pude y no me regocijé en su dolor.

—Bien —sus ojos esmeralda sonrieron—. Pero de ningún modo te libraré eso del castigo que sin duda te...

—¿Dónde está mi niña? —La voz de Khríomer llegó desde la lejanía, con una firmeza como la que acompañaba siempre sus pasos—. ¿Dónde está mi Lhyos?

—Estoy aquí, papá —dije, a pesar de que él ya lo sabía.

Su carcajada impactó contra mí antes que él. Que su mano derecha fuera un garfio no impedía que me estrujara contra su enorme barriga con afecto.

—¡Menuda manera de empezar el día! —Me soltó de golpe—. ¡Estoy tan orgulloso de ti, Lhyos!

Las montañas flotantes estaban un tanto lejos del palacio, con lo cual, cuando nosotros llegábamos aquí, las celebraciones (en nuestro nombre) habían empezado y acabado (sin nosotros).

—Gracias, señor.

Agaché la cabeza como haría cualquiera ante el rey de Vyskar. Pero él me levantó la barbilla obligándome a mirarle como solo haría con su hija. Su mirada se encontraba rebosante de orgullo.

—Cuéntame como ha sido.

Lo hice, sabiendo que debía ser rápida y no entrar en detalle para no aburrirle. Deteniéndome en la historia a medida que él gritaba frases de celebración que hacían que la mueca de preocupación de la reina se agravara aún más. Una voz menos barbárica me detuvo antes que terminara la historia.

—No deberías alentarla así, Khríomer —dijo Ilíada—, fue la primera en llegar al pantano. ¡Y sola! ¡Ningún guerrero se había atrevido a nada semejante en los últimos cincuenta y siete años!

Eso hizo que el pecho del rey se hinchara todavía más y la mueca de la reina se hiciera más

profunda.

—Estaba con Skanaghor —dije por lo bajo, tanteando si eso apaciguaba las aguas o prendía fuego a todas las antorchas del reino.

Por la mirada que me lanzó, más bien lo de las antorchas.

—Has sido muy valiente, Lhyos. —Khríomer puso una mano en mi hombro, satisfecho, ajeno a todo.

—¡Y temeraria! —exclamó Ilíada llevándose las manos a la cabeza.

—Sí, sí, por supuesto, temeraria también —Khríomer carraspeó y fingió que no sonreía como nunca en su vida.

Forzando las comisuras de sus labios hacia abajo. Yo también lo hice, por respeto. Y porque nadie inteligente se pondría en contra a alguien tan poderoso como Ilíada. Ni siquiera mi padre.

—La próxima vez ándate con más cuidado —dijo Khríomer—. ¿Lo harás?

—Sí, os lo prometo —miré a ambos, pero... *nop, eso sigue sin bastar*.

Debía asumir que mientras fuera guerrera, ella temería por mi vida. Igual que ella debía aceptar que ser guerrera era algo que llevaba escrito en el alma y que jamás podría ser otra cosa.

—Y dime hija, ¿te ayudó Dhax?

Me llevé una grata sorpresa al ver las grabaciones, sobre todo, al ver que Yknode se había acercado mucho a nosotros. Tal vez hubiera sido capaz de intervenir si Skanaghor no hubiera llegado a tiempo, lo cual era impresionante.

—Sí, mucho —admití, pensando que me reprendería por ello.

—¿Es eso cierto?

—Eliminó una de las tres cabezas —asentí y algo brilló en su iris.

—Pero tú la heriste primero —dijo demostrando que ya había oído esa parte de la historia que no había tenido oportunidad de contar.

Lo lógico era que los reyes no perdieran el tiempo viendo esa clase de competiciones que no son otra forma de llevar a sus guerreros de caza. Pero estaba segura de que mi padre las veía a escondidas. Conociéndole, seguro que había oído cientos de veces la historia y pediría escucharla al menos mil más.

—La intervención de Dhax me salvó la vida —contesté, a lo que asintió una vez de forma solemne.

—Ya he enviado el oro de agradecimiento a su familia.

El corazón me hizo cosas raras en el pecho. *No lo admitiré nunca en voz alta, pero una victoria compartida, si es contigo, sabe mejor.*

—Gracias, señor.

—Me alegra que cuide de ti, hija mía, aunque estoy seguro de que la próxima vez no te hará falta.

Eso fue un claro «esfuérzate más, sé que puedes». Aún dentro de palacio, unos andares rápidos acompañados de una voz aguda molesta me interceptaron. Llamaba mucho la atención si los comparabas con aquellos silenciosos guardias que estaban por todas partes. *Que venga una Hydra y me engulla, por favor.*

—¡Tú! —gritó una de las pocas personas en Vyskar a quien le importaba una cola de dragón aquello en lo que fuera a convertirme el día de mañana.

UN NUBARRÓN EN MI CIELO DESPEJADO

—Hola, Lora. —Tenía sangre de la realeza, éramos algo así como primas lejanas.

Nos odiamos, lo cual evidencia que sí, somos familia.

—¿Qué hechizo has utilizado? —Su larga trenza negra voló hacia delante cuando frenó en seco al alcanzarme.

—Ninguno.

—Skanaghor no puede entenderte tan bien, estás haciendo trampas.

—Disculpa, ¿es que pones en duda la labor del Consejo de Protección de Dragones? ¿Ese que se encarga de que no les falte alimento? ¿De comprobar su salud? ¿De asegurarse que no están bajo ningún hechizo?

Estrechó la mirada deseando poder fulminarme en el sitio. Lora era una gran guerrera, sin duda. Pero su vanidad le podía. Si no estuviera tan centrada en mí y en Skanaghor, tal vez su relación con Athalágnar sería mejor.

—¿Querías algo más? —pregunté bordeándola, sin darle tiempo a contestar.

Hoy tengo un buen día y no me lo va a estropear nadie. Y tú menos que nadie.

—Sí, quería algo más. —Me siguió golpeando el mármol con fuerza a cada paso.

—Vaya —murmuré.

—¿Qué castigo van a imponerte?

—¿Por ganar? Creo que la cosa no funciona así.

—No, por vender tu Zyxe tan a la ligera. ¿Qué castigo van a imponerte?

Me detuve. Como siempre, dándome donde más duele.

—Lora, piérdete.

—Vamos, dímelo. ¿Van a cortarte la mano? —Sonrió de manera torcida mientras yo me ponía más y más seria—. Porque eso sería lo justo.

Pasó un segundo.

—Deberías tenerme miedo.

—¿Por qué? Tu futuro como reina de Vyskar aún está por ver. A este paso puede que mueras mucho antes.

—No lo digo por eso, Lora. —Me acerqué. Tanto, que podría haberme puesto a contarle las pecas. Una por cada célula de mala uva que tenía en el cuerpo—. Lo digo porque si encuentro la motivación necesaria podría divertirme charlando con tu madre acerca de lo que estás haciendo con ese guardia al que no estás prometida. Sí, eso que haces desde hace ya meses —remarqué—. ¿Pheliand se llama? —Ladeé la cabeza, pero no me alejé ni un milímetro—. Por no hablar de que, si me tientas, tal vez me den ganas de hablar con el entrenador Fhykna y contarle que hace algunas semanas arriesgaste la vida de Athalágnar innecesariamente llevándola al caldero del abismo oscuro para practicar tus saltos. Así que yo que tú, dejaría de pensar en mí y en mi dragón, y empezaría hacer lo que la dragona a tu cargo se merece que hagas. No hace falta que te recuerde, que lo primero que haría tu madre al enterarse de lo de Pheliand sería apartarte de Athalágnar, ¿no? —Motivo por el cual nunca diría nada. La dragona no tiene la culpa. *Pero eso tú no vas a saberlo.* Sonreí—. Que tengas un buen día.

La oí gruñir y volver por donde había venido.

Me dirigí a la escalinata del castillo con una mueca. Dejé que mi cuerpo se deslizara por la cristalina rampa de lento y fácil descenso que había en el centro. *¿Qué? Ciento trece escaleras son muchas escaleras cuando tienes mi estado de ánimo.*

—Esa no es la cara que el pueblo de Vyskar esperaría ver en su ganadora —dijo Dhax descendiendo a mi lado, pero por las escaleras.

Debía haberse ocultado tras alguna de las gruesas columnas.

—¿Me estabas esperando?

—Ha sido casualidad, pero apuesto a que tu cara no lo es. ¿Se ha enfadado mucho Ilíada?

—Un poco, pero no es eso. —La felicidad por que se hubiera quedado esperándome se mezcló con esa nube oscura que me perseguía.

—¿Y qué es?

Me bajé de la rampa y me detuve en la escalera.

—He perdido mi espada —hice una mueca de disgusto—. Mi Zyxe, la mía.

—Entonces, ¿no la de otro? ¿La tuya? —se burló y alcé la mano para pegarle, pero sus dedos rodearon mi muñeca con delicada firmeza.

La Zyxe era un arma honorífica con la que premiaban a muy pocos guerreros de alto rango. Había perdido *mi* arma honorífica, pero toda mi tristeza quedó en pausa cuando Dhax me miró de esa forma.

—Eres muy dura contigo misma, como siempre.

—Una victoria manchada, eso es lo que esto —admití en poco más de un susurro.

Sus ojos brillaban más que el sol antes de abandonarnos día tras día. *Juro que podría confesarle mis secretos más profundos.* Y eso era peligroso. Muy peligroso.

—Una victoria es una victoria, bichito. —Sus dedos acariciaron mi piel con delicadeza y mi mente se desconectó un instante—. Y seguro que después de la de hoy, Cosmo estará más que dispuesto a hacerte una nueva.

—No me la merezco.

—Arriesgaste tu vida con tal de evitar que mordiera a Skanaghor, sabiendo lo que el veneno de Hidra le haría a su cuerpo.

—Él va allí porque yo le obligo a ir, ¿qué menos que arriesgarme por él del mismo modo?

—Tú lo llevas allí porque vivimos en un mundo repleto de peligros y el dragón, al igual que el guerrero que lo guía, debe aprender a ser un cazador.

Hice una mueca.

—Se te da muy bien esto —admití—. ¿Estás seguro que no eres un sabio? —pregunté ganándome una sonrisa—. No en serio, a penas cometes errores. Eres del todo repelente. —Sacudí la cabeza—. Pienso averiguar qué demonios podría haber hecho para evitar tener que llegar al punto en el que...

—Apuesto a que tendrás tiempo de eso más tarde —intervino en ese tono firme y autoritario que llevaba usando conmigo desde que tenía uso de razón. Él había sido mi maestro en muchas cosas. Mi admiración por él me obligó a dejar que guiara mis pasos—. Pero ahora no es el momento.

—¿No lo es?

Sacudió la cabeza.

—Ven, campeona, quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunté, pero solo obtuve una sonrisa torcida como respuesta.

¿Cómo había tenido tiempo de preparar nada? Acabábamos de llegar. A no ser... A no ser que Dhax supiera que iba a ganarle.

—¿Me has dejado ganar?

—Nunca te dejo ganar, Lhyos.

—Pero tenías todas las estrellas cuando nos hemos visto.

—Si eso fuera cierto, no sería relevante.

—¿Por qué no?

—Porque hoy has sido más rápida que yo en todos los pasos previos y el último no habría sido distinto.

—Me has hecho de entrenador —mis hombros cayeron con tristeza y queja—, no has competido contra mí.

—No lo entiendes. Me has ganado y es una victoria merecida. No he intentado robártela, que es distinto. Pero a estas alturas deberías saber que yo nunca te regalo nada. Ni en nuestros entrenamientos extras, ni mucho menos en una competición. —Se giró justo a tiempo para no ver, ni darse cuenta, de lo mucho que se había hinchado mi corazón.

Fuimos a por Yknoder y Skanaghor. Por lo visto la sorpresa requería un pequeño vuelo.

PULSO EXCESIVAMENTE ACELERADO

Nos encontrábamos en el lago de Lohnor. A esta hora del día, en algunas zonas, los árboles libraban de los implacables rayos de sol a la hermosa agua cristalina. Los dientes de león luminosos perdían luz con la suave brisa y dichas partes flotaban en el ambiente generando un aura mágica.

—¿No crees que alguien nos echará en falta?

—Habremos vuelto antes de que se den cuenta. —Una de sus enormes manos llegó hasta mi cintura cuando quiso ayudarme a bajar de una roca rota.

De ser cualquier otra persona se habría ganado un manotazo, pero a Dhax... se lo permitía. *Y eso que a mí me gusta cuidarme sola. Pero él es asdfghjkl.* Odiaba sentir que no tenía el control de mis emociones. Cuando ese calor rebotaba en mi piel bajo su contacto, me hacía sentir débil y muy fuerte a la vez. Viva de un modo salvaje y desconocido. Carraspeé.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mirando a mi alrededor, tratando de ocultar mi pulso apresurado como bien podía.

Las vistas eran espectaculares. Dhax se sentó en el suelo, al borde de uno de los acantilados donde mejores vistas teníamos del lago. Vi a Skanaghor y a Yknoder sobrevolarlo, disfrutando también del momento. Le miré, cuando percibí que su mirada me atravesaba la mejilla. Él también estaba sonriendo, pero solo sus ojos. *Yo aquí intentando hallar estabilidad y tú poniéndomelo difícil.*

—Los entrenamientos te han mantenido más ocupada de lo normal estas últimas semanas.

—Lo dices como si tú no hubieras formado parte del noventa por ciento de esos entrenamientos. —El viaje estaba cerca y debíamos estar preparados.

Pronto seríamos enviados a Kréghalos a defender Vyskar como hicieron antes que nosotros otros grandes guerreros. Como hizo mi padre en su día.

—Pero eso te ha hecho olvidar qué día es hoy.

Uní las cejas. *¿Qué día es hoy?* Un parloteo salvaje me hizo dar un bote. Un par de alas muy coloridas de poco más de un metro de largo aparecieron antes de que avistara la primera cabeza redondita de *Mhariap*.

—¿Hoy es la migración de Venus? —pregunté en un tono muy agudo. Ese momento en que los *Mhariap* viajaban a tierras lejanas con tal de mezclarse (sí, de forma romántica) con otras especies y dentro de un año volver a Vyskar con alguna que otra sorpresa—. ¿Cómo ha pasado ya un año?

—Antes de que nos demos cuenta nuestro tiempo en este mundo habrá acabado.

—¿Piensas pisar la cola de algún puma de fuego enfurecido?

Sonrió y sacudió la cabeza. Entendí que su cabeza estaba en otra parte, lejos de aquí. Guardamos silencio mientras el cielo se llenaba de colores vivos, en especial: verde, naranja, amarillo y azul. Skanaghor e Yknoder detuvieron sus juegos y los observaron igual que nosotros. En algún momento, mis ojos quedaron fijos en los dos dragones.

—Es tan injusto —dije, dándome cuenta que ya no había sonido alguno de *Mhariap* cerca nuestro.

—¿El qué? —preguntó Dhax jugando con unas piedras de color ámbar, de las muchas que había en el suelo.

—Que exista algo capaz de acabar con la libertad de todos los dragones. Y con el dominio sobre su propia mente —reprimí un escalofrío.

Era su lealtad, su inteligencia, su fortaleza y todos los demás rasgos que caracterizaban a un dragón, lo que les hacía tan interesantes. *Tan útiles para las mentes equivocadas.*

—El Ántor está protegido en el Templo de los Dioses. —Su mano llegó hasta la mía. La colocó encima, sin dar ninguna explicación—. No les pasará nada.

Pero todos los guerreros de Vyskar se preparaban para el día en que el peligro llegara a nuestras tierras. *Y llegará. Pese a que no sabemos cuando, sabemos que lo hará.* La preocupación enfrió mi corazón. Si algo le pasaba a Skanaghor, yo...

—No me gusta —dijo Dhax.

—¿El qué?

—Que tus ojos se pongan así de tristes. —«*Sobre todo cuando hay mucho que podemos*

hacer al respecto para evitar que suceda lo que más temes», añadió su voz en mi cabeza, pues esta conversación ya la habíamos tenido antes—. Se te ponen de un color brillante y raro, y ya de por sí los tienes *super* raros.

Contuve la enorme sonrisa que quiso dibujarse en mi cara y le pegué en el brazo. Mi madre tenía los ojos verdes y mi padre castaños. Y por algún motivo, mi ojo izquierdo era esmeralda con un poco de color castaño y mi ojo derecho era castaño con un poco de color esmeralda. Dhax siempre había remarcado que eran bastante diferentes y que ese era el motivo de que yo lo fuera. Le gustaban, (mucho). Lo cual siempre me había hecho sentir muy (muy) bien.

—Pienso cambiármelos.

—¿A pesar de que es bien sabido que todos los Dioses tenían un descomunal brillo y colores únicos?

Asentí como la no-Diosa que era.

—Lo haré. Hablaré con Mhélia, le pediré una poción de apariencia. En una semana mis ojos serán negros como la noche.

Dhax me sostuvo la mirada. La seriedad ganaba el primer puesto liderando su expresión. Era solo en momentos como ese, en los que me daba cuenta lo afilada que era su mandíbula. Lo anguloso que era su rostro. Y todos sus otros rasgos atractivos que podrían quitarme el sueño esta y todas las demás noches.

—¿Ya no te burlas? —pregunté, incapaz de seguir cargando con ese silencio en mis hombros.

Inspiró profundamente y desvió la mirada. Un mechón oscuro y rebelde bailó más allá de su frente.

—Siempre me burlaré de los rasgos que te hacen así de preciosa —dijo en tono neutro, ronco y escandalosamente masculino, pero sin mirarme—. Solo espero que no los cambies por voluntad propia.

—¿Chispas de dragón aparte? —pregunté en el tono más divertido que mi cerebro bloqueado y en shock me dejó elegir.

¿Pre...? ¿Preci...? No. No ha dicho eso. Hace muchos años, Skanaghor prendió fuego a un árbol cercano durante un entrenamiento. Nada fuera de lo común. Pero un pedazo minúsculo de

rama en llamas me dio en el iris, dejando una microscópica marca blanca en el ojo izquierdo. Una que solo podía ver alguien que se acercara... tanto como Dhax ahora. ¿En qué momento habíamos reducido tanto la distancia?

—Sí, Lhyos. Por supuesto.

Estoico. Imperturbable. Así se mostraba. Pero había algo bajo la superficie que casi podía tocar. Algo a lo que no podría dar voz, con lo que solo podría soñar.

—¿Por qué lo has dicho?

—¿El qué?

—¿Por qué me has llamado *eso*?

—¿Preciosa?

Definitivamente era una palabra demasiado dulce y poderosa como para soltarla así como así.

—Basta.

—¿No puedo dar voz a la verdad? ¿Desde cuando?

—No, tú, sí... Claro que puedes. Es decir, gracias. —Mis mejillas habían estallado el rojo más intenso de este mundo—. Es solo que...

Tus labios están muy cerca y si no estuviera en el suelo tal vez me habría caído.

—¿Qué, bichito?

Mi pulso golpeaba con demasiada fuerza en mi sien cuando sacudí la cabeza. No podía formular más palabras. No había ninguna para esto. Lo que yo quería, no podía pedirlo. Y me había prometido que, llegado el momento, jamás lo negaría. Nunca favorecería la distancia entre nosotros.

—¿Vas a obligarme a esperar mucho más? —Su tono íntimo me trajo de vuelta.

Alcé los ojos hasta los suyos y lo que vi me hizo estremecer. Luego me hizo sumergirme en cálido y agradable fuego de dragón.

—¿Esperar a qué, Dhax?

—A que pueda besarte.

DHAX

Mi corazón dejó de latir al instante. *¿Estoy soñando?* Separé los labios con tal de formular un puñado de palabras como respuesta, pero una vez más, no fui capaz. Menos todavía cuando su mano llegó hasta mi mejilla y me acarició con suavidad. Mirándome desde las alturas.

—¿Quieres que te suelte, Lhyos?

—No —musité al instante—. No quiero.

—¿Entonces por qué me haces esperar? —Desprendía ternura, pero lo que arrasaba con todo era el deseo.

—Según la traición, es el guerrero quien debe pedir el corazón de quien quiere. Si una guerrera lo pide primero, es que piensa que su poder de protección es superior al de él y puede ser tomado como una ofensa —dije a duras penas—. Jamás haría eso.

—A menos que ella sea la futura reina de Vyskar. —Movié el pulgar arriba y abajo, quemando mi piel con la suya, incendiando todo mi interior con su iris de oro humeante—. Entonces si él da el paso, podría dar a entender que está intentando ocupar el trono. Y yo jamás haría eso.

Ya. Cierto. Había letra pequeña en ese acuerdo. Pasó un instante.

—¿Y qué podrían hacer los dos guerreros en caso de verse en semejante situación? —preguntó en un tono casi divertido.

Quise contestar, pero las emociones que electrificaban toda el aura que nos rodeaba, lo hicieron imposible. Era demasiado real como para eso.

—Tal vez solo en esa ocasión, las palabras sean innecesarias.

—Sí, tal vez no lo sean. —Me acerqué más a él.

Una enorme parte de mí no creía posible que fuera a pasar. Era todo lo que había querido, todo se reducía a este momento. Dejé de respirar. Su aliento fresco acarició mis labios entreabiertos y la parte baja de mi estómago se contrajo con demasiada fuerza. Tanta que casi me

incliné hacia delante. Antes de que un jadeo impaciente saliera de mi garganta, sus labios rozaron los míos. Fue suave, un cariño de un animal salvaje a otro. Pero no un beso. Su nariz jugó con la mía y cuando quise besarle, él se alejó el escaso (y odioso) milímetro necesario para que no sucediera. Sonrió casi en mis labios y pude leerle por completo: quería capturar este momento. Alargarlo. Hacerlo infinito. *El futuro y el pasado no importan, solo el presente.*

—Oh, por favor —susurré, no muy segura si en una maldición o en una súplica.

Justo un instante después, Dhax me besó. Una aterradora explosión de sentimientos nuevos estalló en mi cuerpo. Una muy pura, real, que hizo que algo frenético y vivo corriera por mis venas. A pesar de lo que podía imaginar, no empezó despacio, sus labios se abrieron paso a través de los míos casi al instante satisfaciendo mi necesidad creciente. Mi mano subió por su pecho, en un intento de atraerle más hacia mí, pero la ropa que llevábamos era de cazadores, guerreros. Una armadura que dejaba pocas partes de piel solo cubiertas por una fina tela. Aún así, tocarle me mandó tan lejos como alcanzaba la vista, mucho más que las estrellas. Sus manos llegaron hasta la parte baja de mi espalda y me atrajo hacia él con una firmeza y una determinación envidiable teniendo en cuenta lo mucho que me temblaban a mí las mías. Jamás hubiera podido imaginar que besarle fuera así. *Me corrijo. Jamás habría podido albergar esperanza alguna de que mi cuerpo sintiera a este nivel.* Lo sincronizábamos que estábamos no tenía el menor sentido. Estábamos haciendo esto por primera vez, pero se nos daba de maravilla. Casi como si hubiéramos sido programados el uno para el otro.

De repente estaba de rodillas, ambos lo estábamos. Podía sentir el calor que desprendía Dhax y me encantaba. Era exquisito. Pero era demasiado alto y debía inclinarse un poco para que pudiera besarle. Sus brazos me rodearon con fuerza y jadeé en su boca. *Sí, así mejor.* Lamí su lengua con delicadeza y una emoción tan pura como la vida. La intensidad era demoledora y abrasadora. Una condenada delicia. Un gruñido retumbó de forma gutural de lo más profundo de la garganta de Dhax y me estremecí ante el placer que me produjo. Saber que le estaba gustando fue todavía más excitante. No era que la posesión con la que me atraía hacia sí no me hubiera dado alguna pista. O la deliciosa forma en la que sus labios parecían querer devorar los míos. Pero me gustaba tener pruebas suficientes. Durante el breve instante en que ambos nos miramos fue más que evidente que el shock era compartido. La verdad que había habitado en nosotros nos

había dejado sin aliento. O sin pulmones. Parecíamos haber estado entrenando durante horas y... yo necesitaba más de eso. Sus labios tendrían que estar eternamente sobre los míos para que volviera a sentirme saciada alguna vez. No esperé. Me incliné hacia delante dejando que mis manos se enredaran en su pelo, derritiéndome con la idea de poder tocarle. Dhax olía muy bien, mejor que nada que hubiera olido jamás.

—Haber esperado tanto acaba de convertirse en una tortura mucho mayor de lo que ya lo era —dijo y una ola imparable de emoción salvaje me atravesó.

—Estoy del todo de acuerdo. —Sonreí, pero duró poco.

Dhax inclinó mi cabeza hacia arriba y volvió a besarme, profundizando el beso, hundiéndose en mi boca. La forma en la que mi emociones me retorcieron desde dentro fue violenta. Salvaje. No había ni un ápice de duda entre nosotros y tal vez nunca había existido la más mínima. No llegaríamos más allá de unos besos, por ahora, pero no por falta de deseo (puedo asegurar que ambos habíamos cubierto más que bien ese cupo). Si no porque la reina y el rey de Vyskar debían dar el visto bueno. No era algo que pasara siempre, solo era algo por lo que Dhax debía pasar, debido a quien era yo. Debido a la persona en la que me convertiría. Una gran parte de mí hubiera deseado llegar hasta el final, aunque tenía la certeza de que mi corazón no habría podido con tanto. *Y supongo que ha quedado claro, que ninguno de los dos quiere poner al otro en una situación comprometida por saltarse las normas ¿no?* Maldije que lo que sucedía entre nosotros no hubiera pasado mucho antes. ¿Cuántos besos nos habíamos perdido? Tendríamos que recuperar el tiempo perdido, sin duda. Por el momento, dejamos que nuestros labios pronunciaran las palabras sagradas...

Te elijo a ti, Lhyos.

Te elijo a ti, Dhax.

EL LEGADO DE PANDORA

El día había empezado mejor que bien. Por un lado estaba Dhax. Hacía varias puestas de sol que habíamos confesado lo que sentíamos el uno por el otro. *O más bien, demostrado. Con creces. En cantidad de ocasiones.* Y las probabilidades de que mi cara acabara partiéndose por sonreír tanto eran cada vez mayores. Era como volar sin estar a lomos de Skanaghor. *No voy a poder concentrarme en nada el resto de mi existencia.*

—¡Lhyos! —gritó Fhykna, el mejor entrenador de guerreros de todo Vyskar—. ¿Dónde tienes la cabeza?

En sus ojos, señor, que son lo único que veo delante de mí. Incluso cuando tengo a una horda de *Dhazos* persiguiéndome. Esas ratas escupen gas tóxico capaz de quemarte la piel casi tanto como el fuego de dragón. *Si no te asfixian antes. ¿A que es una buena idea que este ejercicio sea al aire libre? Pfff. Si es que, te lo he dicho, Fhykna lo tiene todo en cuenta. No se puede decir eso de los demás instructores de Vyskar, la verdad...* Dos *Dhazos* estuvieron cerca de morderme cuando no supe cómo gestionar el espacio reducido con el que contaba en este asalto. *Culpa mía.* Un gran agujero en el suelo, rodeado por compuertas de las que salían grupos de ratas en intervalos de tiempo cada vez más reducidos, ahí se estaba produciendo mi lucha. En ese gran símbolo que tan bien representaba nuestra cultura y era conocido como el *Perseverance*. *Porque un cazador debía ser perseverante o morir en el intento. ¿He dicho ya que no siempre salen Dhazos de esas compuertas? ¿O al menos, no “solo”?*

—¡Acaba con ellos!

—¡Dales su merecido!

—¡Tú puedes, Lhyos!

Gritaron algunos de mis compañeros. Dhax no estaba entre ellos. *Eso es lo que me obliga a pensar para que mis ojos no le busquen y acabe con la cara más quemada que un Rhyok antes de entrar en la boca de Skanaghor. (Es su pescado favorito, no soy quién para juzgar cómo lo*

cocina). Me moví rápido dándoles su merecido por querer convertirme en su comida. Soy un animal más fuerte y listo que vosotros, lo mínimo que podríais hacer es tenerme respeto. Corrí y luego salté sobre mis pasos. Blandí mi arma una y otra vez. Mi misión no era matarlos, solo demostrarles que podía hacerlo. Eso los haría volver a su jaula y demostraría a Fhykna (y al resto de presentes) que mis habilidades como guerrera estaban en su mejor momento. No juraría yo eso último... Desde luego que no. Pero prometo encontrar la cura pronto. Sí. Empezaré buscando en los labios de Dhax.

Por cierto, las buenas noticias no acababan con los halagos de Fhykna al giro que le había dado a los acontecimientos. Ni en los vítores de mis compañeros ante mis habilidades. Lo cierto era que Dhax y yo habíamos hablado con Ilíada y Khríomer. Iban a dar la noticia y el consentimiento en la próxima celebración anual del legado de Pandora que sucedería en los próximos días. ¿Qué suponía esa noticia para nosotros? Que podrían vernos juntos, que nadie se interpondría en nuestra relación porque teníamos el beneplácito de los reyes y que algún día (si vivíamos lo suficiente) nos casaríamos. Algo así como una promesa. *Una que me tiene tan ilusionada como es humanamente posible.* Dhax estaba convencido de que no se opondrían y había estado en lo cierto. Ah, también tenía razón sobre algo más: Cosmo me había hecho una nueva Zyxe. *Juro perder el brazo antes de perderte a ti, preciosa. No te soltaré jamás. Te honraré como te mereces.*

—De acuerdo —Fhykna tomó la palabra cuando solo quedé yo en el *Perseverance*, utilizando ese tono cantarín con el que siempre decía verdades como puños—. Lhyos acaba de hacernos una muy buena demostración de cómo arriesgarse de manera innecesaria por tomar malas decisiones evitables.

Te lo dije.

—Perdón. —Mis ojos viajaron hasta Dhax.

Tenía una sonrisa torcida y los ojos tan fijos en mí que casi los sentí sobre la piel. *Estar separados cuesta mucho más esfuerzo que lo contrario.*

—No me pidas perdón a mí, Lhyos, pídeselo al reino de Vyskar. —Me señaló con su garfio.

Por estos lares no había nadie mayor de cien años que no tuviera uno. O una pierna del

mismo estilo. O algunas cosas similares. Teniendo en cuenta que nuestra esperanza de vida era de doscientos años, los ciento treinta y siete del entrenador eran más que suficientes para tentar a la suerte. Fhykna había sido un guerrero legendario (con todas las letras). Se había enfrentado a todo tipo de bestias y lo había hecho codo con codo con mi padre. La gente solía asegurar que ambos fueron capaces de matar a varias cabezas de una Hidra con sus propias manos y luego rematarlas a mordiscos. *¿Que si los creo capaces? Por supuesto que sí.*

—Alguien que se tome más en serio el ejercicio debería tener la oportunidad de demostrar lo que sabe hacer —dijo una voz aguda repelente y reconocida, saliendo de entre los compañeros que me caían bien.

Lora.

—Técnicamente, Lhyos no ha podido demostrarlo como es debido. Estaba tan distraída al principio... —dijo una voz por lo bajo, ganándose una enemiga de larga trenza negra.

Casi me reí.

—Sí, yo también quiero verla pelear otra vez —esa voz sí que la reconocí, fue la de Moek. El guerrero, hechicero y futuro sabio de ojos negros que siempre robaba de las cocinas para darle a su dragona raciones extras. Durante el primer de conocer a su dragona, estuvo llegando tarde a todas las clases porque se quedaba dormido en su lomo. Siempre me había caído bien, Moek, se preocupaba de verdad por los dragones—. Se puede aprender mucho de alguien como ella. Incluso en días como hoy.

—No es con la única con la que podrías aprender —rebatió Lora.

—Ya tendrás tu momento, Lora —intervino Fhykna—, ahora le toca a Lhyos.

—¿Pero y si la mata un diminuto animal y nos quedamos sin la futura reina de Vyskar? —El tono no dejó lugar a dudas de que mi integridad física era lo último que le importaba.

Nada oye, que me da igual, que sigo feliz. Alguien debería estudiar a Dhax, está claro que tiene poderes. ¡Me ha hecho un escudo anti-Lora!

—Me alegra ver que te preocupas por Lhyos, pero me gustaría más ver cómo lo haces en silencio —dijo con ese humor característico suyo—. A menos claro, que tengas alguna crítica constructiva de sus movimientos. —Le dio un breve momento, pero al ver que no decía nada retomó la palabra—. Durante la próxima celebración del legado de Pandora de aquí a unos días,

antes de que se iluminen las antorchas de la puerta del Templo de los Dioses, algunos de vosotros haréis una demostración de lo que supone ser un guerrero...

Ah, ya, qué grosera por mi parte. Llevas aquí un montón de rato y aún no te he dicho quién es Pandora. Ni por qué es importante. Bueno, he de admitir que esa es una larga (muy larga) historia y como has oído, en los próximos minutos volveré a ser atacada por unos seres todavía a identificar así que...

¿Versión corta?

En el Templo de los Dioses, alias esa edificación sagrada situada cerca del palacio y del centro de la plaza mayor, había un manantial. Uno de ardiente agua cristalina que custodiaba y calmaba el gélido Ántor, (también conocido como «diamante púrpura de la vida»). Pero, ¿qué era el Ántor en realidad? Una piedra preciosa mágica que cubría toda la base del Templo de los Dioses. *Hasta aquí fácil, ¿no? Bien, como he dicho el agua que protege el Ántor está ardiendo, a pesar de eso, el diamante se encuentra congelado. ¿Cómo es eso posible?*

Gracias a un hechizo que lanzó Zeus hace ya muchos siglos y que lo protege de los humanos.

¿Pero por qué? ¿Y cuál es la razón de que estemos dispuestos a morir con tal de protegerlo? Bueno, la respuesta a eso es bastante sencilla (redoble de tambores, por favor), ¡el Ántor es capaz de controlar a los dragones! Sí, a todos, incluso los más fieros. Puede controlarlos hasta el punto de guiarlos a su propia extinción sin que tengan opción alguna de defenderse. Les roba el alma, los controla como marionetas y quien sea dueño del Ántor será capaz de hacer lo que quiera con los dragones. Estarás de acuerdo conmigo, en que ningún ser humano debería tener jamás semejante poder en sus manos.

Durante siglos, hubo numerosas batallas con tal de decir qué hacer con el Ántor. Algunos quisieron destruirlo. Otros hallar la forma de poseerlo, dominar a los dragones, hacerlos sus esclavos, y después hacer lo mismo con nosotros, los humanos. Todo con tal de conseguir el poder absoluto y ser soberanos del mundo. *Teniendo en cuenta que la magia de los Dioses está (y estaba) de nuestra parte, para evitar que eso suceda, esos intentos solo podían conducir a una cosa: la muerte.* De dragones, de traidores y de nobles guerreros. Eso nos dividió aun más, pues la pena, la pérdida y la venganza no coexistían muy bien con la paz. Entonces hubo una reina,

Pandora, que convenció a legiones enteras para que la siguieran en su insistencia por preservar y cuidar el Ántor. Ella logró arreglar la relación dañada entre dragones y humanos, consecuencia de las guerras.

Pandora trajo la paz al mundo... hasta que un día fue asesinada.

¿Quién lo hizo? Bueno, algunos decían que las sombras no tenían un solo rostro, igual que el infierno. Que fueron muchos los traidores que acabaron con la vida en palacio. Aún así, en cada libro de historia de Vyskar aparece Thøken.

Ojos esmeralda, cabello dorado, era el Dios de la Traición.

El mismo que podía controlar todos los elementos, (incluso el quinto: Akasha) con un solo chasquido de dedos. *Pero los Dioses hace mucho que dejaron de vagar entre nosotros y puedo asegurarte que él no mató a Pandora.* Volviendo a la historia, fueron muchos más los que se levantaron con tal de defender la memoria de la reina caída. *Lo cual me llena de orgullo.* Ellos fueron quienes pintaron las calles con la sangre de los traidores, dispuestos a luchar por los dragones y su libertad. Pandora no fue olvidada y nosotros en Vyskar, muchas décadas después, seguimos sus pasos como si aún viviera. Pero sabíamos que vendrían. Aquellos pocos traidores que lograron huir y desaparecer entre las nubes. Aquellos que despreciaban a las criaturas que les permitieron salir de aquí con vida. Ellos vendrían a conquistar el templo de los Dioses y nosotros estaríamos preparados para cuando eso sucediera.

Mi vida por la de un dragón. Mi vida por haceros libres. Una guerrera no elige su muerte, pero sí la forma en la que vive.

Y yo te elijo a ti, Skanaghor. Siempre.

CÁLIDA Y RECONFORTANTE SENSACIÓN DE PERTENENCIA

La música llevaba horas sonando. Dhax había sido el guerrero elegido para encender la antorcha que daba comienzo a la celebración anual en honor al legado de Pandora. Había guiado a Yknoder hasta la figura de oro de Pandora y Senéthor (el que fue su dragón) y habían encendido la base como era tradición. No era casualidad que mi padre se lo hubiera pedido a él, un día como hoy.

—Podría acostumbrarme con facilidad a verte así —dijo una voz a mi espalda.

Llevaba un vestido azul oscuro como el mar a media noche, y si él iba a mirarme de esa forma entonces... tal vez lo llevara más a menudo. Pero sin duda él tendría que ponerse de nuevo esa armadura que no dejaba entrever tan bien los músculos que había debajo. Al menos, no tanto como esa camisa blanca y holgada que se había cargado el frío que estaba sintiendo desde hacía rato en cosa de segundos. *Cuánta imprudencia.*

—Lo mismo digo —admití, obligándome a cerrar la mandíbula que amenazaba con desencajarse.

—¿Estás nerviosa? —sentándose a mi lado en un banco de mármol blanco en el cual alguien había esparcido un montón de pétalos de rosas rojas.

—Sí —admití siguiendo la línea de su mandíbula con la mirada.

No quería que empezaran a tratarnos de manera diferente. A cedernos el turno a la hora de elegir armas durante los entrenamientos con la instructora *Trenkacor*. No quería que nos vieran como lo que algún día seríamos, sino como lo que éramos en ese momento. Iba a decirlo, pero cuando redujo por mucho la distancia entre nosotros, mi cerebro se desconectó.

—Todavía puedes echarte atrás. —Sus labios acariciaron mi mejilla y ahí estaba ese olor a *Everganeth* fresca.

Mi planta favorita de ahora hasta el último de mis días. La forma en la que ese olor se mezclaba con el suyo, *el olor a Dhax*, acabaría por dejarme delirando.

—Oh, ¿de veras? —pregunté fingiendo que mi pulso no me golpeaba el pecho de forma extraña y arrítmica—, demonios, ¿por qué no lo había pensado antes? Ahora vuelvo.

Alzó las cejas expectante y sonreí un poco. Quise besarle en ese preciso momento (y en todos los anteriores), pero me contuve.

—¿Cómo ha ido tu tarde con el instructor Makegoner?

—Ha sido dura. Siempre lo es cuando intervienen las leonas grises del cementerio rocoso —se encogió de hombros cual guerrero resignado.

Había un arañazo que cruzaba su cuello y bajaba por el hombro perdiéndose bajo su vestimenta. Uno que no estaba ahí la última vez que le vi. Sin pensar, me acerqué y besé la piel de gusto al lado. Su rostro se giró hacia el mío y nuestros labios quedaron muy cerca. *Se suponía que nosotros no... en público no debíamos... al menos hasta que anunciaran...* Debíamos apartarnos, pero ninguno lo hizo. Dhax hizo un ruido ronco con la garganta. Uno delicioso que separó mis labios y me hizo quedarme muy quieta. *Sus ojos... oh, Dios, él lo deseaba tanto como yo. Ahogué un grito y me obligué a tragármelo.* Estaba a punto de abalanzarme sobre él cuando hizo una respiración profunda y dijo:

—Es evidente que cuanto más me das más necesito de ti, Lhyos.

Sentí que la cálida liquidez que ardía en la parte baja de mi estómago, también lo contraía de forma intensa y brutal. En trance, así me dejó. ¿Cómo lo sabía? Porque cuando quise darme cuenta, Dhax se había levantado del banco y había empezado a pasearse frente a mí.

—¿Qué tal tu Zyxe?

—Increíble —dije empujando las letras a través de mi garganta.

—¿No muy pesada?

—Más ligera que una pluma. —Sacudí la cabeza con énfasis.

—¿Y la empuñadura?

—Muy hermosa, Cosmo es todo un artista.

—Es lo que se merece la mejor guerrera de Vyskar. —Carraspeó al ver dónde nos llevaba eso.

Halagos no. Gracias. Silencio. Como un vuelo a gran altura con el sol poniéndose en el horizonte y el mar rompiendo contra las rocas. Así era estar con Dhax. Fácil, perfecto, mi momento favorito de algo ya de por sí genial.

—Tú también puedes echarte atrás, ¿sabes? —tanteeé.

Respiró de esa forma que hacía que su pecho se hinchara de forma abrupta. El entrenamiento había hecho cosas muy buenas con su cuerpo.

—No, no puedo.

—¿Por qué no?

Su mirada me atravesó como una flecha justo antes de que lo hicieran sus palabras.

—Porque para desear no estar contigo tendría que morir y volver a nacer y que tú no estuvieras en ese mundo, ni en ninguno cercano.

Jo-der. Mis emociones vibraron sin control. Sonreí tanto como quiso mi corazón. Nos mantuvimos la mirada y me mordí el labio en un intento de tener las riendas. Su pecho se hundió como si hubiera sido yo la que hubiera dicho esas palabras tan bonitas. Dhax agachó la cabeza, pero rápidamente volvió a mirarme. Se acercó mordiéndose el labio inferior y sacudiendo la cabeza. Sus manos llegaron hasta mis mejillas, me inclinaron hacia él y me besó. Recibí la sacudida que vino con la descarga directa a mis terminaciones nerviosas y le devolví el beso. Algo en mi pecho se hizo pesado de forma repentina. Como si no me hubiera dado cuenta hasta ese preciso instante de que era Dhax a quien estaba besando, ni lo que nos jugábamos, lo que podíamos perder si esto no salía bien. Agarré sus muñecas en un intento de que no se alejara nunca, de que se parara el tiempo. *Haré lo que esté en mi mano porque esto salga bien. Tienes mi promesa.*

—Buenas noches, Vyskar. —Mi padre subió al escenario y con su potente y alcanzadora-de-largas-distancias voz, empezó lo que sin duda sería noticia mañana en el mercado. Tal vez incluso toda la semana. Dhax y yo nos separamos al instante. Casi saltamos en el sitio—... y es que mi hija Lhyos ya ha elegido a quién entregar su corazón.

Más bien fue algo de mutuo acuerdo, un contrato propuesto por ambas partes que... ya, a nadie le importa, me voy callando, ok. Me había levantado y puesto de pie junto a Dhax, así que cuando los focos del escenario se alzaron en nuestra búsqueda, nos encontraron pronto.

—¡Ahí están! —exclamó Khríomer junto a Iliada—. ¿Qué decís? —Canturreó mirando al público—. ¿Queréis oír unas palabras de los enamorados? —Soltó una de esas grandes carcajadas suyas que le hacían inclinarse hacia atrás y llevarse el garfio al estómago—. ¡Vamos, subid aquí!

Skanaghor trágame y escúpeme lejos de esto. La mano de Dhax alcanzó la mía y subir al escenario fue algo más sencillo de lo que pensaba.

—¿No hacen muy buena pareja? —preguntó el rey de Khríomer a su pueblo, que respondió entre gritos de celebración y entusiasmados aplausos—. Decidnos, ¿cómo os conocisteis? —La carcajada de mi padre y la que siguió de todo Vyskar nos impidió responder.

Bien así las cosas son más fáciles. Asentir y saludar, solo eso. En cuanto pusimos un pie en el escenario, justo antes de que llegara hasta los reyes, un grito distinto a los demás captó mi atención. Fue fuerte, desesperado, de la clase que te hiere al salir de tu garganta.

—¿Qué...? —Dhax unió las cejas mirando en la misma dirección que lo hacía yo.

Otro grito, en otra zona más alejada. Lo siguiente que escuchamos fue más que claro.

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

—¡No, no, Khálas!

Los murmullos se acrecentaron. Y los gritos sonaron aquí y allá.

—¡Calíope! —gritó una mujer—. ¡Hija mía!

—¿Qué es lo que ocurre? —demandó saber la voz de mi padre.

No hizo falta respuesta. Esas criaturas de metro y medio que se movían a través de las sombras fueron explicación suficiente. *Lobos sangrientos del infierno.* Estaban por todas partes. Eso no tenía sentido, los lobos sangrientos eran criaturas hechizadas por demonios que vivían en el mismísimo infierno. ¿Quién los había traído aquí? ¿Y por qué? No había tiempo para eso. Dhax y yo ya habíamos cogido prestadas las espadas de dos guardias y corríamos entre la gente.

—Ten cuidado —me ordenó—, y no te alejes mucho. Si necesitas ayuda, grita.

—Lo mismo digo. —El corazón me latía tan deprisa que dolía.

Quería protegerle a él, a pesar de que sabía que no lo necesitaba y había muchas personas aquí que sí. Me obligué a hacer lo que debía como guerrera. Alcé la espada y atacué. Había una peculiaridad de las espadas de la guardia real: se iluminaban con el color de las llamas cuando

estabas cerca de acabar con tu adversario. Para que no bajas la guardia antes de ese momento.

Rabiosas y fieras eran las criaturas que estaban bajo el hechizo. Sedientas de sangre, ansiosas de muerte. Fui directa hacia el lobo que se había abalanzado sobre un niño pequeño que lo parecía aún más a su lado. *Demonio*. Alcé la espalda por encima de mi cabeza y la hundi en su torso antes de que pudiera reparar en mí. Se sacudió tan fuerte en un aullido de queja que se deshizo él mismo del filo que lo atravesaba. Cuando me miró sus ojos estaban vacíos, carentes de vida, y la sangre le colgaba de la mandíbula, pero no era del niño, era su propia piel. Un segundo después tuve que lanzarme al suelo con tal de esquivar su primer ataque. Sus dientes se cerraban con agresividad mientras se acercaba más y yo todavía estaba en el suelo. No podía dejar que me atrapara, si lo hacía estaba muerta. El lobo no me dejó tiempo como para levantarme. *No importa, puedo contigo*. Pronto me topé con el pequeño problema de no tener espacio suficiente como para maniobrar. Sin tiempo para prepararme más, recibí su ataque colocándola en posición horizontal. Cuando se acercó a mí de nuevo, cortándose las comisuras de los labios, ni siquiera se inmutó. A pesar del inmenso dolor que debió sentir a juzgar por como se revolvió su cuerpo. Mi brazo cedió un poco ante su fuerte empuje y tuve que coger el otro extremo de la espada con tal de mantenerla en su sitio. La palma de mi mano izquierda empezó a sangrar en el momento en que el filo se hundió en mi piel.

Todo guerrero de Vyskar bebía una serie de pócimas sanadoras de forma diaria que aceleraban su proceso de curación y volvían su cuerpo más resistente de lo que lo sería de no ingerir la poción, pero eso no significaba que fuéramos invencibles. Toda esa sangre lo demostraba. Un gruñido de dolor abandonó mi cuerpo. *No cedes. ¿Por qué no cedes?* Gruñí y apreté con más fuerza, superando su resistencia. Esperando que él no superara la mía. Mirando a esos ojos inundados de oscuridad lo vi más claro que el agua. *Te han hechizado para matar... a cualquier precio. Sin importar si sobrevives o no. Estamos jodidos. Pero que muy jodidos*. La espada se iluminó en un rojo ardiente. Mantuve mi posición pese al dolor que irradiaba de mi mano. Muerto. El vestido se me manchó de sangre en el preciso instante en que el cuerpo sin vida del lobo cayó a peso sobre mí. Me obligué a no mirar más de lo mínimo imprescindible cómo había acabado su cabeza. *Que asco*. Me puse en pie y observé la escena. Desprotegidos. Así estaban los ciudadanos de Vyskar. *Esto no puede estar pasando. ¿Quién nos enviaría una*

jauría de...?

—¡Lora, cuidado! —grité al ver que una de las bestias corría directa hacia ella sin ver a nadie más en el camino. Casi parecía ser su objetivo. La llamé de nuevo tan fuerte como pude mientras me acercaba a toda velocidad. No me escuchó. Grité y grité, pero ella estaba ocupándose de un lobo medio muerto que se había llevado... *oh, no...* la pierna de Cosmo consigo y ahora gritaba herido en el suelo—. ¡Lora, detrás de ti! ¡Lora! —Corrí tanto como me dieron las piernas.

Pero no llegué a tiempo. El segundo lobo se abalanzó sobre su espalda y la tiró al suelo. La sangre corrió fría por mis venas. El oxígeno abandonó mis pulmones cuando la marabunta de gente que había entre nosotras me dejó a oscuras sin saber nada de lo que estaba sucediendo. Todo pasó muy deprisa. Cuando llegué, la escena amenazó con sobrepasarme. Hacerme vomitar o perder el sentido en el peor momento posible. El primer lobo estaba muerto y el segundo estaba herido con parte de su cuerpo en carne viva. Cosmo, que había intentado intervenir, yacía muerto en el suelo, y Lora se... Lora se estaba desangrando. La mordedura de su espalda y cuello no dejaban lugar a la esperanza. Luché contra el lobo herido. Me moví tan rápido que la espada se iluminó casi al instante. Tres veces. Tal vez no hubieran sido necesarias tantas, pero atravesé a la bestia con rapidez, asegurándome de que lo dejaba fuera de partida. Giré a Lora con cuidado. La sangre se derramaba de su boca, además de sus heridas.

—Tranquila, tranquila, vas a ponerte bien. —Miré a mi alrededor con tal de buscar ayuda, pero lo único que encontré fue gente necesitada de recibirla.

La mano de Lora llegó hasta la mía.

—Vete, Lhyos. Sálvalos.

Mis ojos se inundaron de lágrimas haciendo borrosa la imagen que desearía fuera solo una pesadilla. Pero no. Era real. Me temblaban las manos. Todas las vivencias que habíamos tenido juntas desde niñas pasaron a toda velocidad frente a mí.

—No puedes hacer nada por mí —insistió—. Me ha mordido.

¿No lo había dicho? Una única mordedura de lobo sangriento del infierno era suficiente para matar a un ser humano. Era por el veneno que había en la punta de sus colmillos. *El mismo que ahora está corriendo por las venas de Lora.*

—No vas a morir sola. —Le aseguré—. Estaré aquí contigo.

—Soy una guerrera. Nosotros nunca morimos solos. Vete, Lhyos.

No me moví. Y no pensaba hacerlo hasta que oí un grito. *Su* grito. Alcé la vista y vi a Dhax. El corazón me dio un vuelco. Tenía dos espadas, una en cada mano. Una por cada lobo que parecía dispuesto a tragárselo vivo. Me puse en pie y la última vez que miré a Lora, ya no estaba allí. Corrí. Mi cerebro se desconectó al entender que no importaba lo mucho que deseara que esto no estuviera pasando, que fuera una pesadilla, que se detuviera el tiempo para poder alejar a todos de aquí. No iba a pasar.

Y a menos que nosotros lo parásemos, no quedaría nadie vivo en Vyskar al salir el sol.

INFIERNO

No pensé, por eso no hubo duda en mi cuerpo. Lancé la espada con todas mis fuerzas. *¿Y sabes qué? Que atravesó la cabeza de la criatura poseída y asquerosa de lado a lado.* Pero vinieron más. Y yo estaba desarmada. Dhax se dio cuenta en el preciso instante en que yo cogí una Zyxe. *Otra muy mala noticia: su portador o portadora yace muerto en alguna parte y ni siquiera sé quién es.* Una pregunta me asaltó al instante. ¿Por qué un guerrero de nivel superior traería su espada honorífica a una celebración?

No tuve tiempo de buscar respuestas. La espalda de Dhax chocó contra la mía. Conté cuatro. Eramos muy buenos guerreros, los mejores de nuestra generación, pero cuatro lobos sangrientos del infierno eran demasiados. De cualquier otra bestia cuya mordedura no fuera mortal tal vez nos habríamos podido salvar, pero solo con que uno de ellos llegara hasta nosotros...

—Imagina que son *Dhazos* —dijo a mi espalda—, no dejes que el miedo evite que hagas lo que mejor sabes hacer.

—Dhax... —quise decirle que le quería, por si no tenía oportunidad de hacerlo más tarde.

Pero ni siquiera tuve tiempo de eso. Los lobos se echaron sobre nosotros. Siguiendo el consejo de Dhax ignoré la sangre humana que manchaba sus afilados dientes, también las calvas que se les habían hecho en el pelaje oscuro a causa de las heridas que no habían logrado detenerlos todavía y no imaginé el dolor que traerían sus mordeduras. La adrenalina se coló en mis pulmones sustituyendo al oxígeno y fui rápida. Más que en toda mi vida. Al que saltó hacia mí le atravesé el corazón, su punto débil (además de la cabeza). Sí, podían perder cualquier otra parte del cuerpo y seguirían intentando despedazarte, sobre todo si estaban hechizados. Recuperé la espada que había lanzado y la cogí con la izquierda. El dolor que irradiaba de mi palma ahora me subía hasta el codo, pero no tenía tiempo de hacer caso a las peticiones de mi brazo. Me aparté de Dhax lo bastante para poder girar sobre mí misma sin herirlo y giré. Giré sobre mi

misma una y otra vez, manteniéndolos a raya. A los que ya estaban y a los que fueron llegando. Hiriéndolos corte tras corte, llamándolos para que se acercaran y tener controlado su ataque. Mechones rubios se me pegaban a la cara en una mezcla de sudor y sangre. Uno de ellos se acercó a mi espalda y hundiendo la rodilla en el suelo en el último instante, alcé el codo y clavé la Zyxe en su cabeza. Una vez más tuve que apartarme para que no me cayera encima. Entonces atacaron todos a la vez. Rodé por el suelo. Mientras me ponía en pie giré sobre si misma y barrí sus piernas con las espadas. Clavé la Zyxe en la cabeza de uno y la espada roja de la guardia en el pecho del otro.

El problema fue el tercero.

Saltó sobre mí y a pesar de que retrocedí, sus garras cayeron sobre mis piernas. Clavándose en ellas. Haciéndome sangrar. Fue una suerte que quisiera arrancarme la cabeza y no conformarse con las piernas. Colocando ambas espadas en forma de «x» bloqueé su mandíbula. Solo tenía una oportunidad. Si separaba las espadas y fallaba, si él era más rápido, se acabaría todo. El corazón me latía tan rápido que eso ya podría haberme matado. Grité cuando me obligó a aumentar la fuerza de mis brazos con tal de mantenerlo a raya. Empujaba contra mí asegurándome que no tendría tiempo suficiente para girar la muñeca y colocar la espada. Ni tampoco de mantener mi posición mucho más tiempo. Debía pensar en otra cosa, pero el sonido de su ladrido de furia no me dejaba pensar en nada. Algo se clavó en su lomo haciéndole girar la cabeza. Sus garras se arrancaron de la piel de mis piernas y dolió. El lobo se giró y fue hacia un Dhax cubierto de sangre. Tan rápido como pude me puse en pie, pero él ya le había cortado la cola con un solo movimiento y la cabeza de otro. Soltamos el aire a la vez.

—Lhyos.

—No te cansas de salvarme la vida, ¿eh?

Su iris de oro estaba inundado de terror y valentía mientras recorría las heridas abiertas que sangraban por mi cuerpo.

—No te han mordido, ¿verdad? —preguntó—. ¿No te han mordido?

Sacudí la cabeza. Dhax aseguró que a él tampoco cuando insistí. Había cortes en su cara, pero era de cuchillas. Y aseguró que lo que había roto su camisa eran garras, no dientes. Una enorme parte de mí me quemó con terror de que más tarde encontráramos rastros de una

mordedura de lobo sangriento. *Que ilusa, dando por sentado que llegaremos a ver ese «más tarde».* Había mucho que quería decirle, pero no podía. Ahora no. ¿Por qué? Porque había más. Montones y se confundían con las sombras que traía la noche. Nosotros no éramos los únicos objetivos, los gritos horrorizados seguían intercalándose con los de guerra, esos que soltaban los cazadores. Iban a ponernos a prueba una y otra vez. Lo bueno fue, que esta vez tuvimos ayuda. Reconocí a instructores, guardias y otros guerreros. *Podemos hacerlo, podemos librarnos de esto. Y luego podremos averiguar quién narices los ha enviado aquí.* Me lancé hacia mi primera víctima, un lobo que me aceptó como adversaria sin pensárselo un solo segundo.

—Por Lora. —*Por Cosmo y todos aquellos de cuya muerte todavía no soy conocedora.*

Ataqué a golpes y cortes, esquivando sus zarpas y dientes. Ignorando la gélida sensación que se agarraba a mi espalda cuando sus gruñidos se acercaban a mi cara con pura desesperación por devorarme viva. *El miedo me hace más rápida, agudiza mis sentidos, me hace mejor guerrera.* Los oídos y los ojos eran un buen lugar de ataque porque perder uno de los dos sentidos los hacía más torpes. Peleamos y luchamos sin pausa. Ellos llegaron uno tras otro y no cedimos ante el cansancio de nuestros músculos. De repente pasó algo extraño. Vi que Dez, un guerrero de la época de mi padre necesitaba ayuda. No estaba lejos, por eso llegué a tiempo para interponerme entre su cuerpo ahora en el suelo y el del lobo.

—¿Te han mordido?

—No, ha sido una espada —dijo.

Había sido una persona quien le había herido. No me permití centrarme en eso. Moví la Zyxe en dirección a la bestia sarnosa y sucedió. El lobo me miró a los ojos y... retrocedió. *¿Qué narices?* Luché contra él, a pesar de que no parecía querer luchar conmigo. Se apartaba. En el momento en que Dez volvió a la pelea, el lobo se enfureció a otro nivel. Como si algo se desconectara de su cerebro. La criatura del infierno atacó a Dez dispuesto a morderle y juntos le dimos el final que merecía. Estaba exhausta, dolorida, mis brazos temblaban por lo que habían visto mis ojos y lo que podía perder mi corazón, pero haría lo que debía hasta el final. Volvimos con los demás donde se concentraban lobos y guerreros. Poco después, una criatura del infierno me placó con todo su cuerpo. Más bien, cayó encima de mí. Como si alguien lo hubiera lanzado lejos y hubiera tenido la mala suerte de estar en medio del camino. La pesadez de su lomo fue

arrolladora y me aplastó el pecho, justo después de hacerme perder una de mis espadas. La Zyxe. La otra quedó entre él y yo. Casi no podía respirar. El animal también lo hacía con dificultad, con un ligero y agudo quejido. Estaba herido. Pero yo estaría muerta en cosa de segundos si no me lo quitaba de encima. Había podido comprobar como hasta su último aliento, aprovechaban todas sus fuerzas para devorar a sus víctimas. Empezó a incorporarse y traté con todas las mías de mover la espada entre nosotros. Tal vez si llevara mi armadura podría haber maniobrado mejor, pero el fino vestido que llevaba no me protegía en absoluto. *Y la espada no está iluminada. No está tan débil. Joder.* El lobo empezó a rugir de esa forma grave y característica tan reveladora de su siguiente movimiento. Giró la cabeza en busca de la mía, su parte favorita para morder. Apenas podía gritar algo que fuera audible. Tiré de nuevo con todas mis fuerzas, pero la espada a penas salió de debajo suyo. Estaba atrapada, igual que yo. El lobo se movió un poco aplastándome todavía más, pero acercando sus dientes de sierra a mi cara. *Oh, Dios, Dhax. Lo siento.* No tenía forma de defenderme, ni de alejarlo. Iba a pasar. *Lo siento tanto.* Abrió su enorme boca frente a mí y fue en ese preciso instante cuando pude ver la espada atravesar su cráneo de arriba abajo. Khríomer. Su rostro apareció cuando la cabeza del lobo cayó por su propio peso. Mi padre me quitó de encima al animal muerto como si no pesara nada. Demostrando quién era el rey en Vyskar. Hice una respiración muy profunda en un intento de que mis pulmones recuperaran el tiempo perdido. No fue suficiente y tosí. Lo primero que hicieron mis ojos fue buscar a Dhax. Se encontraba lejos con la respiración agitada. Tal y como se encontraban sus cuerpos entendí que acababa de salvarle la vida a Fhykna y estaba mirando en todas direcciones. Buscándome. Hasta que sus ojos me encontraron. El nudo en mi garganta se hizo más grande. *Casi te he fallado. Casi no lo consigo.* Los brazos de mi padre me rodearon y me atrajo hacia sí con fuerza.

—Ya está, Lhyos. Se ha acabado. Estamos a salvo.

Pero algo en mi interior aseguraba, que lo que fuera que hubiera sucedido esa noche, no había hecho más que empezar.

CENIZAS

Casi cien personas perdieron la vida durante la celebración de anoche. A pesar de que lo lógico sería que aquellos más indefensos, ajenos al arte de la lucha, hubieran sido los más afectados no fue así. Guerreros y guardias, habíamos perdido muchos. Eso nos dejaba clara la intención del ataque: debilitarnos como ejército.

—Un mal mayor vendrá y estaremos preparados —sentenció Khríomer.

Fhykna, Dhax y yo, junto con otros instructores, sabios y guerreros de alto nivel nos encontrábamos en una sala de palacio reunidos desde hacía horas.

—Cuéntales lo de Lora —pidió Dhax en tono bajo.

—El lobo fue a por ella —empecé—, pasó alrededor de muchísimas otras posibles víctimas. Personas que no habrían sabido como defenderse y fue a por ella. Como si fuera su objetivo.

—Porque lo era —dijo Fhykna—, es evidente que cada uno de ellos tenía a uno de nosotros como objetivo.

Cabía la posibilidad de que fuera cierto. Era verdad que algunos nos habían atacado a Dhax y a mí de forma indiscriminada (y que ya estaban heridos de anteriores ataques), pero también lo era que estaba ese otro lobo. El de Dez. No había demostrado intención alguna de acabar conmigo, pero se había lanzado hacia él con desesperación.

—Está claro lo que pasa aquí —intervino Ladán captando nuestra atención. Era la mujer más sabia de todo Vyskar después de mi madre. Algo más joven y con el pelo rojizo, esa mujer siempre había sido cariñosa conmigo, desde que nací—. Thøken está cerca. Nos ha estado vigilando. Quiere debilitarnos antes de atacar y anoche lo consiguió con creces.

Alguien había escrito Thøken con sangre en las paredes de palacio. Había muchos, fuera y dentro de esta habitación, que pensaban que era el mismísimo Dios de la Traición quien estaba detrás de este ataque. *De nuevo, los Dioses no intervienen en el mundo de los humanos desde*

hace ya muchísimos años. Ya. Pero ahora ya no lo tengo tan claro. Sobre todo, porque alguien ha tenido que hechizar a aquellos habitantes de Vyskar que se han vuelto contra los suyos y para hacer algo así se necesita mucho poder.

Hijo del ángel caído Khaled, famoso por susurrar palabras de codicia al oído de almas puras volviéndolas malas, engendrado por la Apollyon Athena, también conocida como la asesina de Dioses... ¿De verdad Thøken quería conquistar Vyskar? Y si es así, ¿por qué ahora?

—¿Creéis que han estado viviendo entre nosotros mucho tiempo? —preguntó Dez.

—Eso tendría sentido —admití.

—¿Por qué lo dices, hija mía? —preguntó Ilíada.

—Me encontré una Zyxe en el suelo a mitad de la batalla. ¿Qué guerrero llevaría su mejor arma a una celebración en honor a Pandora? Nadie esperaba un ataque anoche, salvo aquellos que lo planearon. Y esos debían estar aquí antes de que aparecieran los lobos, ¿no? ¿Cuánto? ¿Días? ¿Semanas? ¿Más?

Mis palabras causaron revuelo y más desconfianza. La seguridad de palacio se incrementaría. Las palabras *magia de demonio* surgieron repetidas veces.

—Hay cuerpos que nadie ha reconocido todavía, como si no pertenecieran a Vyskar —recordó Dhax—, pero es evidente que no han actuado solos.

Asentí. *Esto es aterrador.*

—También deberíamos pensar en que hay otra posibilidad —intervino Khríomer con voz solemne—. Para levantar un arma contra tus semejantes no es necesario estar bajo un hechizo.

—Traidores de Pandora —dijo Fhykna con asco.

—Exacto —dijo el rey.

Bajé la vista ahogando una maldición y miré la herida de mi mano. El ungüento que me habían aplicado la había hecho curarse a una mayor velocidad y ahora ya tenía la costra. Me habían dicho que en uno o dos días solo tendría la cicatriz y podría moverla con normalidad. Dhax alcanzó mi derecha y la entrelazó con una de las suyas. Como si notara la necesidad de que lo hiciera.

—Es evidente cuál debe ser nuestro próximo movimiento —dijo Khríomer, silenciando a todas las voces del fondo de la sala—. Debemos reforzar la seguridad en los límites de Vyskar,

en Kréghalos. Y debemos buscar los lugares vulnerables de las zonas interiores, es evidente que el hechizo de Pandora que protegía esta tierra ya no funciona.

—Me ofrezco voluntario para la misión, señor —dijo Dhax.

—Yo también —dije agachando la cabeza en señal de respeto.

No fuimos los únicos en ofrecernos y eso me llenó de orgullo.

—Gracias a todos. —Khríomer se acercó y puso una mano en el hombro de Dhax y mío—: Aún es pronto para vosotros dos. No puedo arriesgar a los líderes de Vyskar así como así. Vosotros os encargaréis de buscar los puntos débiles de las zonas interiores por los que podrían atacarnos. No seréis los únicos —miró uno a uno a todos los guerreros que se sumarían a nosotros—. Fhykna, lideraras la misión.

—Será un honor.

—¿Ilíada? —Khríomer se giró hacia el amor de su vida—. Tu tarea tampoco será sencilla.

—Buscaré la forma de dar con un hechizo que supla al que creó Pandora. —La reina cuadró los hombros como si el peso de la seguridad de Vyskar no fuera nada para ella.

Ladán también formaría parte de esa búsqueda. Después de la reunión con los reyes, tuvimos una con Fhykna. Una vez supimos a dónde debíamos ir, Dhax y yo nos marchamos a buscar a Yknoder y Skanaghor. Esta noche sería el funeral de las almas perdidas en la batalla, pero el sol todavía estaba muy alto.

No era la primera vez que veíamos a los dragones. A noche, después de acabar con todos los lobos sangrientos, Dhax y yo fuimos hasta su lugar de descanso. Pero solo nos habían atacado a nosotros, lo cual dio algo de calma a mi corazón apaleado. *Tal vez saben que no iremos a ninguna parte, que defenderemos el Templo de los Dioses con uñas y dientes, y que no necesitan hacer daño a nuestra familia con alas para enjaularlos en Vyskar.*

Volamos hasta Boca Dragón, ese lugar rocoso repleto de cuevas que contaba con escasa o nula vegetación. Mientras Dhax y yo nos quedamos en una de las rocas madre, (así llamábamos a las centrales que nos permitían tener buenas vistas de todas las que había alrededor). Dejamos a Yknoder y Skanaghor patrullando la zona. Solíamos hacerlo cuando necesitábamos avistar algo desconocido, porque por su cuenta podían volar de una forma más salvaje y libre. Eso les hacía mejores investigando. Se suponía que nosotros hablaríamos un poco más sobre cómo íbamos a

distribuirnos el trabajo, pero las palabras que salieron de mi boca fueron:

—¿Crees de verdad que Thøken está detrás de esto?

MALDITO REPTIL SUSCEPTIBLE

Dhax asintió haciendo que unos mechones le volaran hasta la cara.

—Creo que es posible, sí.

Miré en la lejanía al ver algo moverse. Me pareció ver un animal pequeño, una mancha oscura, pero pasó tan rápido que creí habérmelo imaginado. *Estoy paranoica.*

—¿Crees que él mató a Pandora?

—Antes de anoche, no. Creía que las historias que contaban lo contrario habían sido inventadas para asustar a los niños. Pero ahora ya no estoy tan seguro. Los lobos sangrientos estaban hechizados con magia negra.

Y hay sangre de demonio corriendo por las venas del Dios impuro de la traición.

—Pero si es así, ¿qué le ha impedido volver antes? ¿Por qué lo haría ahora?

—No lo sé. Tal vez él es el que ha roto la protección que en su día puso Pandora. O puede que lo que frenaba a Thøken fuera la protección de Apolo a los humanos.

Esa que brilló por su ausencia el día que murió Pandora. Era bien sabido que éramos el ojito derecho del Dios Apolo. ¿Por qué? Muchos contaban esa historia por estas tierras, la de que había habido una humana en su vida. Una a la que amó tanto, que llevó consigo hasta el mismísimo Olimpo. Que ella (y su empeño en no ser transformada en un ser eterno a través de algún hechizo arriesgado) era la razón por la que sabía lo delicadas y efímeras que eran las vidas humanas. ¿Pero quién conocía las motivaciones reales de los Dioses?

—Nos hemos preparado para luchar contra monstruos de tres cabezas y a cosas mucho peores, ¿pero un Dios? —Alcé las cejas sintiendo que la pesadez en mi pecho aumentaba.

—Ya has oído a Fhykna, va a haber una ampliación en los entrenamientos.

—Pero tal vez no tengamos el tiempo suficiente como para perfeccionar la técnica —dije centrando la vista en el corte que cruzaba el puente de su nariz—. Hasta donde sabemos, podría acabar todo esta misma noche.

El cansancio y algo que iba mucho más allá empezó a pesar sobre mis hombros. Había sido una noche muy larga y no habíamos dormido.

—Eh, —sus manos alcanzaron las mías.

—Estoy bien —dije aunque nadie se creía eso porque, ¿quién narices iba a estar bien en Vyskar?

Habíamos perdido a mucha gente.

—Dijiste que la muerte de Lora fue rápida.

—Lo fue.

Me miró sabiendo que eso no me consolaba, que el hecho de que hubiera perdido la vida tan pronto era un filo que me atravesaba el pecho sin intención de abandonarme en un futuro cercano.

—Lo siento mucho, Lhyos.

—Nos odiábamos.

—Erais familia.

—Pero nos odiábamos. —Sentí que las lágrimas me quemaban los ojos.

Dhax tiró de mí hasta que enterré la cara en su pecho. Me acarició el pelo mientras yo me negaba a soltar las riendas de mis emociones y las insolentes lágrimas descendían por mis mejillas.

—¿Qué narices le va a pasar ahora a Athalágnar? —pregunté y él no contestó porque ambos sabíamos de sobras la respuesta.

Otro guerrero ocuparía el lugar de Lora. La dragona tardaría un tiempo en acostumbrarse y en aceptar al nuevo cazador, pero lo haría. Crearía el vínculo. Y Lora pasaría a ser parte del pasado. *Me asusta tanto la poca trascendencia que tenemos en la historia.*

—Lora salvó a muchos dragones de la muerte en el transcurso de su vida. Era una gran guerrera.

—Lo sé.

Pero eso no la ha salvado. Era una gran cazadora, de las mejores y estaba muerta. Nadie estaba a salvo. Nadie. Sacudí la cabeza como si eso alejara el miedo.

—Estoy aquí —susurró—, estoy aquí contigo, bichito.

Su abrazo parecía tener el poder de disiparlo o al menos, acallarlo un poco. Llegado un punto me obligué a apartarme. Dhax también había pasado por mucho y no estaba llorando como un bebé, así que me obligué a ser fuerte. Yknoder y Skanaghor llegaron hasta nosotros. Momento de irse. Cada uno guiaría a su guerrero hacia la cueva más interesante.

—No pierdas tu Zyxe esta vez.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Dhax se rio y no pude evitar sonreír también.

—El que encuentre un suculento tesoro antes que avise al otro, ¿hecho? —Me dispuse a ir hacia Skanaghor, que me esperaba impaciente moviendo su enorme cola.

—Lhyos. —La voz de Dhax sonó demandante a mi espalda.

Me di la vuelta, pero antes de que pudiera preguntar «¿qué?» sus labios llegaron hasta los míos. Incliné mi cabeza y se hundió en mi boca. Una avalancha de emociones me golpeó como una gran mano amasando lo que me latía en el pecho. Llevé mis brazos a la parte posterior de su cuello y las dejé ahí mientras él acariciaba mi espalda. A pesar del gesto dulce, el beso fue más bien desesperado. Cargado de necesidad y otras cosas. Miedo, tal vez. Quizá él también tenía grabada en la retina imágenes de anoche que le atormentarían durante mucho tiempo. Quizá le asustaba tanto perderme como a mí me aterrorizaba perderle a él. Me pegué más a su cuerpo, a pesar de que las armaduras que llevábamos se habían convertido en unas molestas barreras físicas. Pero la calidez se derramó en mi interior al reducir la distancia, por poco que fuera.

Beneficios de hacer caso a lo que quiere tu corazón.

De repente sus manos bajaron hasta mis caderas y me apartó un poco. Mi primera reacción fue fruncir el ceño. Después recordé que habíamos venido aquí para algo y que teníamos trabajo que hacer. *Un par de segundos y esos labios consiguen que me olvide hasta de mi nombre.*

—No os alejéis mucho, ¿de acuerdo? —Su mano acunó mi mejilla de una forma que hizo que todo lo que había vuelto loco en mi interior se retorciera de gusto. Esa intimidad en su voz, demonios, podría acostumbrarme a ella con mucha facilidad—. Deja de mirarme así, bichito.

—¿Así cómo? —pregunté.

—Como si no pudieras pensar en otra cosa que en volver a besarme.

—Y no lo hago. —Bueno tal vez en mi cabeza había más muestras de amor además de

besos, pero no pensaba verbalizarlo—. Desearía no separarme de ti. —Esperaba que entendiera que no me refería al trabajo del día, sino a la vida.

Por la forma en la que su iris brilló tuve la sensación de que lo entendió a la perfección. Inclino la cabeza y mis labios se separaron casi de forma automática, pero el premio llegó a otra parte. La punta de mi nariz. Una risita grave y divertida salió de su garganta mientras se alejaba. Sabiendo muy bien lo que había hecho conmigo. Yo me dediqué a estrechar la mirada y fingir que le maldecía mientras mi alma gritaba *«por favor que los Dioses siempre te hagan volver a mi lado»*. Cuando Yknoder alzó el vuelo yo me giré hacia Skanaghor y me recibió haciendo un ruido gutural de dragón amigable y fiero. *Es de la clase de ruidos que tienes que oír para entender.*

—Ya, ya lo sé. Puedes burlarte de mí.

Otro rugido suave.

—Mira, yo no tengo la culpa de estar loca por él. Esto es nuevo para mí. Pero, ¿le has visto? Ha dicho *«Lhyos»* —imité la voz grave de Dhax—, y luego me ha besado. Así sin más, como si yo fuera de piedra y pudiera soportar que de repente él decidiera que...

Juro que si hubiera tenido, Skanaghor habría alzado las cejas.

—Vale, lo que sea. —Carraspeé—. Pero algún día tú también te colarás por alguien y entonces seré yo la que te mire con ojos juiciosos. —Intenté subirme a él pero se movió—. ¿Qué haces? Oye no he dicho nada malo. Tendrás que perpetuar la especie, digo yo. ¡Skanaghor! —grité cuando volvió a alejarse—. ¡Deja de hacer eso, tenemos trabajo! —Me encaró y me echó el aire en la cara en un claro *«métese tus deberes y responsabilidades de especie por donde te quepan, yo soy un dragón libre»*—. Solo digo que alguien debería preocuparse de esas cosas y tú eres un dragón milenario que... —Se alejó volando de un salto. Moviendo sus alas con tanta fuerza que la tierra a mi alrededor se levantó haciéndome toser—. ¡Vale! ¡Capto el mensaje! ¡Sin presiones! ¡Skanaghor, retiro lo dicho, pero vuelve aquí! Maldito reptil susceptible. —Esto lo dije más flojo—. Un fiero guerrero por fuera, un blandito corazón sensible por dentro. Eres un manojo de delicados sentimientos. Para que luego digan que sé cómo tratar contigo. Eres el dragón más pasota de la historia de los dragones insolentes. —Decidí que el comportamiento rebelde de la majestuosa criatura merecía una respuesta igual de rebelde. Tal vez añadiendo algo

más de riesgo a la mezcla. Corrí hasta uno de los salientes y no dudé. Llamé a mi mejor amigo de otra especie en el preciso momento en que mi cuerpo empezó a precipitarse hacia las rocas. *Tal vez debería haberlo pensado mejor. No lo sé, ponerme de rodillas. O algo que no pudiera matarme.* El rugido de Skanaghor fue tan fuerte que me atravesó. Como un rayo, llegó hasta mí a toda velocidad. Me agarré a su lomo y alzamos el vuelo. Y después, subimos aún más alto. Le acaricié el lomo y firmando la tregua, empezamos a trabajar.

NO ES LO QUE PARECE

Si esperaba encontrar un agujero en la tierra que condujera al infierno, dejé de esperarlo tras horas de búsqueda. Boca dragón era un laberinto rocoso y oscuro con cuevas por todas partes. Pero no había ni rastro de visitantes no deseados. Ni humanos, ni de cualquier otro tipo. Pedí a Skanaghor que descansara una vez llegamos cerca de la cueva de las sombras. Dejé la Zyxe en el suelo y me senté, jugando con la daga que había permanecido guardada en mi cinturón. *Tiene que haber algo, una pista, lo que sea. Si hechizaron a gente inocente de Vyskar, alguien pudo cometer algún error. Al fin y al cabo, no estaban en sus cabales. Debería haber pistas.* Lancé una piedra ladera abajo. Luego otra. Y otra más. *Quita-frustración, que lo llamo.* Cuando oí unos pasos a mi espalda, me giré esperando ver a Dhax, pero lo que vi... no se parecía en nada a él.

—¿Qué narices...? —Un animal pequeño y oscuro de enorme ojos verdes se acercó a mí con sus diminutas patitas. Era esférico, bonito aunque de una forma muy extraña. No me moví del sitio, pero sujeté la daga con fuerza—. ¿Qué se supone que eres tú? —Susurré.

Se acercó a mi mano libre y la olisqueó. Todos mis sentidos estaban alerta. Esperaba que me atacara. O que se convirtiera en otro ser más grande, fiero y peligroso. Pero en vez de eso, lo único que hizo fue... chuparme. Con una diminuta lengua rosada fue chupándome la mano y cuando le acaricié se revolvió en el suelo contento. Tuvieron que pasar minutos para que mi mano aflojara el agarre de la daga que casi se había hundido en mi piel. Era evidente que el animal no quería hacerme daño.

—¿Pero de dónde sales? ¿Eres algún cruce de oso y gato que desconozca? ¿Uno cuyos padres han mantenido oculto todo el invierno? —En cuanto pronuncié las palabras «oso» y «gato» el animal dejó de moverse.

Igual que mi dragón, el peludo ser esférico no tenía cejas, pero si pudiera habría fruncido el ceño. Se alejó descontento, descendió la ladera a mi derecha y se coló entre las rocas. Me

levanté. Seas lo que seas, no puede ser casualidad que hayas elegido un día como hoy para salir al exterior por primera vez. Tal vez tú seas inofensivo y no pretendas hacerme daño, pero el ser que te haya echado de tu casa puede que sí. Y si lo encuentro donde sea que me lleven tus pasos, tal vez pueda dar luz a tanta oscuridad.

Así que le seguí.

No sin antes avisar a Skanaghor de que no tardaría en volver. (Él podría avisar a Dhax si no lo hacía). Que no hubiera visto nunca al peludo y pequeño animal era una mala señal, pero en Vyskar siempre dábamos preferencia a capturar y estudiar, no a matar. Así que atraparía a esa bola de pelo y me la llevaría conmigo.

—¡Au! —gruñí al rasparme las rodillas por arrastrarme como un gusano al pasar entre dos rocas muy juntas—. Qué claustrofóbico. —Odiaba las cuevas. Con todo mi ser. El animal era más rápido de lo que pensaba, a pesar de que iba dando saltos muy cortos y sus piernas eran mucho más pequeñas que su cuerpo. *A-do-ra-ble*. La luz empezó a escasear, así que utilicé otra barra de luz. El crujido habitual sonó antes de que un color lima intenso me permitiera acelerar el paso. Pensé que Ladán y mi madre podrían descubrir mucho sobre él animal sin llegar a matarlo. También pensé que lo más inteligente habría sido coger la Zyxe a pesar de que la cueva estaba llena de pasadizos estrechos. Que era más que probable que lo que fuera a encontrarme doblara o quintuplicara el tamaño de mi nuevo amigo, y mi daga no era gran cosa. *Pero si pude enfrentarme a un tiburón mercenario con una daga más pequeña que esta y salir victoriosa, estoy segura de que puedo...* De repente me di cuenta que había entrado muy adentro en la cueva. Lo supe porque cuando cogí al animal por una de sus dos patas y lo levanté, su cuerpo se fundió con el resto del lugar. La poca luz que procedía de la entrada iluminó los enormes ojos verdes del animal boca abajo cuando los abrió.

Oí algo que se movía muy por encima de mi cabeza, algo más que estaba cerca a la altura de mi oído, correteando a mi alrededor... Saqué la última de mis barras de luz y la encendí dejando que cayera cerca de mis pies. Y entonces lo vi. La cueva estaba infestada de seres como el que aún sujetaba. La buena noticia era que todos tenían el mismo tamaño. ¿La mala? Que había cientos de ellos, sino miles, y todos esos ojos verdes estaban posados en mí con un interés que no me gustaba nada.

—Un estúpido error de novata —susurré dando marcha atrás por donde había venido.

Habían hecho suya la cueva de las sombras. ¿Desde cuándo? No lo sabía, pero dudaba que importase. Cuando empecé a retroceder, ellos me siguieron. El que aun sujetaba se quejó haciendo que mis ojos cayeran sobre él. Su cara se había deformado. Una boca tan grande como su cabeza se había abierto mostrando una peligrosas filas de dientes que se balanceaban hacia arriba intentando mordirme. Lo solté y en el instante en que su cuerpo tocó el suelo, un sonido de colmena enfurecida lo inundó todo a mi alrededor. *¿Cómo he podido caer en un truco tan tonto? ¿Y viejo?* No me reconocí en esa decisión y dudé de los poderes del animal. De lo que podía haberme hecho su saliva.

Corrí volviendo sobre mis pasos casi a ciegas. Ni siquiera me detuve a ver dónde clavaba mi daga. Algunos treparon por mis piernas. Se engancharon a los salientes de la armadura que había en mis hombros. Una sola daga no sería suficiente para todos, pero me ganaría algo de tiempo. Un grito airoso, como un susurro enfurecido, salía de sus bocas cuando les cortaba, pero hacía que se olvidaran de mí. ¿Lo malo? Se me caería el brazo si debía hacer lo mismo con todos. No me detuve en matar a ninguno, aunque tampoco me importaba si lo hacía. *Me has engañado para que viniera aquí. ¿Para qué? ¿Comerme? Había una criatura mucho más grande que yo por la que no has demostrado interés alguno. Explícame el sentido de eso.* Me vino a la mente la sombra que había creído ver estando con Dhax. Era él, el mismo animal. *¿Acaso soy yo tu objetivo? ¿Has esperado a que se fuera para hacerme caer en tu trampa? Pero, ¿por qué yo?* En un breve momento de luz vi que mi daga estaba manchada de un líquido verde. Nada parecido a sangre. *Criaturas del infierno, es evidente.*

Seguí subiendo. Sin descanso. Sin preocuparme de lo que oía o pisaba. Sin pensar en qué momento una de esas criaturas me había abierto la herida de la mano izquierda, haciéndola sangrar de nuevo cuando ya iba camino a convertirse en cicatriz. Entonces cometí el gran error de mirar atrás. Ojalá la cueva hubiera estado totalmente a oscuras y no me hubiera dejado ver como esos pequeños monstruos eran capaces de unificarse. Que cuando se juntaban se convertían en una única masa que... *joder*. Corrí más. Dando pasos largos y arriesgados. Golpeándome de manera innecesaria al dar más de un paso en falso. En la barbilla, en las rodillas, en el estómago... *Conoces esta cueva, Lhyos. No necesitas luz. Tranquilízate.* Fingí que no me

asustaban las mordeduras que no lograban atravesar la armadura. Que no me faltaba el aire. Que la mano de la daga no me temblaba. Me obligué a no mirar atrás. *Nadie va a ayudarte. Si te caes ahí abajo estás muerta.* No se cansaban de perseguirme. Ni siquiera cuando sentí que podía tocar el sol con las yemas de los dedos. La entrada de la cueva me obligó a tumbarme en el suelo con tal de hacer el último recorrido. Todavía me seguían, mordiéndome, intentando arrastrarme de vuelta al corazón de la cueva. Entonces me di cuenta de algo espantoso. Que no era yo la que temblaba, sino la piedra sobre la que me arrastraba. Entender lo que sucedía hizo que dejara de tener pulso durante un instante.

La cueva se estaba cerrando.

Iba a impedirme que saliera. *Pero las rocas no se mueven solas. No tienen voluntad propia. Magia. Un hechizo. O algo más fuerte, como un conjuro. Una trampa diseñada para mí.* No parecía que eso fuera lo más importante en ese momento. ¿Lo que sí? El hecho de que iba a morir aplastada. Me arrastré tan rápido como pude. Todavía faltaban muchos metros. Los filos de los salientes me arañaron la cara y las manos. Oí a Skanaghor fuera, rugiendo ansioso. Ya sabía que algo malo pasaba. Y entonces me enganché con algo y dejé de poder avanzar. Una maldita roca se encajó en mi armadura. Cinco monstruos esféricos se apilaron a mi alrededor aprovechando el momento, mordiéndome el pelo y tirando de mí. Skanaghor rugió al oírme gritar. Me habían mordido en el cuello y apostaba mi daga que al que pegué un puñetazo se había llevado un mechón de pelo rubio consigo. Partí la roca que se me había quedado encajada a la altura del esternón y me liberé. El corazón me latía con demasiada fuerza. La franja de luz era cada vez más pequeña. Justo en ese instante, llegó a ser del tamaño de mi cuerpo, ni un centímetro más.

El pánico aseguró que no iba a conseguirlo, que no me daría tiempo.

Skanaghor hizo pedazos parte de la entrada de la cueva, golpeándose contra ella. Intentando meter la cabeza con tal de llegar hasta mí. Reduciendo el recorrido que me quedaba... justo en el momento en que las rocas rozaron mi espalda. Entonces miré a la muerte a los ojos. *No. No.* El roce en mi espalda se incrementó haciendo una ligera muestra de lo que pasaría en cosa de segundos. Un pequeño bocado antes del plato principal. Skanaghor golpeó con tanta violencia y brutalidad, como rápidos eran mis arrastres. Justo antes de que la presión fuera tal

que no me dejara moverme, el aire me dio en la cara. Todo pasó muy deprisa. Me impulsé con fuerza agarrando el borde de la cueva, pero esos monstruos siguieron tirando de mis piernas. Habían llegado muchos más, pero Skanaghor atrapó la parte de mi cuerpo expuesta entre sus dientes, haciéndome ahogar un grito, y me lanzó lejos. Aterricé de cara y cuando miré atrás la entrada de la cueva estaba sellada. Un líquido verde brillaba a la luz del sol. *Dispuestos a matarme a cualquier precio. Hechizados como los lobos sangrientos del infierno.* Skanaghor soltó el rugido más fiero contra la rocas manchadas de sangre y yo... iba a necesitar un momento para recuperarme de eso.

O una vida entera.

UN HURACÁN TRAS LA TORMENTA

Las piernas me flojearon y me apoyé en la cara de Skanaghor para no perder el equilibrio.

—Eso ha sido... —*Nop, todavía no tenía palabras.* Ver lo alterado que estaba el dragón frente a mí me obligó a tragarme mis emociones—. Tú y yo vamos a tener que tener una conversación acerca de... lo que ha pasado.

Un par de enormes ojos me miraron con curiosidad, sin entender, preguntándose si me dolían las piernas. *Me miras como si fuera a romperme en cualquier momento, lo cual confirma mis sospechas de tener un aspecto más o menos a la altura de como me siento.* Su corazón todavía latía muy deprisa, como el mío. Podía verlo golpeando bajo su piel escamosa blanca. *Voy a tener que ser muy convincente.*

—Casi me has comido, ¿acaso huelo peor hoy que de costumbre y eso te ha hecho confundirme con uno de tus malolientes y preciados *Rhyok*? —pregunté, a lo que él me empujó con la boca hacia atrás haciendo que el débil golpe resonara en mi armadura—. Me han llamado muchas cosas en la vida, pero nunca pescado maloliente. —Soltó un gruñido poco entusiasta—. Siento ponerte las cosas tan difíciles, Skani. Dime la verdad, ¿acaso hago que tus palillos para los dientes parezcan mundanos y sin gracia? —Skanaghor giró la cabeza y me dio la espalda, sin alejarse de mí. Todavía estaba en guardia—. Espero que a Yknode no le pase lo mismo con Dhax o sino acabarán tachándoos de criaturas hechizadas. —Mi carcajada terminó en el preciso instante en que me asaltó la duda. El silencio hizo que la atención de Skanaghor volviera a mí—. Es imposible que Dhax escuchara mis gritos, pero los tuyos son otro mundo. —La garganta de un dragón era capaz de hacer retumbar el suelo bajo tus pies sin soltar siquiera una llamarada. Y si algo se lo había impedido a Dhax, entonces sin duda Yknode debería...—. Algo va mal. —Me subí a su lomo—. ¡Búscalos! ¡Encuentra a Dhax, Skanaghor!

Diez minutos después, dimos con ellos y confirmé mis sospechas. Algo iba mal, sin duda. Por un lado, Yknode estaba tumbado en el suelo y había algo encima de su cabeza, brillante,

como una luciérnaga enorme. Mientras tanto, Dhax estaba sobre un mar de enredaderas rojas... salvo por el hecho de que no eran enredaderas, sino serpientes. Movía la Zyxe hacia ellas una y otra vez, partiéndolas en dos. Hicieron falta un par de segundos más para que me diera cuenta de algo fatal: parte de su armadura había desaparecido. Era la saliva de la serpiente, o más bien lo que escupía: ácido. *Si algo tan fuerte capaz de acabar con la armadura le toca la piel...*

—¡Dhax!

Una mezcla de horror y alivio cruzó su mirada.

—¡Es un Khæül mutado! —Señaló al caracol de mar gigante y luminoso que había confundido con una luciérnaga desde lejos—. ¡Le está drenando la vida, Lhyos, tienes que matarlo!

Sabía que Dhax quería que mis pies no tocaran el suelo, que cayera en el lomo de Yknoder con tal de evitar el peligro. Pero a estas alturas debía haber asimilado ya, que si él estaba en peligro, entonces los dos lo estábamos. Le di la orden a Skanaghor y después salté. Corrí hacia Yknoder tan rápido como pude, decapitando tantas serpientes como vi por el camino. Mientras el fuego del dragón de piel perlada chamuscaba parte de esa enredadera perversa, la espada del mejor guerrero de Vyskar captaban la atención de la mayoría de esas serpientes. *Seré rápida. Estaré contigo en seguida.* Llegué hasta Yknoder.

—Tranquilo, chico, voy a ayudarte. —Subí por su lomo y vi los tentáculos, se habían adherido a la piel de Yknoder y ese no era el único problema. Las serpientes que yo había atraído, estaban hiriendo la parte de su cuerpo que alcanzaban desde el suelo y algunas ya estaban trepando por el dragón. Debía darme prisa, pensar en algo que funcionara o...

O nada. No pude pensar en las demás posibilidades porque tuve una idea. Una bastante horrible y del todo peligrosa, pero que aseguraba ser lo único que podía funcionar. Las cosas iban de la siguiente manera. Los tentáculos del Khæül estaban dentro de Yknoder y si lo mataba ahora, entonces estos se disolverían y se filtrarían en su sangre, haciendo que la muerte del dragón fuera inevitable. *Es la forma que tiene el Khæül de defenderse, volverse líquido y dejar que su veneno interior mate a su depredador una vez él haya muerto. El muy capullo.* Así que debía conseguirle otro huésped al Khæül para que soltara a Yknoder. Me bajé de su lomo. Aprendí que justo antes de soltar el ácido un humo lila se asomaba por la garganta de las

serpientes. Era breve, pero servía de aviso. Cogí del cuello a tres de esas rojizas trampas y volví a subir. Intentando ejercer la presión necesaria como para que no fueran capaces de escupir, sin utilizar demasiada y matarlas. El Khæül nunca aceptaría un cuerpo huésped muerto. Coloqué las colas que tanto se movían cerca de los tentáculos y uno se soltó. Luego otro. Al cabo de unos segundos, la mitad de ellos estaban por todas las serpientes. Pero necesitaba otra más. Miré a mi alrededor sintiendo que mi estómago se encogía por los sonidos que el Khæül arrancaba a Yknoder. Entonces vi una serpiente. No estaba lejos. Así que intenté hacer una especie de reclamo. Me di cuenta de que mi cuerpo entero ya le servía de suficiente reclamo cuando vino directa hacia mí. La posición que tenía era vulnerable, teniendo en cuenta que todavía sujetaba los cuellos de las serpientes que se sacudían (cada vez menos) negándose a su destino. Cuando el Khæül las tuvo controladas, como hacía con Yknoder, las solté. Para entonces la cuarta serpiente ya estaba más que cerca y no era la única. Cuando intenté cogerla me escupió directamente en la mano y cuando la sensación de quemadura atravesó mi piel amenazando con llegar al hueso, grité. Mucho. Cerré la boca intentando no atraer a la atención de Dhax. *Del dolor e se sale, de la muerte no.* Así que comportándome como la futura reina de Vyskar luché contra las serpientes. Dos quemaduras (en la misma mano, muchísimas gracias hijas de p-) después, había conseguido tres serpientes nuevas y decapitado a cuatro más. Las coloqué bajo el Khæül y poco a poco se soltó de Yknoder. Tentáculo a tentáculo. Entonces cogí su caparazón luminoso donde guardaba todo el veneno y haciendo uso de todas mis fuerzas lo lancé lejos del cuerpo de Yknoder.

No cayó lejos, cayó bastante cerca.

Por eso cuando me bajé de su lomo, empujé la cabeza del dragón de piel escamosa tan roja como la de las serpientes con tal de que se alejara él. En cuanto puso un poco de distancia, clavé mi Zyxe en el Khæül y así acabó su vida y la de sus huéspedes. Me giré hacia Yknoder que mantenía a las serpientes a raya escupiendo pequeñas bolas de fuego, sintiendo que tenía la piel de la mano derecha en carne viva. Fue como si mi mano se estuviera derritiendo. Un enorme nudo se había asentado en mi garganta representando mis ganas de gritar y llorar. A pesar de las pociones que tomaba para ser más fuerte y curarme más rápido, dolía demasiado. Hasta el punto en que ensordecía el resto de mis pensamientos. Entonces vi a Dhax. Se movía con la agilidad del mejor guerrero que yo hubiera visto jamás. Mejor incluso que mi padre. Si no fuera por su

buen corazón, todos pensarían que descendía del mismísimo Ares, el Dios de la guerra. Único e inigualable. El fuego de Skanaghor había dejado manchas negruzcas en el mar rojo bajo los pies de ambos, pero aún había demasiadas serpientes vivas. Yknoder todavía no podía volar, necesitaría algo más de tiempo, así que corrí hasta Dhax.

Había tantas sobre su armadura y tantas heridas en los huecos que esta al deshacerse había dejado a la vista que mi estómago se encogió y se dio la vuelta. *Si a mí me dolía a él... Dioses.* Las cogí por el cuello y empecé a decapitarlas una a una.

—¿Yknoder? —preguntó mientras él acaba con cinco de cada sentada.

—El Khæül está muerto, pero Dhax tú...

—No pasa nada. Me pondré bien.

Mi corazón se rompió. Él y su costumbre de ponerse el último me hizo gritar. Me hizo llamar a las serpientes como si estuviera loca y empezar a matarlas con furia homicida salvaje. Espalda contra espalda seguimos luchando igual que hicimos con los lobos... hace menos de veinticuatro horas. *Maldita sea, dadnos un respiro.*

—¡Skanaghor! —grité incapaz de seguir viendo a Dhax en la línea de fuego, esperando a Yknoder.

Skanaghor llegó hasta nosotros, no sin antes dejar toda una línea de fuego a su paso.

—Vete con él, Dhax, estás muy herido. Yo esperaré aquí a Yknoder —le pedí dispuesta más que dispuesta a obligarle en el momento en que vi la mala pinta que tenía su cuello.

La forma en la que sus movimientos eran más ralentizados cada vez.

—Preferiría morir antes de dejarte aquí sola, bichito.

¿Se puede odiar con todas tus fuerzas y a su vez admirar hasta la saciedad la determinación de alguien? ¿El amor de alguien? ¿La entrega? ¿Los principios?

—¡Dhax, estás...!

—¡No! —gritó con el cuerpo tenso antes de darme la espalda y seguir luchando.

Gruñí furiosa y frustrada.

Bien. Me dedicaré a que ninguna te alcance. Si no quieres marcharte entonces me convertiré en tu puto ángel de la guardia. ¿Cómo era posible que no se hubieran acabado ya? ¿Cómo había tantas? ¿Acaso eran infinitas? Ah ya, claro. Un hechizo, demonios, blablabla. Este

cuento ya me lo sé. Haber hecho venir a Skanaghor para nada hizo que nos rodearan hasta el punto en que nuestras piernas quedaron cubiertas casi hasta las rodillas. El dragón que nos sobrevolaba no iba a poder ayudarnos sin incinerarnos de paso. Además había una pega en que lo hiciera: serpientes en llamas. Un enemigo poderoso y mortal, sin duda.

De repente, Dhax y yo dejamos de estar en contacto con el suelo. Las garras de Skanaghor nos habían atrapado y estábamos en el aire. Justo encima de dónde estábamos, pero levitando. Dejando que la gravedad hiciera lo suyo, provocando que las serpientes se precipitaran hacia su muerte incapaces de competir contra la fuerza de las alas de un dragón milenario. ¿El problema? Yknoder. Todas las que quedaban dejaron de centrarse en nosotros y fueron hacia él. Las pequeñas bolas de fuego que le había visto soltar no serían suficiente para acabar con todas. Dhax le gritó a Skanaghor que nos soltara, pero el dragón no lo hizo. Yknoder se movió hacia atrás, cual animal acorralado y yo también le grité a Skanaghor que nos soltara. Se lo supliqué. Pero no lo hizo. No recordaba la última vez que hubiera desobedecido así una orden mía. Ni olvidaría la desesperación en la voz de Dhax. Entonces Skanaghor soltó una llamarada. Una que inundó gran parte de la escena rocosa de fuego. Las que salieron en llamas y reptaron hasta Yknoder, se toparon con que el dragón soltó una llamarada corta. Luego otra. Las serpientes ganaron terreno como pudieron y el dragón soltó una ráfaga de fuego que barrió decenas de metros a su alrededor. *A ver qué hacéis ahora.* El rugido de Yknoder y la fuerza con la que alzó el vuelo nos alertó de que ya había vuelto en sí. Esta vez Skanaghor sí soltó a Dhax, pero esperó hasta que su dragón estuvo en posición para cogerlo en el aire. En el momento en que estuvimos fuera del alcance de las serpientes, Yknoder y Skanaghor prendieron fuego a todo, sabiendo que las rocas se recuperarían. No nos fuimos de allí hasta estar seguros de que no quedaba ninguna con vida.

Dhax y yo no esperábamos encontrarnos con un pueblo más herido de lo que estaba cuando nos fuimos. Pero fue lo que nos encontramos: nosotros no habíamos sido los únicos en recibir un ataque inesperado.

ESPERA INTERMINABLE

El ambiente estuvo tenso durante los siguientes días. Ladán sabía de qué criaturas hablaba cuando le conté lo ocurrido en la cueva, por lo visto las criaturas que me atacaron se llamaban *Phoanbbes*. Se creían extintos, pero vivieron en nuestro mundo hace cientos de años. Ladán dijo que los libros hablaban de un castigo de los Dioses, que los *Phoanbbes* eran utilizados para atrapar a las malas almas. *Toma halago, claro que sí*. Las *Haxe* (*las serpientes*) eran seres del infierno, vivían allí como los lobos sangrientos y habían sido enviadas igual que ellos. Para avisarnos de lo que se aproximaba.

Mis manos estaban mucho mejor. Donde hubo piel en carne viva ahora solo había piel rosada, nueva, un tanto delicada, y en cuanto a la otra su cicatriz ya se había cerrado. *Y menos mal, todo guerrero sabe que su capacidad de sanar equivale a su supervivencia más inmediata. Porque si esta noche, qué sé yo, un grupo de tóxicas aves fétidas y escupe-lagartos-venenosos atacan el palacio, estaremos preparados*. Dhax también estaba mejor. Sus heridas habían sanado, pero la cantidad de marcas rosadas que había en sus brazos, piernas y cuello era... doloroso de ver. A veces odiaba que fuera cazador y no panadero, o cualquier otra profesión que lo alejara del peligro. *Hoy es una de esas veces*.

Dhax, Yknoder y yo no fuimos los únicos atacados. Y no hablaba solo de lo que sucedió con los cazadores que fuimos a Boca Dragón, aquí en la aldea también hubo ciertos incidentes. Ataques de monstruosidades viscosas, a veces haladas, pero siempre con sed de sangre y ojos de demonio. Suerte que los guardias de palacio pudieron minimizar los daños.

Pero dichos ataques fueron la razón por la que se habían cerrado las puertas de palacio. Por eso los reyes habían pedido a todos los habitantes de Vyskar que no salieran de sus casas y que no abrieran la puerta a nadie salvo a la guardia real que iría a entregarles la comida del día. Los que desobedecieran esta orden directa, serían considerados traidores y acabarían en prisión.

Las cosas estarían así hasta que los sabios y los hechiceros lograran la forma de proteger

Vyskar contra toda criatura maligna. No sería fácil y tampoco podía decirse que tuviéramos mucho tiempo para regalar a los sabios. ¿La razón? Muy malas noticias habían llegado de Kréghalos. Nuestros guerreros estaban muriendo. Los reyes habían enviado a nuevos cazadores y dragones con tal de protegernos, pero no habían querido aceptarnos a Dhax y a mí cuando nos ofrecimos voluntarios. Odiaba estar aquí encerrada cuando sabía que podía ser de utilidad ahí fuera. Pero mientras tanto, Dhax y yo nos pasábamos el día leyendo. Intentando dar con alguna parte en la historia de nuestros antepasados que fuera similar a nuestro presente. Tampoco habíamos tenido mucha suerte en ese campo. A veces también entrenábamos. En realidad, pasaba todo el tiempo con Dhax, hasta nuestra hora límite que era después de la cena. Lo cual se traducían en que me aburría mucho después de cenar. Me aburría tanto que ya sabía cuántas Dalias había pintadas en el techo de mi dormitorio. Tanto, que soñaba con escaparme de palacio e ir a ver a Skanaghor. ¡Tanto como para hacer un entrenamiento improvisado llevando el vestido de seda para dormir! *Ridículo, lo sé.* Había otras noches en las que pensaba en Dhax. En la forma en la que había conquistado mi corazón y se hecho con todo el control. *Demonios, a estas alturas apuesto a que ha amueblado el sitio a su antojo a sabiendas de que va a quedarse allí de por vida.* Pero eso no me ayudaba a dormir. Oh, no, más bien todo lo contrario. *Pero por desgracia, ese argumento no convence a mi cabeza la gran mayoría de las noches.*

En cuanto terminé de desayunar fui a buscarle. Sabía que estaría en esa sala repleta de estanterías con libros. Técnicamente, no era la biblioteca de palacio ya que esa era mucho más grande, pero podría decirse que era su favorita para leer. Devoramos un par de libros antes de romper el silencio (sí, quiero decir antes de que yo lo hiciera).

—¿Echas de menos a tu familia? —pregunté al chico sentado en el sillón de en frente mientras movía las piernas que había puesto sobre el reposabrazos.

Lo de sentarme como una verdadera dama lo llevo en la sangre, como ves.

—¿A la de sangre o a la que vuela?

Sonreí.

—A la de sangre. —*Puesto que sé que a la otra la echas tanto de menos como yo.*

—Me gustaría verles, pero me alivia saber que están bien. Y que seguirán a salvo mientras los guardias les proporcionen comida. —Ladeó la cabeza y dejó que el libro que sujetaba cayera

sobre su regazo.

—¿Qué?

—¿Por qué lo odias tanto?

—¿El qué?

—Estar aquí sentada aprendiendo sobre... ¿ves? Otra vez esa cara.

—Yo no pongo ninguna cara, esto es genial. —Si por genial entendemos una tortura.

Puede que tuviera que ver el hecho de que la persona que escribió «siglo III, Vyskar» no tenía labia ninguna. *En serio, se ha pasado detallándome la forma en la que el rey alzaba su espada contra los monstruos con tanto detalle que ahora veo las imágenes a cámara muy (muy) lenta en mi cabeza.*

—Lo pillo, tenias un cuelgue fuerte por la realeza, ¿algo que me pueda servir para mi problema actual? —pregunté a Dhax después de admitir la verdad y solo la verdad.

Soltó una carcajada y eso volvió líquida mi espalda. Me hundí un poco en el sillón.

—Está bien, vamos —se levantó y movió la cabeza hacia un lado.

—¿A entrenar? —pregunté ilusionada.

Por si alguien no le ha quedado claro que soy una guerrera de pies a cabeza.

—No, pero voy a darte un libro mejor.

—Ah, genial. —Me obligué a decir.

Dhax giró sobre sus talones y de repente pasamos a estar muy cerca. *Esa mirada tendría que venir de la mano de una advertencia. Apuesto a que alguien podría perder la cabeza.*

—Encontrar un buen libro, es igual de útil que encontrar una buena espada. Solo tienes que saber escoger. Probar hasta que lo encuentres, Lhyos.

Sonrió de manera torcida como si oyera a mis emociones y se giró caminando hasta la salita contigua donde había unas cuantas estanterías, pero ningún lugar en el que sentarse. *Un armario grande a mis ojos, con un puñado de libros extra que alguien a quien le gustaba esta sala tanto como a Dhax no quiso llevar a la biblioteca.* Me quedé embobada durante un segundo mirando su espalda. No estaba acostumbrada a verle con ropa normal. La armadura y la fuerza de sus movimientos dejaban que intuyeras bastante, pero esa camisa era... tan normal. Y me gustaba tanto. Sacudí la cabeza y le seguí. De repente algo en su rostro cambió.

—Todavía no te he dado las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por comprarme más tiempo.

—¿A qué te refieres? —Me acerqué a él uniendo las cejas.

Reducir la distancia era ya algo innato en mí.

—De no ser por ti, de nuestro compromiso, no habría ningún motivo por el que no estaría ya en Kréghalos.

—Dioses. —*¿Cómo no había caído en eso?*—. Siempre he odiado que mi padre utilizara tu juventud como argumento para no darte un puesto de poder en palacio.

—Siempre he estado donde quería estar —aseguró—. Y no quiero decir que no esté dispuesto a ir a Kréghalos hoy mismo si...

—Lo sé.

—Cada vez que me he ofrecido...

—Dhax, lo sé. Entiendo a qué te refieres. —Esto, lo nuestro, acababa de empezar.

No éramos egoístas por querer disfrutarlo un poco. No después de habernos ofrecido voluntarios y haber sido rechazados. Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Carraspeó y continuó con el tema previo.

—Libros. Ladán me habló de este en la reunión de ayer —dijo cediéndome «Los Dioses y el Ántor», a lo que asentí—. Pero ahora mismo estoy con otro. ¿Quieres empezarlo tú y contarme de qué va?

—Sí, vale, claro —asentí. Luego solté el aire—. ¿Sabes? Creo que me falta un aliciente.

—¿Encontrar el hechizo que salve a Vyskar no te parece un premio lo bastante bueno?

—Una gran parte de mí cree que serán los sabios quienes darán con el hechizo. ¿Y si hacemos esto? Por cada cien páginas que lea, me das media hora de entrenamiento. ¿Trato?

Dhax dejó en libro en una repisa y se inclinó hacia mí. Dejándome atrapada entre la única y minúscula mesa de la pequeña sala y su cuerpo.

—¿Seguro que es eso lo que quieres de recompensa?

Mi garganta se secó cuando mis labios quedaron entreabiertos. Tragué con dificultad. Sus manos llegaron hasta mis caderas.

—Oh, mmm, yo... —*Palabras.*

—Claro, tal vez en ese caso las recompensas serían más. —Acarició la piel de mis brazos que el vestido verde que me habían obligado a llevar dejaba expuestos.

—No estés tan seguro de eso.

Ninguno de los dos sonreía ya. Su pecho se movió de forma abrupta cuando se inclinó más y dejando que sus labios rozaran el fragmento de piel en el que el hombro y el cuello se unían, inspiró con fuerza. Me estremecí.

—Si pudiera... —No terminó la frase, pero podía imaginármela.

—Puedes.

Se apartó un poco, lo suficiente como para mirarme a los ojos, pero no lo bastante como para que añorara el calor arrollador que desprendía su cuerpo. Solo ese gesto hizo que mis emociones vibraran impacientes. Endureció la mandíbula.

—No, Lhyos. Ambos sabemos que no podemos.

No hasta que nuestra unión se llevara a cabo y todo eso. Pero cuando acarició mi mejilla y su pulgar acabó jugando con mi labio inferior, no pude evitar lo que hice. La forma en que mi lengua se vio en la necesidad de saborearlo. La sorpresa que tensó su cuerpo, la forma en la que casi pude oír cómo se derretía todo bajo su piel. Unos largos instantes después Dhax apartó la mano y no hubo ni una sola parte de mi ser que no supiera que se había obligado a hacerlo. Así de evidente había sido. Antes de que unas palabras que no deseaba oír salieran de su boca, pronuncié las más.

—¿Y si pudiéramos? —tanteé imaginando un hipotético caso en que yo no fuera yo—, ¿y si fuéramos un par de guerreros y nada más?

SENTIDO DEL DEBER

Dhax soltó el aire.

—Entonces no sería capaz de estar en la misma habitación que tú y seguir vestido. —Se acercó tanto que sus labios rozaron los míos—. No sería capaz de concentrarme en nada más que en ti, lo cual sería peligroso. —Sus dedos cayeron por la parte baja de mi espalda y cuando me presionó contra sí, fue como si un millar de agujas de placer atacaran mi sistema nervioso, clavándose por mi cuerpo de una forma agresiva y brutal que era del todo adictiva—. Muy peligroso —susurró justo antes de besarme.

Su agarre se volvió más fuerte. Apretándome contra sí hasta hacerme jadear en sus labios. *Esta ropa es una bendición de los Dioses. Cuánto había jugado en nuestra contra la armadura.* Mi corazón golpeaba con tanta fuerza como si acabara de saltar al vacío. Me moví contra él. No podía pensar del placer tan abismal que sentía. Era demoledor. Abrasador. Me estaba volviendo loca. Sobre todo cuando parecí ser la razón principal de ese gruñido. Sobre todo cuando él parecía tan desesperado por tenerme como yo.

—No me mires así —le supliqué.

—¿Cómo?

—Como si fuera... —*Algo precioso, algo puro y perfecto que quieres cuidar el resto de tu ajetreada existencia.*

Esa mirada puede demolerme el alma. Hacerme pedazos en un maldito segundo.

—¿Cómo si fueras qué? —Algo en su tono me hizo creer que ya sabía a lo que me refería, pero quería oírmelo decir.

Sacudí la cabeza y él sonrió un poco. Como si le diera ternura mi repentina vergüenza. Como si eso no hiciera más que reafirmar todo lo anterior.

—Quiero que me beses —admití.

Su boca se abrió contra la piel de mi cuello. Su lengua hizo maravillas con mi garganta y

tuve que morderme el labio con fuerza para no demostrar cuánto me gustaba. Luego bajó un poco más. Parecía embelesado con el hecho de poder casi tocarme directamente. En trance por lo poco que dejaba a la imaginación el vestuario que llevábamos. Una de sus manos se apretó a la altura de mis costillas como si no pudiera aceptar la remota idea de que me alejara de su lado. Sin saber que su mero contacto me volvía líquida. Puro fuego de dragón líquido, si es que tenía sentido. En el preciso momento en que su boca arrasó con la mía, me perdí en él. Dhax se hundió en mis labios y me besó como nunca antes me habían besado. Saboreándome de un modo obsceno e íntimo que me... *Oh, Dioses*. Estaba tentando mucho mis límites. Los movimientos de nuestras caderas habían empezado como algo lento, profundo y espaciado, pero ya no lo eran. Ahora eran más constantes. Más salvajes y desesperados. De repente se alejó y me miró. Incapaz de soportar la distancia, acabé con ella. Le besé y lo que estuviera a punto de decir, se perdió en nuestras caricias, en nuestro deseo. Gruñó y eso lo empeoró todo aún más. No iba a poder aguantar mucho más. Entonces él se separó y susurró contra mi mejilla:

—Deberíamos parar.

Casi no había distancia entre nosotros. Como si un solo milímetro fuera demasiado para ambos.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté dispuesta a romperme si hacía falta, a cualquier cosa con tal de apartarme de él si decía que sí.

—Perdón, ¿qué parte de esto...? —Dhax se presionó contra mí y las zonas más vulnerables de nuestras anatomías quedaron unidas de nuevo. Lo cual contestaba alto y claro a mi pregunta. Casi me deshice en su abrazo—. ¿...no te ha quedado claro?

—Entiendo. —*En realidad no*.

—No hay ni un solo segundo del día en que no desee hacerte mía, Lhyos —contestó con la respiración agitada—. Ni uno solo.

No voy a poder olvidar eso jamás.

—Pero has dicho...

—He dicho que deberíamos parar, porque podría entrar cualquiera y alguien podría ver a la futura reina de Vyskar en una situación comprometida. Porque para empezar, ni siquiera deberíamos pensar en... —suspiró—, los reyes tienen sus normas.

—A día de hoy soy una guerrera que sirve a palacio. Nada más que eso.

—Sabes que las cosas no funcionan así. —Su mano acarició mi mejilla y me besó. Fue rápido, pero sentido—. Y aunque fueras la mejor guerrera que conozco y nada más, no es así como quiero que sea nuestra primera vez juntos. Te mereces algo mejor que esto.

Me derretí un poco. O más que un poco. La larga lista de virtudes que hacían a Dhax el único hombre en el planeta para mí, empezaba con sus principios. Con su sentido del deber y ese empeño en pensar qué era bueno para mí. Porque en caso de saberse, él no saldría mal parado, solo yo. Yo era la hija de los reyes. Una vez más dejó temblando. No aparté la mirada de su iris ni un poco porque cuando estábamos tan cerca, tenía la sensación de que podía sentir lo que yo sentía, oír lo que mi corazón decía con cada latido. Y eso estaba bien porque sabía que las palabras no alcanzarían ni de lejos lo que necesitaba decir, aun así lo intenté.

—Dhax, tú eres todo lo que quiero. —*Y no entiendo cómo no te ha quedado claro ya.*

—Lhyos.

—Eres tú. —*Para mí no hay nadie más—*. Donde estemos no me importa.

Durante un instante estuve segura. Había acabado con la última barrera. Había bajado todas las compuertas que protegían mis sentimientos y iba a obtener mi recompensa. *Pero el destino siempre tiene otros planes.*

—¿Princesa Lhyos? —La voz de un guardia llegó poco antes de que se abriera la puerta de la sala.

En cosa de un segundo, cambiamos las posiciones. Me coloqué delante de Dhax para tapar todo su deseo por mí y él respondió con un gruñido. Sentirlo contra mí de esa forma desató algo desesperado (y tan placentero que alcanzó el nivel doloroso) en mi interior. *No estoy acostumbrada a lidiar con tantas emociones. ¿Lobos del infierno? ¿Monstruos de todo tipo? Vale. Pero esto...* Las manos de Dhax llegaron hasta mis caderas y redujo aún más la distancia. Su agarre estaba cargado de determinación, como si no fuera a dejarme escapar jamás. Como si hubiera despertado algo en él que ni siquiera él mismo controlaba.

—Dioses —gemí.

La fricción fue deliciosa. Quise darle un manotazo y alejarme unos centímetros, pero no pude. En vez de eso arqueé la espalda y me moví un poco contra él. Dejando que el placer que se

había derramado en mi interior me guiara. Entonces fue Dhax quien nos obligó a salir del trance. A sujetar mis caderas, esta vez para que quedaran inmóviles. Nuestras respiraciones eran muy agitadas. El guardia volvió a llamarme y de alguna forma llegamos hasta la puerta de la salita.

—E-estoy aquí —avisé al guardia, obligándome a eliminar la rojez que notaba en las mejillas. *Pálida, vuelve a ser pálida*. Carraspeé sin salir de la habitación en la que nos encontrábamos—. ¿Me necesitan?

—Ladán la está buscando —dijo desde la puerta de la otra sala, sin acercarse demasiado—. Dice tener preguntas sobre los *Phoanbbes*. Le informaré de que está aquí. —Se dispuso a marcharse.

—No, no. Puedo ir yo a buscarla. Sí, sin problema. —Había estado reuniéndome con ella muchas tardes. Me gustaba pasar tiempo con Ladán. Aunque en este preciso instante, puede que incluso la odiara un poco—. Al fin y al cabo, ella es la sabia y ahora mismo, son la esperanza del reino.

El guardia asintió y salió de la sala, esperando a que yo le siguiera. Me giré un poco, sin apartar el cuerpo del de Dhax, mirándole por encima de mi hombro. Como no era capaz de decidir entre lo que debía y lo que quería hacer, me quedé ahí inmóvil. Expectante.

—Lo siento —susurró en mi oído.

—¿Qué sientes? —Fruncí el ceño intentando controlar la serpiente que quería sacudirme desde dentro.

—Habértelo puesto más difícil. —Sus manos bailaron suaves por mis brazos mientras me daba la vuelta.

Como si se arrepintiera de la fuerza que había utilizado unos segundos antes.

—Gracias —dije.

—¿Gracias por qué?

—Por hacerme la vida más fácil. —Cuando sonreí sus ojos también lo hicieron.

A pesar de que su sentido del deber estaba ahí, entre nosotros. Casi podía tocarlo. Lo que fuera que hubiera conseguido con mis palabras momentos atrás, lo había perdido.

UNA NOTICIA INESPERADA

Pasaron los días. Los sabios de Vyskar no lograban dar con una solución y la situación en los límites de nuestro mundo era cada vez peor. Dhax y yo habíamos estado entrenando casi todo el día. Estábamos exhaustos, pero había sido genial. Acabábamos de sentarnos en los sillones de la no-biblioteca cuando vinieron a por nosotros.

—Señor, ya están aquí. —Nos anunció el guardia cuando cruzamos las puertas abiertas de la sala.

Todos los demás guardias cuadraron la espalda en señal de respeto hacia nosotros. *Innecesario*. Mi padre dejó de mirar por el gran ventanal, se giró y nos observó unos segundos.

—Señor, ¿qué ocurre? —pregunté intranquila.

Para mi sorpresa, Khríomer se acercó a Dhax y a mí con paso solemne. Cauteloso. Su expresión denotaba que aún no las tenía todas consigo y eso era tan poco habitual en él como hallar el Sol en el cielo en plena noche. No, mi padre siempre sabía lo que debía hacer, siempre estaba convencido del todo. Por eso no entendía por qué...

—Hija mía —su mano llegó hasta mi mejilla en un gesto de cariño. Su expresión era seria, pero sus ojos estaban tristes—. Ha llegado el momento. Los guerreros del reino siguen muriendo. Dragones heridos llegan hasta palacio día tras días. Necesitan toda la ayuda que pueda darles y como rey, estoy en la obligación de hacerlo. De protegerlos. Por ese motivo, voy a enviarte a Kréghalos, Lhyos. A ambos —puso una mano en el hombro de Dhax—. Saldréis mañana al amanecer.

Podía reconocerme a mí misma que la inminencia de la partida era un tanto abrumadora, pero no la misión.

—Será un honor, señor —dijo Dhax.

—Lo será sin duda, señor. —Asentí sintiendo que mis pulmones se llenaban de valentía y mi alma de determinación. Había llegado el momento. Ese para el que me había estado

preparando durante toda mi vida—. Los derrotaremos. Traeremos la paz de vuelta a Vyskar.

—Nunca os enviaría a vosotros, si no fuera necesario.

Pero lo era. Él mismo iría si eso no dejara al pueblo desprotegido y vulnerable. Lo sabía bien. Me chocó saber que Fhykna vendría con nosotros y que Dez también lo haría. Mi padre estaba en lo cierto, iba a enviar todo lo que tenía. La situación en Kréghalos debía ser más difícil incluso de lo que ya contaban.

Cuando abandonamos la sala, tenía el corazón temblando. Miré a Dhax. Él me estaba mirando de la misma forma. Ambos aceptábamos nuestro destino y honraríamos Vyskar como guerreros, pero... también valorábamos la vida. Sabíamos que de morir, (y con nosotros el resto de guerreros de Vyskar) la libertad de Yknoder y Skanaghor peligraría, junto con el Ántor en el Templo de los Dioses. Por no hablar de lo que supondría para nuestros familiares y el reino. Pero... No, no era en eso en lo que debíamos pensar. Sino en nosotros. No había ni una sola célula en mi cuerpo que no supiera que Dhax estaría conmigo hasta mi último aliento, de la misma forma que sabía que yo haría lo mismo. Lo cual significaba que... o volvíamos los dos, o no lo haría ninguno. *Sus ojos sonrieron y su voz sonó en mi cabeza. «Juntos, bichito».* Separé los labios con tal de decir algo, puede que cogerle la mano mientras tanto, pero no llegué a hacer ninguna de las dos.

—Lhyos.

Me giré.

—Ilíada. —Una parte de mí había aceptado que ella no hablaría nunca conmigo del honor que suponía ser una guerrera.

Aunque estaba un poco asustada y esta vez, más que nunca, me hubiera gustado. Que me dijera que estaba orgullosa de mí. Dhax la saludó inclinándose hacia delante en un gesto silencioso, pero respetuoso.

—Ven, hija, quiero que veas algo. Dhax, ¿nos disculpas?

—Por supuesto —volvió a hacer la reverencia y mi madre se dio la vuelta esperando que le siguiera.

Miré a la mujer de vestido largo azul pálido alejarse, pero yo no me moví ni un ápice. Lo que nos quedaba de tiempo juntos, lo que faltaba para nuestro toque de queda personal... no eran

más de diez minutos. Ese era el tiempo que nos quedaba antes de que llegara mañana. *Me están arrancando el corazón del pecho.* Quería hablar con él. Lo necesitaba. «Ve» susurraron sus labios. Su mirada sonreía tanto... no entendía cómo era capaz de poner a un lado lo que deseaba, pues sabía cuánto deseaba estar conmigo. Y en un momento como este estaba segura que todavía más. Pero la reina se alejaba y yo debía seguirla, a pesar de que mis piernas no se movieron. Dhax avanzó hasta mí y depositó un beso en mi frente.

—Eres muy fuerte, Lhyos, no lo olvides —susurró a un volumen que ni siquiera los guardias más cercanos oirían—. Ve.

Te quiero. Te quiero y te defenderé con mi vida. Lo juro. Morir por ti será un honor. La nuez de Dhax subió y bajó como si le hubieran afectado mis palabras, como si las hubiera oído.

—Lhyos —llamó mi madre y tuve que obligarme a seguirla.

Caminamos en silencio por los pasadizos de palacio. Siempre me habían parecido hermosas las figuras ondeantes que se dibujaban en el mármol blanco. De repente fui consciente por qué. *Es de la misma clase de oro que el que brilla en el iris de Dhax.* Sonreí un poco. Pero la mueca se esfumó de mi rostro en cuanto supe a dónde íbamos.

—Mamá —susurré, pero eso no detuvo sus pasos.

Solté el aire contenido y mis hombros cayeron con el peso justo antes de entrar en la sala donde se encontraba Dáyaha. La madre de Lora.

—...Khríomer ya ha tomado la decisión —le explicaba mi madre en tono bajo—, saldrán mañana por la mañana.

En el momento en que los ojos de Dáyaha cayeron sobre mí supe que no iba a haber palabras de esperanza por su parte, ni tampoco de orgullo. Las marcas que el tiempo había dejado en su cara parecían haberse acrecentado por mucho en este último tiempo. Tenía el mismo aspecto que en el funeral: ropa negra, el cabello recogido en un moño bajo y la mirada brillante por las lágrimas. Una punzada de culpa me atravesó el estómago. Dáyaha dejó el bordado que estaba haciendo y mi madre me hizo un gesto discreto con la cabeza para que me acercara. Lo último que quería hacer.

—Hola, Dáyaha. —Me senté a su lado en el elegante sofá de color crema y cojines azul celeste, donde destacaba aun más su vestuario negro.

—No te vi en el funeral de mi hija.

—Fui. Te di el pésame. ¿No lo recuerdas?

Miró a mi madre como si esperar su confirmación ante mis palabras fuera lo que necesitaba para creerlas.

—Tus heridas sanan bien —dijo analizando mi rostro.

Asentí, expectante. Sabía que esta era la charla previa a la de verdad. Que había un motivo por el que estaba ahí. Pude notar la tensión cociéndose en el ambiente. Mis ganas de querer marcharme materializándose entre mi tía, hermana del rey, y yo en el sofá. Dáyaha empezó a llorar. Primero de forma silenciosa y después de forma sonora.

—¿Por qué, Lhyos?

No contesté. Supuse que era a los Dioses del destino a quien pretendía ajustarle cuentas, quien se había llevado a su hija a una temprana edad y...

—¿Por qué no la protegiste? —Dáyaha me cogió del brazo y sollozó—. ¿Por qué la dejaste morir, Lhyos? ¡A tu propia familia!

El corazón me dio un vuelco.

—Intenté av-avisarla. —Apreté los labios con fuerza cuando empezaron a temblarme.

—¡Debiste salvarla! ¡Ella te admiraba! —Sus puños golpearon mis brazos y mis hombros, pero no me aparté. Me mantuve firme en el sitio como sabía que haría Lora en mi situación si la mujer al otro lado del sofá fuera Ilíada—. ¡La dejaste morir! ¡Dejaste que la...! ¡No la defendiste! Ella te admiraba, ¡y tú nunca la correspondiste! ¡La dejaste morir!

—Lo siento. —Sabía que no era culpa mía. Que aquel lobo la alcanzó mucho antes de que yo pudiera hacerlo. Que iba a por ella, era su objetivo, y logró lo que buscaba. Pero Dáyaha no necesitaba saberlo, pues había testigos de sobra que podían dar voz a la verdad. Lo que necesitaba era llorar la muerte de su hija. Por eso no me moví. Porque yo también admiraba a Lora como guerrera. Porque desde que había muerto, lo concebía como una carga en el pecho. Algo que desearía que no estuviera allí, que pudiera arreglar. Pero tendría que aprender a vivir con ello, igual que Dayaha—. Lo siento mucho.

Cuando salimos de allí mi madre me detuvo antes de elegir un camino distinto al mío.

—¿Sabes por qué lo he hecho?

Me limpié la nariz, sin molestarme en hacer lo mismo con las mejillas.

—No —admití.

—No me conviertas en Dáyaha, hija mía. No me obligues a cargar con la muerte de lo que más quiero. Podré aceptar cualquier cosa menos eso. —Dicho esto se fue y yo me quedé ahí en medio.

Sabiendo que, en realidad, mis pasillos siempre habían sido una línea recta sin bifurcación alguna. Y a pesar de que les costara aceptarlo, los reyes también lo sabían. *Algún día mi deber será proteger Vyskar desde el trono.*

Pero ese día no es hoy.

SOLOS TÚ Y YO

Las paredes de la habitación iban acercándose a mí cada vez más. *¿Seguirá despierto Dhax?* Suponía que sí. ¿Quién podría dormir de estar en nuestra situación? Nadie que yo conociera. Mi corazón estaba triste, un tanto aterrado. Necesitaba hablar con él. Verle. Abrazarle. Oírle decir que podíamos con esto, que Yknoder y Skanaghor nos habían ayudado en innumerables batallas y que esta no iba a ser diferente. Que nada de lo que hubiera en Krégthalos podía ser tan malo. Sin pensármelo dos veces, abrí la puerta de mi dormitorio con la vela en la mano. Volví a cerrarla cuando oí voces y esperé, con el pulso tan acelerado que el sonido casi rebotaba contra las paredes. Entonces salí. El frío llegó hasta mí anunciando que no había cogido zapatos. La alfombra que cubría el suelo de mi dormitorio nada tenía que ver con el frío pasadizo que me puso la piel de gallina. Bajé las escaleras evitando los murmullos. No dudé. Ni tampoco llamé. *Un tanto descortés por mi parte.*

—Lhyos, ¿qué...?

Se suponía que, siendo tan tarde, ambos estaríamos durmiendo. Pero resultaba evidente con un simple vistazo que Dhax estaba tan despierto como yo.

—Tenía que verte —me expliqué—. Necesito oírte decir que todo va a salir bien.

Se levantó y caminó hacia mí.

—Esto no es nada para nosotros —susurró—. Podemos hacerlo.

A pesar de la distancia, pude sentir por la forma en la que se tensó su cuerpo en el segundo exacto en que reparó en lo que llevaba puesto. Ese vestido que cualquier muchacha debería tapar con una gruesa bata por encima. Uno que dejaba un poco entrever qué había debajo. Estar aquí a estas horas era una osadía por mi parte, pero venir así era una todavía mayor. Aun así no me miró, no de verdad. Fue como si su visión periférica ya le dijera demasiado.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, su nuez subiendo y bajando un poco más notoriamente que de costumbre.

Pareció distraído, pero se recompuso.

—Un poco. ¿Tú?

—También. Dudo que alguien duerma bien esta noche. —Sonrió un poco—. Ven aquí — Dhax alargó la mano hacia mí y tuve que luchar contra cada rincón de mi ser para no acercarme y hundirme en ese abrazo que tanto deseaba. Cuando negué con la cabeza, él preguntó—. ¿Por qué?

—Porque tengo que preguntarte algo primero y la distancia es una buena aliada hasta que me respondas.

—Vale. Adelante.

Bajé la vista y la centré en mis manos apretadas la una contra la otra. Si quería disimular que me temblaban, lo estaba haciendo de pena.

—¿Puedo dormir contigo aquí esta noche? —Sentí latigazos agudos e intensos en la parte baja de mi estómago solo de imaginar su mirada.

Cuando no contestó me vi obligada a alzar la cabeza. Tal vez ese gesto fue lo más difícil que había hecho en toda mi existencia.

—Eso no es una buena idea, Lhyos —dijo con cierta seriedad y dulzura a la vez.

Como si hubiera algo que no entendiera y que él no estuviera dispuesto a explicarme todavía.

—No lo era cuando existía la casi-certeza de tener un futuro —intenté no morderme el labio inferior porque sabía que los miraría si lo hacía y mis rodillas ya estaban lo bastante débiles —. Pero ahora...

Se acercó y no se lo impedí. Dhax me acarició la mejilla con delicadeza y luego dijo:

—Vamos a conseguirlo, bichito. No vamos a morir así. —Su convicción no era certera.

No esta vez. El peligro que había visto reflejado en los ojos de mi padre estaba ahí, oculto en los suyos.

—Pero existe la posibilidad.

—Siempre. —Endureció la mandíbula.

Mi pulso latía desbocado. Tanto, que probablemente acabaría por darse cuenta. Tal vez debería haberle preguntado de forma específica antes de actuar. Tal vez debería haber llevado

algo más bajo el vestido. Algo que enviara el mismo mensaje, pero me dejara algo a lo que aferrarme. Pero no lo hice.

—Si al final la suerte no está de nuestra parte, odiaría pensar que no... he tenido a quien amo de la forma que más deseaba.

—Yo también lo odiaría —dijo demasiado rápido como para ocultar nada—, me odiaría y conmigo al reino.

Si la presión no hubiera sido tan alta, me hubiera reído. Admitir amar a alguien nunca había sido tan fácil. Dhax se quedó muy quieto, como si estuviera librando una batalla interna entre deber y querer. Una vez más, poniéndome a mí y a mi reputación por delante de sus deseos. No pensé, actué sin más. Bajé las tiras del vestido dejando que los hombros quedaran expuestos y la gravedad hizo el resto.

—Sé que tu amor por mí es lo que te frena. Por favor, no dejes que lo haga esta noche. —
Logré decir de alguna manera.

Los ojos de Dhax permanecieron sobre los míos, pero el oro se había vuelto candente con una rapidez abrumadora. Su mandíbula se volvió una dura roca. Fue evidente que tuvo serios problemas para encontrar las palabras. Cerró los ojos e hizo una profunda respiración.

—Por favor, di algo —susurré sintiéndome de lo más expuesta, por dentro y por fuera.

Sus ojos se abrieron a mí y lo que vi me contrajo el estómago.

—¿Estás segura?

—De ti, siempre lo he estado Dhax —admití con demasiada facilidad. Volví a bajar el tono —. Ahora quiero que me mires.

Su mano poco a poco dejó de estar en mi mejilla. Retrocedió sin mover un ápice el foco de su mirada. Hasta que lo hizo. Dejando un rastro de fuego a su paso, sus ojos descendieron por mi cuello, llegaron a mis hombros y luego siguieron bajando. Su respiración se volvió más profunda y un tanto agresiva. Sus labios quedaron entreabiertos y su nariz subió y bajó con algo primario y salvaje, demasiado intenso como para mirarlo directamente. Verle reaccionar así me volvió de fuego líquido y me hizo desear aún más que sus manos estuvieran de nuevo sobre mí.

—Eres la criatura más hermosa que jamás he visto, Lhyos. —Sus mejillas estaban tan rojas como sus labios.

Apostaba a que yo ganaba esa competición. Sus ojos cayeron más allá de mi cintura y dejé de sentir que tenía el más mínimo control de la situación.

—Esto podría suponer un problema —añadió después de unos eternos segundos.

—¿A qué te refieres?

—De ahora en adelante —dio un solo paso hacia mí—, cada vez que te vea, lo haré así. — Se rio para sí—. Es imposible que sea capaz de pensar en otra cosa el resto de mi vida.

Tragué saliva con dificultad.

—Bien —alcé la barbilla fingiendo una seguridad arrolladora que pocas tonalidades compartía con la vulnerabilidad que martilleaba en mi pecho—, hazlo.

Otro paso más.

—No entiendo cómo no era evidente para ti que me desarmas completamente. Que estoy en tus manos. Que eres a la única a la que siempre he amado, la única persona capaz de acabar conmigo. —Sus manos llegaron hasta mis costillas.

El agarre fue fuerte y la forma en la que movió sus dedos sobre mi piel fue del todo sensual. Mi espalda se arqueó un poco ante el contacto, pero mi pecho se hundió ante sus palabras. Jamás podría asimilar lo que había dicho, pero desearía pasarme la vida intentándolo.

—Te protegeré de todos los que amenacen con hacerte daño —aseguré—. Incluso si llega el día en que esa persona sea yo.

Lo que dije, lo que no dije, lo que vio en mí o una mezcla de todo lo anterior fue el clic que faltaba para volverle loco. Para deshacerle. Los labios de Dhax estuvieron sobre mí un segundo después y el fuego de sus besos detonó mi deseo. Sí, ese que creía que ya estaba por todas partes. Un gemido salió de mi garganta demasiado rápido.

—No tendré tiempo suficiente de vida para hacerte justicia —dijo mientras sus mechones rebeldes acariciaban mi pecho.

Me agarré a él. A sus hombros, a su pelo. Mientras sus caricias intervenían en el juego que su lengua había proclamado como suyo. Dhax se movió por mi cuerpo como si no tuviera bastante con nada, explorando cada centímetro con pura devoción, casi ansioso. Cuando se acercó a mi cuello aproveché la proximidad y le besé. Profundicé el beso arrancándole un gruñido que me sacudió desde lo más profundo de mi ser. Me acercó hacia sí con determinación,

dejando que sus manos bajaran por mi espalda sin hallar ningún impedimento. Colé las manos bajo su camisa holgada. Su piel firme estaba muy caliente, halagándome al tiempo que se contraía. Nada en la forma en la que nos tocábamos era inocente. La pasión dibujaba el retrato que la necesidad y la desesperación pintaban a su antojo.

Dhax se movió contra mí, haciendo que el espacio entre mi cuerpo y el suyo dejara de existir. Moviendo las caderas y haciéndome pedazos de un modo... *Joder. Más.* Quería mucho más. El resto de mi vida. De todas mis vidas. Durante un breve instante, se apartó para deshacerse de la parte superior de su pijama. No le permití acercarse tan deprisa, a pesar de que lo deseaba con todo mi ser. Ver lo que había ocultado su ropa me hizo morderme el inferior pensando en... demasiadas cosas al mismo tiempo. De pequeños le había visto sin camiseta, claro. Pero a medida que crecíamos, empezamos a guardar las distancias en ese aspecto y... Jadeé. Bajé mis manos por su abdomen al tiempo que una de las suyas rodeaba la piel justo encima de mis costillas. Como si no fuera capaz de soportar la excesiva distancia que yo nos había impuesto y tuviera que seguir tocándome. Pero yo no podía pensar de todo lo que quería hacerle y necesitaba un momento. Un plan de organización, tal vez. Su agarre, rebelde y saltanormas, tiró de mí. Hasta el punto que él quedó sentado al borde de la cama y yo acabé encima suyo. En el instante en que la dureza de su cuerpo quedó contra mí... Jadeé. Gemí. Sí, puede que ambas. Puede que el sonido íntimo, sediento y revelador que salió de mí no tuviera nada que ver con una palabra, pero que él lo entendiera igual.

—Soy un egoísta —murmuró depositando húmedos besos en mi mejilla.

En una línea directa hacia mis labios.

—¿Qué? No, no lo eres. —Me apoyé en sus hombros todavía incapaz de asimilar que se podía sentir tanto.

—Sí, lo soy. —Sus dedos llegaron a mis caderas y me movió sobre él generando la fricción más ardiente de este y todos los demás mundos. Arrancándome desde lo más profundo de mi ser las verdades más puras y los secretos más obscenos habidos y por haber—. Porque necesito oírte hacer eso para seguir viviendo. —Lo hizo otra vez.

Pegando su frente a la mía. El calor que desprendía su cuerpo era delicioso, pero lo que hacían sus besos, caricias y todo su anatomía era algo de otro universo. Mágico. Perfecto. *Y mío.*

—Dhax —supliqué porque estaba matándome.

Tal vez ambos disfrutáramos de años de tortura juntos, pero mi cuerpo no lo soportaría.

—Eh, tú puedes con esto —dijo con una sonrisa torcida, saboreando la situación tanto como a mí.

—No estoy tan segura de eso. —Otra ráfaga imparable de placer me recorrió entera.

Sacudiéndome a nivel celular. De una forma que jamás podría olvidarme. Empezando un camino del que nadie en su sano juicio podría volver.

—Mírame —Su tono fue suave y firme a la vez, llevando la mano hasta mi mejilla.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había cerrado los ojos.

—No —dije de todas formas.

—¿Por qué no? —La curiosidad marcaba su tono y también algo de diversión, pero por encima de todo había ese aura perezosa, sensual y nuestra que también había reconocido en mi propia voz.

—Porque estoy enamorada de ti y mirarte a los ojos en una situación como esta me va a llevar a...

No terminé la frase. Al parecer, todavía había ciertas cosas por las que sentía reparo verbalizar. Algo similar a una risa suave, ronca, masculina y perfecta salió de su garganta.

—Mírame —ordenó.

—¿Por qué?

Cuando no contestó tuve que ceder. *Joder*. Sus ojos. Dioses, era tan... Dhax. Era él. La mano que podría sostener en cualquier circunstancia, el único en el que confiaría siempre, el hombre más atractivo de la faz de la tierra, el primero en la lista de aquellos por los que estaba dispuesta a morir... Era él y estábamos juntos en esto.

—Porque yo también estoy enamorado de ti, Lhyos. Y si vamos a hacer esto, necesito que estés aquí conmigo, no con tu miedo.

—Vale. Puedo hacer eso. Pero, ¿y si...? —*Ya sabes*.

Dhax sí supo, bastante rápido además. Lo cual fue genial porque verbalizarlo me parecía muy difícil.

—No sé si sabes como funciona esto, bichito, pero no importa las veces que tú alcances tu

límite. —Besó mi mandíbulas con la boca bien abierta, saboreándome—. Yo duraré tanto como pueda para hacer que ese número crezca.

—Cállate, claro que sé como funciona esto —gruñí sintiendo las mejillas arder en puro fuego, inundando más su rostro de diversión—. Pero es injusto.

—¿El qué es injusto? —Unió un poco sus cejas oscuras.

—Esa diferencia. Es decir... —sus dedos seguían viajando por mi cuerpo, acariciándome y dejando líneas de fuego. Tocándome donde nunca antes habían llegado sus manos. Haciéndome perder el hilo con cada vocal pronunciada—. ¿Por qué tú solo... puedes una vez? No, no me expliques la razón física, no es a lo que me refiero —me apresuré a añadir—. Lo que quiero decir es que...

Sus labios alcanzaron los míos con brusquedad y durante unos increíbles instantes Dhax bebió de mí. Todo este tiempo deseándolo, soñando con poder compartir esto nos volvió avariciosos. Demandantes e insaciables.

—Eres algo fuera de este mundo, bichito —susurró cerca de mis labios—. Todo lo que haces y dices me está volviendo loco. No sabes cuánto. —Sus ojos viajaron hacia bajo y luego mucho más abajo. Hacia el punto en que mi cuerpo y el suyo se encontraban—. Me vas a hacer perder la puta cabeza. —Volvió a coger mi mejilla y no fue hasta ese momento cuando fui consciente de que le temblaba un poco la mano, de que su respiración era muy agitada y de que había infinitas formas de disfrutar de esto.

—¿Sí? —Moví las caderas contra él.

Un gruñido salió de su garganta y mi columna se volvió líquida. *Infinitas formas de disfrutar de esto*. Todavía había mucho que debía aprender en este ámbito, aunque no pensaba reconocerlo. Los besos se volvieron más lentos y profundos, casi amenazantes con volvernos un solo ser. Todo mi cuerpo se había convertido en una terminación nerviosa a la que solo le hacía falta un beso para que se sacudiera con exquisito placer. Nuestras respiraciones para nada estables se sincronizaron mientras el ritmo de nuestros movimientos se aceleraba. Me perdí en él. Caí en sus manos una y otra vez. Antes de que tuviera que pedirlo Dhax se deshizo de la ropa que le quedaba. Entonces sí me quedé sin palabras. Era tan hermoso. Pero la fricción... joder, alcanzó un nivel desconocido. Uno que imaginaba inconquistable. ¿Cómo era posible que cuanto

más tuviera de él más necesitara? ¿Que mi corazón se hinchaba desesperado y adicto a la sensación de tenerle conmigo, listo y ansioso por tener más? Nuestras manos quedaron entrelazadas en el momento en que se colocó sobre mí. Me di cuenta de que no apoyó todo su peso y tuve que hablar. Me costó unos segundos.

—Soy una chica fuerte, ¿sabes?

Se agachó hacia mi cuello y depositó un beso. Luego otro más en mi oreja. Una vez allí susurró:

—Tú lo eres todo, Lhyos. Siempre lo has sido. —Se apartó un poco para mirarme a los ojos y estaba segura de que había notado la forma en que sus palabras me habían hecho estremecer—. Pero voy a tratarte como te mereces. —Un beso suave rozó mis labios y él movió las caderas una vez—. Voy a cuidar de ti. Y voy a amarte el resto de mi vida. Porque tenemos una vida por delante. Juntos.

Podría haber llorado ante eso. Me sentía muy feliz, con las emociones tan expuestas como fuera humanamente posible. Le besé. Me propuse demostrarle con todo mi ser cuán dispuesta estaba a hacer lo mismo por él. A cuidarle y protegerle. Y desde luego, a amarlo. La necesidad hizo aumentar la velocidad de mis movimientos y Dhax respondió de la mejor manera posible. Con delirio. Derriéndose ante mí, conmigo, para mí y todas las demás variantes. Dispuesto a devorarme una y mil veces más.

El ambiente se volvió más húmedo y la temperatura subió como si las paredes hubieran sido afectadas por fuego de dragón. La satisfacción era abrumadora, casi dolorosa. Pero el placer por lo visto no tenía límites. Iba más allá del cielo, de donde alcanzaba la vista y mucho más allá del lugar al que podía llegar la mente humana. Supe que el mayor regalo ya era nuestro, lo teníamos justo ahí entre nosotros. Nadie podría quitarnos este momento, ni lo que sentíamos. Eso nos haría fuertes.

Invencibles.

CÍRCULO DE FUEGO

No habíamos dormido mucho cuando el sol se alzó en el cielo de Vyskar. Una sonrisa preciosa se reflejó en los labios de Dhax incluso antes de abrir los ojos. Ya estaba ahí cuando me apretó contra sí, estrechándome en un abrazo del que jamás querría escapar. Su olor personal mezclado con el *Everganeth* era perfecto y justo ahí se encontraba mi lugar predilecto en la faz de la tierra. Entre su cuerpo y el mío. Pero la realidad llamó a nuestra puerta en forma de murmullos en un tono demasiado fuerte para ser tan temprano e incluso en gritos. Fui hasta mis aposentos y me enfundé en mi armadura. Oía un zumbido extraño en el fondo de mi cabeza. Sonreí al pensar si serían los efectos de tanta felicidad.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Dez cuando lo encontré en el pasillo.

Él y Fhykna liderarían los dos grupos con los mejores guerreros que quedaban en el reino que igual que él, tenían otras tareas de vital importancia fuera del campo de batalla. Dhax y yo íbamos con Fhykna y saldríamos después del grupo de Dez.

—¿No has visto el cielo? —preguntó mientras caminaba a su lado.

—No, ¿qué ocurre?

—Han llegado los dragones.

—¿Qué dragones?

—Los dragones de los guerreros enviados a Kréghalos. Los cazadores han muerto. Estamos solos.

—¿Tendríamos que haber marchado ayer?

—No vamos a marchar, Lhyos. Ir a Kréghalos no serviría de nada.

Eso solo podía significar una cosa. *El problema ya ha cruzado los límites de Vyskar*, susurró una voz en mi oído. Pero necesitaba oírsele decir.

—Dez, ¿qué pasa con el cielo?

—Es púrpura —sentenció—. Y una tormenta eléctrica viene hacia nosotros. Debemos

hablar con Khríomer, la guerra es inminente.

Un cielo púrpura solo podía significar una cosa: la llegada de un Dios era inmediata.

—Espera, iré a por Dhax primero.

—Estoy aquí —apareció a mi espalda, su rostro denotaba que había oído suficiente.

—No hay tiempo que perder —dijo Dez y buscamos al más experimentado en batallas de todo el reino de Vyskar.

—Un incendio que solo ha podido ser causado por dragones nos rodea —explicó el rey—. Las llamas llegan muy por encima de las nubes, —lo cual gritaba magia negra en todas direcciones—, no podremos cruzarlo y salir de él con vida No tenemos escapatoria.

—¿Cómo es posible? —preguntó Dez—. Los dragones jamás nos harían algo así.

—No, los dragones no —dijo Ladán.

—Creo que ha llegado el momento de dar voz a lo evidente —intervino Fhykna—, quien viene, no va a hacerlo solo. Dragones buenos abandonaron los límites de Vyskar hace ya mucho tiempo, alejando a los traidores de nuestro alcance tras la muerte de Pandora. Pero no serán los mismos ahora. Si les han enseñado a matar, matar es lo que harán. Cualquier criatura pura puede corromperse con la tortura adecuada, el tiempo suficiente y la ayuda del Dios impuro de la traición.

—¿Y cómo protegemos el Ántor de Thøken? —pregunté.

—No podemos —respondió Ilíada.

—No estoy tan segura de eso —dijo Ladán—, esta noche he encontrado algo.

—Bendito sea tu insomnio, Ladán —soltó Khríomer.

—No sé si funcionará, pero creo que dibujando las runas necesarias en el suelo, la entrada y su techo, mi hechizo podría...

—No, es muy arriesgado —dijo Ilíada—. Los Dioses podrían verlo como un ataque o una ofensa. Podría buscar la ruina a nuestra raza.

—Ve —ordenó Khríomer—, haz lo que puedas. Ve ahora, Ladán.

Y la mujer de larga melena roja no perdió más tiempo y salió de allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Khríomer —dijo Ilíada con ligera ofensa porque la hubiera desacreditado con tanta

facilidad.

—Amor mío, sé que temes la furia de los Dioses, pero tendrán que entender que lo hemos hecho en un intento por proteger el Ántor —su voz fue profunda y solemne cuando cogió su mano—. Honraremos el diamante con el hechizo y protegeremos a los dragones de las garras de Thøken.

Miré a Dhax. Su mandíbula estaba tensa. Habíamos sido entrenados para luchar con enormes criaturas sedientas de nuestra sangre, pero no un Dios impuro. No el hijo de un ángel caído y la mismísima Athena la Apollyon. Aún así los ojos de Dhax se alzaron llenos de determinación dorada cuando preguntó:

—¿Cuál es el plan, señor?

—Todos aquellos preparados para volar hasta Krégshalos, lo haréis hasta el círculo de fuego —dijo Khríomer—. Debemos impedir que lo que sea que vaya a caernos encima llegue hasta el pueblo de Vyskar y el Templo de los Dioses. Retener a las criaturas del infierno que aparecerán será el nuevo objetivo. Mientras tanto, nosotros invocaremos a Apolo.

—¿Crees que nos ayudará? —preguntó Fhykna con una opinión negativa de las intenciones del Dios que protegió a los humanos en el pasado, pero que no había pisado la Tierra desde hacía mucho tiempo.

—Es nuestra única esperanza —dijo Khríomer—. Habiendo perdido a tantos guerreros y teniendo en cuenta que los demonios cuentan con Thøken de su parte, no tenemos posibilidades reales de acabar con ellos sin ayuda. Si Apolo no nos la otorga, los dragones perderán su libertad y nosotros la vida. Algunos de nuestros mejores sabios irán con vosotros, montarán a las criaturas que han vuelto sin guerreros con tal de levantar una barrera. Un hechizo que retrase lo inevitable. Haremos lo que sea para retenerles. Pero estamos en manos del Olimpo —sentenció.

Sintiendo la mano de la muerte agarrada a nuestra garganta, Skanaghor y yo alzamos el vuelo. Empuñé la Zyxe dispuesta a todo. Busqué a Dhax en el cielo. Las alas de Yknode de ese rojo oscuro siempre habían sido fáciles de encontrar para mí. Todavía notaba sus labios sobre mi piel y su voz susurrando las palabras más hermosas en mi oído. Y la promesa por la que ambos estábamos dispuestos a morir: tener un futuro juntos, salvar a los dragones, honrar a Pandora.

—Vamos, chico, ¡más rápido! —Skanaghor rugió y aumentó la velocidad.

ALAS EN LLAMAS

No llegamos muy lejos, lo que dijo mi padre era cierto. Tras el primer acantilado, en la zona boscosa que ahora estaba ennegrecida, había una pared de fuego. Un huracán... Y nosotros estábamos justo en el centro. Skanaghor tenía que hacer fuerza para no verse absorbido por la corriente de aire caliente. Cerca del límite del círculo de fuego que, en efecto, se alzaba muy por encima de las nubes, la temperatura era casi insostenible. Mientras los sabios hacían lo suyo impidiendo que el fuego avanzara utilizando magia pura, nosotros enviamos a cruzar el círculo a algunos dragones sin cazador. Ellos resistentes al fuego de dragón y era eso lo que formaba el huracán. Pronto descubrimos que no lo eran. El cielo era púrpura oscuro y a pesar de que el fuego era rojizo y anaranjado como siempre, lo que hacía que se mantuviera en el sitio era dañino para los dragones. *Un segundo. Eso significa que esta barrera no existía cuando los últimos dragones llegaron de Kréghalos. ¿Cuánto puede hacer de eso? ¿Unas seis horas? ¿Menos? ¿Nos compraba eso más tiempo?*

De repente, esa vibración al fondo de mi cabeza se convirtió en un murmullo y la sensación de que alguien más hablaba ahí dentro se encendió como una vela en la oscuridad. Pero eso no fue lo más aterrador, ni de lejos.

Le vi a él en el fuego.

Esos ojos verdes cargados de maldad, el rostro anguloso tantas veces retratado en los libros, sus mechones rubios pálidos y desenfadados. Caminé por Skanaghor, acercándome más de lo que debería a la calidez salvaje del fuego. El rostro de Thøken se manifestó como si estuviera ahí, hipnotizándome de alguna forma que me impedía apartar la mirada. Entonces lo oí alto y claro. «*Voy a por ti, mi amor. Por fin estaremos juntos*». Con un grito, mi cuerpo se sacudió y encogió, di un paso en falso y me caí de Skanaghor. No había sido la voz de Dhax quien había dicho eso. Sino una voz que nunca antes había oído. Una menos grave, pero cargada de la misma determinación. Skanaghor me recogió antes de que llegara a correr verdadero

peligro. Tuve nauseas. Estaba mareada. Como si mi cuerpo no me perteneciera. Como si durante un segundo, mi mente tampoco lo hiciera.

—¡Lhyos! —La voz de Dhax me hizo girar la cabeza y me di cuenta que no era la primera vez que me llamaba—. ¿Qué te ocurre?

—Algo va mal. —*En mí.*

Pero no tuve tiempo de especificar. El fuego avanzó. Sin tener en cuenta los esfuerzos de los sabios y sus hechizos.

—¡Dhax! —grité desesperada al ver sus muertes inminentes si no los ayudábamos.

El fuego era más rápido de lo que cualquier humano podría correr. Los dragones lo sintieron. Sin necesidad de ser llamados, muchos demostraron su naturaleza pura y fueron a salvarlos. No contábamos con que la electricidad que había estado iluminando el cielo de forma intermitente arremetería contra nosotros en ese preciso momento. *No*, supliqué. Yknoder y Skanaghor salieron despedidos hacia el suelo, esquivando los rayos. Directos, como si fueran a estrellarse. Vi a Dhax, cómo llegaba a tiempo para salvar a una mujer que siempre andaba con Ladán. Entonces le vi, al chico de ojos negros que todavía seguía con las manos en el suelo pronunciando palabras en latín. Haciendo que la hierva que quedaba en el suelo y la tierra de debajo se iluminaran con las formas de las runas en un tono celeste que se colaba entre sus manos. Estaba en trance. Esa desorientación que atacaba algunos hechiceros y que evitaba que Moek se percatara de la velocidad a la que avanzaban las llamas.

—¡Más rápido, Skanaghor! —grité, pero no íbamos a llegar a tiempo. No seríamos tan rápidos. Aceleramos. Acercándonos con cada segundo al peligro que avanzaba en nuestra dirección, dispuestos a recoger al guerrero y sabio del suelo antes de que el fuego le engullera. Pero el destino tenía otros planes. *La vida es algo muy efímero. Se evapora delante de ti sin que puedas hacer nada y nunca te devuelve lo que te quita.* Nos arriesgamos mucho, hasta el punto de que las puntas de las alas del enorme dragón blanco que montaba se hundieron en el fuego haciéndolo rugir de dolor.

Pero eso no evitó que el cuerpo de Moek fuera engullido por las llamas sin dejar rastro.

Skanaghor retrocedió, batiendo las alas con fuerza, luchando contra el viento ardiente. Gritos. Muertes inevitables. Dragones con las alas en llamas. El escenario que se manifestó ante

mis ojos no era otra cosa que la representación más exacta del mismísimo infierno. No podía frenarse. La fuerza de un Dios siempre sería superior a la nuestra. Busqué a Dhax entre las cenizas que enturbiaban el aire. El suspiro de alivio por ver que estaba con vida, igual que la mujer que ahora estaba a su espalda subida en Yknoder, se vio enturbiado por todo lo demás.

—¡Retirada! —Bramó Fhykna.

La voz de Dez gritó algo similar. Dimos la orden y nuestros dragones llamaron a aquellos sin guerrero ni hechicero en su lomo. Los supervivientes volamos de vuelta a palacio cargando con un desesperanzador mensaje.

A mitad de camino el zumbido se volvió a convertir en esa voz capaz de taladrar mi cabeza. *«Estaremos juntos por fin, tú y yo»*. Algo cálido y placentero me sacudió contrayéndote la parte baja del estómago. *¿Qué...? ¿Qué me pasa? «Voy a por ti, mi amor, ya estoy muy cerca»*. Gruñí en un quejido, inclinándome hacia delante dolorida y confusa. Esa voz lograba herirme desde dentro solo con su presencia, pero mi cuerpo parecía reaccionar de manera distinta. A mi cuerpo... le había gustado. Intenté calmar a Skanaghor cuando se alteró, percibiendo que algo no iba bien. *Han debido hechizarme. ¿Pero quién? ¿Y cuándo?* Las probabilidades de que lo hubieran hecho para debilitar el trono estaban ahí. Si algo había aprendido de los libros que había estado leyendo con Dhax, era que los traidores aprovechaban los momentos de debilidad de la corona para atacar. *¿Y qué mejor momento que este?*

—¿Qué te ocurre? —Dhax apareció a mi lado.

Se lo conté. Lo del hechizo, lo de la voz y que esa era la razón por la que había perdido el equilibrio y me había caído de Skanaghor. *Como una maldita novata*. Qué momento tan inoportuno había elegido mi cuerpo para fallarme. Un segundo después, Dhax cayó sobre el lomo de Skanaghor. Se colocó a mi espalda, abrazándome con su cuerpo mientras dirigía al dragón blanco. Tan extraña y débil estaba que ni siquiera me opuse. Intenté fijar la vista, pero me costó mucho. El mareo no se desvaneció hasta que sobrevolamos la ciudad y llegamos al castillo. Para entonces la calidez de mi vientre era casi una quemazón, lo cual me hizo tener nuevas dudas. Sobre si quien me había hechizado estaba preocupado por mis deseos de perpetuar el linaje de la realeza. Esa era la única explicación porque después del horror que había presenciado, yo no quería pensar en nada más que no fuera la venganza.

Odié sentir que no tenía el control, pero me olvidé de mí cuando vi que las cosas habían cambiado mucho en palacio. *La derrota nos hallará y en su camino habrá muerte. No hay esperanza para Vyskar.* Esas y otras palabras similares eran las que susurraba el viento. La sangre se heló en mis venas. Unas catapultas con esferas en llamas del mismo fuego que habíamos dejado atrás apuntaban hacia el cielo amenazando a los dragones. Todos los guardias de palacio formaban fila, arrodillados frente a una espada de tamaño similar a la Zyxe custodiada por algo que parecía humano y a su vez no lo era. Y mis padres... Dioses, estaban en un extremo arriba de la escalinata. Ambos atados, custodiados por dos seres aun mayores. Demonios. Todos eran demonios. Almas perdidas. Igual que nosotros. También había dragones allí, pero en nada se parecían a los nuestros. Eran versiones del infierno de lo que una vez fueron y compartían algunos rasgos con los lobos sangrientos a los que nos enfrentamos semanas atrás. Pasaron muchas cosas al mismo tiempo. Un único dragón alzó el vuelo, pero no cualquier dragón. *Lo reconocería en cualquier parte.* Piel escamosa oscura como la obsidiana, la inconfundible cicatriz cruzándole el ojo izquierdo: era el dragón de Pandora. Senéthor. Y el que estaba subido en su lomo... El cielo oscurecido fue iluminado por un relámpago. Entonces resultó del todo innegable que quien tenía frente a mí era la viva imagen de quien había protagonizado las pesadillas de todo Vyskar durante mucho tiempo. Thøken.

—Por fin, princesa. —Era esa voz.

La que se había colado en mi cabeza. Era la suya. Cabello rubio pálido, mirada afilada en un par de ojos brillantes en tono esmeralda. Mi cabeza se negaba a admitir que el vivo retrato del hijo del demonio Khaled estaba frente la entrada del palacio de Vyskar. El Dios de la Traición. El hijo de la Apollyon Athena. Pero era él, no tenía ninguna duda. Mis manos temblaron sobre la piel de Skanaghor.

Estábamos bien jodidos.

THØKEN

—Eres aún más preciosa de lo que me habían dicho —dijo sobrevolándonos, luego haciéndolo a nuestro alrededor.

Senéthor era bastante más grande que Skanaghor y eso era mucho decir. El brazo que Dhax había pasado por mi cintura, se apretó. Entonces el Dios se detuvo en el aire y caminó hasta la cabeza de su dragón negro.

—No sabes la de tiempo que llevo esperando este momento. —Los labios de Thøken sonrieron, pero sus ojos reflejaron perversa maldad. Soltó una carcajada que percibí como una mano caliente en el vientre, algo que me hizo inclinarme un hacia delante. Por suerte, Dhax me mantuvo en mi sitio. El dragón se acercó lo bastante a nosotros como para que pudiera palpar lo trastornado y furioso que estaba, era evidente que también estaba bajo un hechizo—. ¡Vyskar, no hay razón alguna de que peleemos! Estas son mis condiciones. —Alzó su espada como si eso le otorgara la palabra—. Me haré con el Ántor, dejaréis los dragones a mi merced. Me convertiréis en vuestro rey y ella, será mi reina.

Genial. Hagamos eso. Algo terrible sucederá al nuevo rey la noche de bodas. Miré a Fhykna. ¿Atacar ahora sería inteligente teniendo en cuenta cómo estaba la situación abajo?

—¿Qué me dices, Lhyos? —preguntó impaciente.

No las tenía todas conmigo. Si el fuego que habíamos dejado atrás era dañino para nuestros dragones, (y algo me decía que era fuego de este tipo de dragón), era posible que el de Skanaghor y el resto no lo fuera para los endemoniados. Y además, estaban mis padres y la guardia real. De repente, todos los dragones cayeron en picado.

—¡Skanaghor! —grité intentando que reaccionara, pero no lo hizo.

El mío fue el único dragón que no aterrizó de forma violenta al chocar contra el suelo, el único que se paró escasos metros antes. El resto lo hicieron con un estruendo. La voz de Dhax preguntando si estaba bien quedó ensordecida por mi grito cuando, un segundo después, mi

cuerpo dejó de estar sobre Skanaghor de forma involuntaria. Mis pies ni siquiera tocaban el suelo. En cosa de un instante estuve en tierra firme, frente al ladrón de dragones. El traidor. El asesino. El zumbido en mi cabeza desapareció y solo quedaron las emociones de mi cuerpo. Esas que me quemaban las yemas de los dedos con deseos de tocarle. Su ropa holgada y grisácea permitía ver que había tatuajes marcando la piel de su cuello y me dejaron con la duda de si continuaban más abajo. No entendía lo que eran, así que supuse que eran runas del infierno. No me importaba, ni tampoco lo que ese hechizo me estuviera haciendo creer. Apreté los puños convenciéndome de que darle un puñetazo a un Dios no sería inteligente.

—Hola, Lhyos.

Esta es la voz de todo lo que odio. Todo lo que desprecio. La codicia que oscurece el alma, la deslealtad personificada, esta es la voz de quien quiere acabar con la vida libre de los dragones, es el líder de los asesinos que mataron a Pandora, tú... eres la representación física de todo eso.

—Hola.

Thøken se quedó frente a mí, atravesándome con la mirada, inundándome de esa intranquilidad tan repelente. El deseo que solo había sentido por Dhax ahora gritaba su nombre y casi empujaba mi cuerpo hacia él. Mi corazón estaba tan acelerado que tuve sudores.

—¿Lo sientes? —La voz de Thøken llegó hasta mi oído haciéndome estremecer, como cuando los labios de Dhax acariciaban mi mejilla mientras hablaba en susurros solo para mí. La mirada de Thøken bajó por mi cuerpo y fue como una serpiente lujuriosa enroscándose a mí con fuerza. Una que disfrutaba saboreando a su presa antes devorarla, dejando marcas vibrantes por todo mi cuerpo—. Oh, sí lo sientes.

Tuve que controlar un jadeo cuando quiso salir por mi garganta.

—¿Qué me estás haciendo? —Tenía la boca seca, probablemente por todo el humo que había inhalado.

—Esta es la prueba de que eres mía. —Se acercó mucho, tanto que debería haberme apartado. Pero lo único que hice fue contener la respiración—. De que has nacido para ser mía de la misma forma que ahora yo soy tuyo.

Entre ese deseo irrefrenable que zumbaba en mi interior, sentí pánico. Había dos mitades

luchando en mi interior y una era mucho más fuerte que la otra. Miré a mi espalda, buscando a Dhax.

—Oh, no te preocupes, no nos molestarán. Ahora mismo ninguno puede moverse del sitio. —Se agachó un poco, dejando de mirarme desde las alturas, poniendo un par de dedos en mi barbilla para alzarla ligeramente—. Después de esperar veinticinco años, nos merecemos algo de privacidad, ¿no te parece? —Sus dedos... Thøken casi no me tocaba, pero mis terminaciones nerviosas estaban ardiendo. Sonrió de manera torcida y soltó el aire por la nariz satisfecho—. Nunca había sentido nada así por nadie.

Yo sí. Por Dhax. Esa voz, la mía, la que se estaba perdiendo gritó. Como un rayo iluminando el cielo, acabando con la oscuridad de un plumazo. *No es real. ¡Basta!* Le aparté de un empujón, utilizando el antebrazo con tal de no tocarle directamente con la mano. Él retrocedió, a pesar de que yo no era tan fuerte como un Dios y él no parecía querer darme espacio.

—Basta —rugí—. Lo que sea que estás haciéndome, para. ¡Ahora mismo!

El miedo líquido azulado lo inundaba todo en mi cabeza, en esos momentos no había ningún otro color. Deseaba... jamás había deseado a nadie más, solo a Dhax. Era él a quien amaba, lo sabía, estaba segura. De eso más que de nada en el mundo. Pero mi cuerpo emitía algo mucho más fuerte y desesperado por Thøken. Me temblaban las manos y necesitaba un plan urgente. Matarlo. *¿Cómo se mata al asesino de Dioses?*

—Cálmate, mi preciosa Lhyos. Es tu cuerpo quien lo hace, no yo.

—Mientes.

—No, no suelo. Solo cuando romper la confianza de alguien supone un cambio en el curso de la vida y la historia.

Caminó despacio a mi alrededor, esta vez sin tocarme. Acercándose tanto que podía sentir cada parte de su cuerpo llamando al mío, incluso cuando no lo veía por estar a mi espalda. Entonces su aliento golpeó mi mejilla.

—¿Eso que sientes quemándote desde dentro? —susurró en tono felino y seductor—. Es puro, no luches contra ello.

Sentí dolor físico al no girar la cabeza y besarle. Deseaba tanto hacerlo... Pero esa parte de

mí que se estaba apagando hubiera sido capaz de romperme el cuello con tal de girar la cara en la dirección opuesta. Ese fue el único motivo por el que no lo hice.

—No es real, me estás hechizando —dije cuando fui capaz de pronunciar palabra.

—Los hechizos no pueden hacer que ames a nadie, Lhyos, ya lo sabes.

Para los humanos tal vez, pero para un alguien como tú...

—Es cierto que amo a alguien, pero puedo asegurarte que ese no eres tú.

—Te demostraré cuán inciertas son tus creencias, princesa. —Volvió a inclinarse hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura. A pesar de lo que hubiera podido imaginar para un Dios no era una montaña enorme. Solo atlético. Sin sus poderes, tal vez tendría alguna oportunidad en el cuerpo a cuerpo contra él. Sus ojos se convirtieron en algo hipnótico. Jamás había visto un tono verde tan brillante y hermoso—. Imagínate mi sorpresa cuando después de esperar paciente durante veinticinco largos años a que te convirtieras en una mujer, oigo que te has prometido a un cazador mundano e insulso. No, Atenea debe cumplir con su palabra. Y si no toma ella la iniciativa, lo haré yo.

—¿De qué estás hablando? ¿Atenea? ¿Qué quieres decir?

Se acercó más.

—Eres mía desde antes de nacer, Lhyos. Y voy a convertirme en mi reina. Y ni un solo Dios se va a interponer en mi camino, mucho menos un guerrerucho de poca monta llamado Dhax.

—No soy de nadie, mucho menos tuya —dije en una maldición.

La última, porque en el momento en que se acercó tanto que no desviar la vista hasta sus labios fue imposible, algo muy malo pasó en mi cabeza. Fue como si me licuaran el cerebro. Solo podía pensar en que... Quería besarle. Quería saborearle hasta que se hiciera de noche y luego de día otra vez. Quería que él bebiera de mí. Quería que se deshiciera de mi armadura y me hiciera suya. Mi corazón se rompía con cada latido. Había un dolor muy profundo, pero era lejano, cada vez más. Como un ruido de fondo ensordecido por puros fuegos artificiales. Thøken inclinó la cabeza haciendo que mechones rubios bailaran sobre su frente y se relamió. Entonces cometí el terrible error de permitirme oler su esencia. *Oh*. Esa que debía estar volviéndome loca. Todo mi ser, sin que yo se lo dijera, se vio atraído hacia él como un imán y mi cuerpo chocó contra el suyo. Él se quedó muy quieto, expectante, como si no le hiciera falta nada más que oír

mis deseos para contentarse. Más que dispuesto a ver cuál era el siguiente paso. Mis manos no eran lo único que me temblaban, ahora lo hacía casi todo el cuerpo. No me rendí. Ni tampoco lo hice cuando sus labios quedaron a la altura de los míos. *Es más fuerte que yo.* Supe que iba perder la cabeza.

—Solo yo puedo aliviar lo que sientes, Lhyos.

Jadeé. *No, basta.*

—He vivido toda mi vida despreciando lo que eres y todo lo que representas —dije en un intento de alejarlo, ya que yo no era capaz.

—No parece que eso le importe a tu cuerpo.

—Amo a Dhax.

Endureció la mandíbula, pero sonrió poco después.

—De nuevo, no parece que eso le importe a tu cuerpo. —Sus labios hablaron tan cerca de los míos que no entendí como no me tocó—. Puedo sentir lo que sientes. Incluso Dhax podría si estuviera presente.

—Entonces me alegro de que no sea así. Odiaría pensar que he hecho algo capaz de herirle.

Su expresión se volvió dura. Su rostro era demasiado anguloso para ser real. Quería lamer su mandíbula. Hacer cosas indecentes con la piel expuesta que dejaba su ropa y desde luego con la que quedaba oculta. Oh, sin duda era un Dios. De repente tuve náuseas. La tensión en mi cuello era abrumadora. Como si estuviera sosteniendo una inmensa piedra sobre mi cabeza y no pudiera librarme de ella. Lo que fuera que me había hecho no me dejaba apartarme tanto como quería y solo intentarlo dolía muchísimo. Pero fui más fuerte y logré poner algo de distancia. Un mísero paso que casi no me permitió sentir el regusto de la victoria.

—¿Y si él no estuviera en el mundo de los vivos?

—Entonces mi vida sería un infierno.

—Una parte de mí desearía que lo experimentaras, princesa. Así sabrías lo que he vivido yo cada instante que he pasado lejos de ti. —Bajó el tono—. Pero por fin estamos juntos y lo único que quiero es calmar el fuego que sientes. —Su mano acarició mi pelo y mi cabeza se inclinó hacia ella, sola.

Entonces recibí otra caricia y de alguna forma logré murmurar:

—Sé quién soy. —Apreté los dientes con fuerza—. ¡Sé quien soy! —Mi voz sonó distinta por las lágrimas que no había dejado caer y me estaba tragando. Por el pánico gélido que corría por mis venas. Por ver cómo mis manos soltaban un poco más las riendas cada vez. Me moví ligeramente, lo suficiente como para que su mano ya no tocara mi pelo—. Si vuelves a tocarme te arrancaré la cabeza de sitio.

—Esa no es una forma inteligente de hablarle a un Dios, Lhyos. —Su rostro se endureció—. Ni siquiera para ti.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho, voy a gobernar en Vyskar y tú vas a ser mi reina. Juntos dominaremos a los dragones.

—Los dragones son criaturas libres, no tus títeres.

—Eso va a cambiar desde hoy.

El odio me dio fuerzas. Me hizo pensar en algo que lejos quedaba de ser un gran plan, pero que era mucho mejor que esperar a que me dominara como pensaba hacer con los dragones. Me acerqué a él y sus ojos se abrieron con sorpresa. Su cuerpo dio un pequeño bote, casi imperceptible, pero sucedió. Como si temiera que fuera a pegarle. Como si fuera a dejarme que lo hiciera. No dejé que la sorpresa me aturdiere y me llevé una mano al cinturón.

—Eso es, princesa. No luches contra esto. —En el momento en que la palma de su mano estuvo piel con piel contra mi mejilla, dejé de pensar. Lo que había sentido con un par de dedos en mi barbilla se multiplicó por millones. El fuego de dragón quemaba y hería, pero este no. Era igual de abrasador, pero era delicioso y excitante—. Voy a tratarte muy bien, princesa. Y voy a hacerte mía. —Su otra mano también llegó a mi rostro y gemí deshaciéndome contra él. Era más fuerte que yo y sabía que si me besaba estaría perdida—. Pero esperaré a que seas tú quien lo pida, ¿de acuerdo? —Su voz sonó grave y poderosa, dominante. Capaz de derrumbar palacios enteros—. Puedo darte tiempo si lo necesitas, Lhyos.

—Entonces dame una vida entera —susurré.

Me moví más rápido que nunca en toda mi vida. Dejándome caer sobre él, empujándolo en dirección al suelo, clavé la daga bajo sus costillas, en un lateral. La hundí bien profunda mientras sus ojos se inundaban de incredulidad.

UNA VERDAD DESCONOCIDA

La confusión se convirtió en furia con una rapidez asombrosa. Sus ojos se volvieron una fina línea cuando los estrechó. De un empujón me quitó de encima. La voz de Dhax llegó hasta mí en un gruñido ronco. Mi cuerpo se movió a demasiada velocidad y caí al suelo con un golpe sordo. *Controla los elementos con una facilidad asombrosa.* Me puse en pie tan rápido como pude, por eso pude verle sacándose mi daga con un gruñido. Busqué a Dhax con la mirada. Seguía con Skanaghor, pero ahora estaban rodeados de demonios y también inmóviles. Un instante después, Thøken estaba frente a mí. No, yo estaba frente a él, había vuelto a atraerme con un mísero chasquido de dedos.

—Eso ha sido muy estúpido por tu parte. —Cuadró los hombros y tiró la daga manchada con su sangre al suelo.

—No me disculparé, no sería sincero —dije con el corazón latiéndome muy deprisa.

Sonrió y un instante después me cogió de las mejillas con una sola mano, apretando, pero sin demasiada fuerza. Odié lo mucho que se sacudieron mis emociones. Lo muchísimo que me gusté y odié al mismo tiempo. Me miró desde las alturas, viendo a través de mí como si fuera un transparente vaso de agua.

—Mírate, parece que vas a lanzarte sobre mí. —Sus ojos brillaron de forma cruel—. Si vuelves a hacer algo así —miró mi daga en el suelo, luego mis labios. Bajó mucho el tono y dijo —: tal vez incluso deje que lo hagas. Porque es evidente lo que deseas, ¿eh, princesa?

Me obligó a moverme hacia atrás, empujándome con el elemento del viento. En cuanto gané distancia, me recuperé un poco. Se miró la camiseta rasgada y ensangrentada. No como si le doliera la herida, sino como si estuviera alucinando por tenerla.

—¿Pensabas que saltaría a tus brazos complaciente después de que mandaras a mil criaturas distintas a matarme? ¿A mí y a todos aquellos que me importan? —pregunté esperando la violencia del Dios de la Traición de la que tanto había oído hablar, mientras intentaba dar con un plan.

—¿Por qué mentirías? —Ladeó la cabeza ahora furioso y confuso.

—¿Ahora vas a fingir que no enviaste tú a esos lobos sanguinarios?

—Claro que los envié yo, pero todos tenían órdenes de no tocarte. No hay nadie en el infierno que no sepa que eres mía. Y has dicho «mil criaturas distintas».

Las ganas de hacer una nueva estupidez crecían por mucho cada vez que pronunciaba que era suya, pero ya no tenía ningún arma.

—Pues debió no quedarles claro el mensaje porque sí me atacaron. Y los *Phoanbbes* también y las *Haxe*.

—¿Los *Pho*...? —El pecho de Thøken se hundió y miró hacia unas piedras en el suelo como si tuvieran las respuestas a todas sus preguntas y las odiara por ello.

Luego se rio. Sí, soltó una carcajada carente de todo humor y pensó que se le estaba yendo la olla. Entonces un grito de furia arrasó con todo, se giró hacia palacio y la luz emanó de las palmas de sus manos justo antes de que dos bolas de fuego salieran despedidas hacia la fachada. *Estamos bien muertos*. Su grito me puso la piel de gallina. Pareció a punto de salirse de su propio cuerpo.

—Pues claro. Claro que Atenea se enteró del compromiso, igual que yo. Claro que supo lo que iba a hacer. —Luego me miró y en un par de zancadas estuvo frente a mí—. Parece ser que el cariño familiar de Atenea se le gastó con su hija y no le quedó nada para ti.

—¿De qué estás hablando? —Abrí mucho los ojos.

Me cogió del brazo y me obligó a caminar. Su agarre fue brusco, violento y nada parecido a la delicadeza de antes.

—Ha llegado el momento de que nos sinceremos, Lhyos. —Nos detuvimos en lo alto de las escaleras frente a mis padres. Me dio en empujón y estuve cerca de aterrizar con la cara, pero no llegué a caerme—. Vamos *Ilíada*, cuéntale a tu hija la verdad. Que has impedido que la humana completara el hechizo de protección y ahora puedo acceder al Templo de los Dioses cuando me plazca. Cuéntale a Lhyos que en realidad, lo has hecho porque sabes que tu madre quiere el Ántor tanto como yo.

—Thøken debes irte —dijo *Ilíada*—. Atenea no vendrá sola.

Mi corazón se dio la vuelta.

—¿*Ilíada*? —preguntó Khríomer, esposado a su lado, pero ella no apartó su mirada de mí.

—¡Cuéntaselo! —bramó Thøken acercándose a ella y del cielo cayeron rayos muy cerca de nuestros dragones.

—¡No, basta! —grité.

—De acuerdo, empezaré yo. —Thøken volvió hacia mí con una mirada perversa—. Eres una semidiosa, Lhyos.

—¿Disculpa?

—Me has oído bien. ¿Sabes por qué? Porque tu madre, Ilíada, es hija de Atenea. La hija de puta que no parece estar ya dispuesta a cumplir su parte del trato.

—Yo la protegeré de Atenea —dijo Ilíada—, pero tú debes irte.

—Tú no puedes protegerla de Atenea. —Thøken me miró después y empezó a hablar—. Verás, Lhyos, el día que Atenea mató a Pandora y escapó gracias a mi ayuda, me prometió el corazón de la primera hija de su hija como recompensa. Y esa eres tú. —Thøken cogió la mano de Ilíada y expuso su antebrazo, Khríomer se revolvió—. Esta marca es la prueba. —Expuso esa mancha azul que siempre había estado en su antebrazo—. Lhyos es mía por lo que hice y ni tú ni nadie va a quitarla de en medio. Ni a mí tampoco.

—Yo no dejaré que le pase nada —dijo mi madre.

—¿Igual que la protegiste de los ataques de Atenea de los que acaba de hablarme? ¿Eh, Ilíada? Es evidente que lo que te ha hecho esa traidora se ha cargado todo lo que eres y no voy a correr ningún riesgo.

—Ilíada, no puede ser cierto —dijo mi padre, que a diferencia de mí podía hablar.

Mi madre le miró como si no fuera nada más que un guardia con quien no había cruzado más de dos palabras en toda su vida.

—Yo que tú no buscaría demasiado amor marital en ella a partir de ahora —le dijo Thøken—, ya no eres nada para Ilíada.

—Ilíada —dijo Khríomer, pero ella me miraba a mí.

—Es cierto, hija mía. Eres una semidiosa.

—No.

—Sí, eres una semidiosa —repitió.

—¡No es posible! ¿Por qué...? ¿Tú...? —Las lágrimas me agarraban la garganta con tanta fuerza que parecían querer estrangularme—. ¿Por qué no dirías nada?

—A eso puedo contestarte yo —dijo Thøken alzando una mano, apoyándose en una de las barandillas de piedra de palacio—. No lo sabía. Ella ha vivido toda su vida como humana, sin saber nada a cerca de sus poderes. Pero Atenea le hizo una visita hace meses y le contó la

verdad. —Se acercó a mi madre.

—No es posible. La verdad no cambiaría sus sentimientos —dije segura de que mentía.

—Sí, si viene de la mano de un mundo a tus pies. De una vida de control supremo —dijo Thøken—. Sí, si es capaz de hacerte ver que el poder lo es todo y aquellos que se opongan entre tú y tu trono, no son más que un impedimento. Esa visita me hizo pensar que mi momento estaba cerca, pero ahora me queda claro cuán distinta era la visión de Atenea. —Cogió una de las espadas de los demonios y apuntó al cuello a Ilíada—. Pero si la Diosa del Olimpo quiere quitarme de en medio, tal vez sea mi momento para devolverle el gesto.

—¡No! —grité cuando dos seres oscuros me cogieron con sus viscosas manos frías al tratar de acercarme.

Thøken me miró y pareció pensárselo. Me había permitido acuchillarle sin matarme y ahora esto. Tal vez tenía algún tipo de poder sobre él. Y puede que pudiera aprovecharme de eso.

—Ella no tiene la culpa de los planes de Atenea, tu guerra no es con ella —dijo Khríomer.

—¿Podrías callarte humano? —Le pidió, irritado—. Para empezar, ¿por qué insistes en defenderla cuando te ha estado envenenando desde hace exactamente el mismo tiempo que despertó?

—¿Qué? —Mi voz sonó rota.

El rey de Vyskar solo giró la cabeza en su dirección, entristecido. Pero cuando ella lo miró, no hizo muestra alguna de que lo sintiera lo más mínimo. Los cimientos de mi vida se hicieron pedazos.

—Mi madre gobernará Vyskar y tú no tenías lugar en ese futuro —le dijo Ilíada, dejando al rey sin palabras.

Mi estómago se sacudió con ganas de vomitar. No podía estar pasando de verdad.

—Es un pensamiento muy iluso por tu parte, creer que permitiré tal cosa —comentó Thøken.

—Ella te recompensará —le aseguró, pero él no la escuchó, ya caminaba hacia mí.

—Verás, Lhyos, ahora mismo la vida de Ilíada previa a la visita de Atenea ya no existe. Sus recuerdos ya no están ahí. Su amor por ti es algo que no se ha visto del todo afectado en su transformación, porque es muy poderoso. No tanto como para alertarte de los ataques, pero apuesto a que de alguna forma Ilíada ha estado intentando alejarte del campo de batalla.

Me quedé blanca.

—Lo tomaré como un sí. Eso demuestra lo débil que es, lo poco que hay de ella en su interior. Por eso Khríomer ya no existe. Al menos, no como el hombre con el que alguna vez quiso estar... voluntariamente. —Lo miró sin ver al increíble guerrero y honorable rey que era. Quise pegarle hasta que dejara de hablar. Hasta que me sangraran los nudillos o dejara de respirar, lo que sucediera antes—. Pero no hemos venido aquí a hablar de problemas familiares. O al menos, no de estos. Hay mucho que debes saber, que todos deben saber en realidad —tiró de mí de nuevo. Esta vez escaleras abajo. Cuando perdí el equilibrio él tiró de mí con mucha fuerza, haciéndome daño en el brazo, pero evitando que cayera—. ¿La mejor guerrera de Vyskar se tropieza con tanta facilidad?

Apreté los puños. Entonces vi que había mucha gente en la entrada de los muros de palacio, todos aquellos que quedaban con vida gracias a las órdenes de los reyes de no salir de sus hogares. La espada legendaria de Thøken llamó mi atención, esa que no había desenfundado todavía y tenía oro en el mango. Debía ser *esa* espada. La que era capaz de matar a un Dios si era blandida por un Apollyon.

—¡Sé que muchos me consideráis el rostro que acabó con la vida de Pandora, pero no es así! Atenea siempre quiso gobernar a los humanos, pero Apolo se lo impedía, en su afán de protegerlos. Así que Atenea eligió un cuerpo huésped humano y la seguisteis como si fuera una de los vuestros. —Se rio por lo bajo y dijo un «adorables» odioso—. Fue Atenea quien acabó con la vida en palacio. Quien salió del cuerpo huésped de la humana que había ocupado y la mató.

Lo lógico hubiera sido no creerle, pero lo ciertas que sonaron sus palabras en mi interior, me dejó sin aliento. ¿Pandora fue un títere?

—¿Por qué haría eso? —pregunté.

—Porque Atenea quería matar a Apolo y para eso necesitaba alejarlo mucho del Olimpo. Hacerlo bajar aquí con una distracción, sin pensar ni remotamente que estuviera yendo directo a una trampa. Pero, sorpresa, sorpresa, Apolo no se presentó —dijo. Según él Apolo se había desentendido de nosotros, hastiado de ver las guerras incesantes por el dominio o la protección del Ántor. Pero desde el día en que supuestamente el Dios de la Traición mató a Pandora, Apolo nos vigilaba con tal de que volviera a repetirse—. Por la ayuda que le presté a Atenea, me regaló el corazón de la primera hija que engendrara su propia hija: Ilíada. —El caos se desató entre la gente de Vyskar—. ¡Y hoy voy a cobrarme esa ofrenda! El corazón de Lhyos me pertenece y

nuestro vínculo es ya irrompible. De ahora en adelante, gobernaremos Vyskar juntos. —Thøken hizo que sus enormes dragones demonio alzaran el vuelo, soltando llamaradas—. Aceptadme como vuestro rey o moriréis.

—¿Por qué ahora? —pregunté, tragándome el terror que emanaba de mí por sus palabras—. Apolo está vivo. Atenea no lo ha matado, ¿verdad?

Sacudió la cabeza.

—Porque te prometiste a otro. Tú y Dhax sois los responsables de que esté aquí ahora, pero ¿sabes qué? Que me alegro. Atenea va a tener que elegir un bando y matar a Apolo de una vez por todas. Sino, bueno supongo que hoy será el día en que mate a dos Dioses del Olimpo. —La esmeralda brilló con fuerza—. Lo que sea por ti, princesa.

La rabia me desbordaba.

—No tocarás el Ántor sin antes matarnos a todos.

—¿Otra vez con los malditos dragones? —La ofensa invadía todo su rostro, como si le hubiera apuñalado por segunda vez.

—Los protegeremos con nuestras vidas, te lo aseguro.

—No creas que lo tendrás tan fácil, Lhyos. Al menos con Skanaghor.

—¿De qué estás hablando?

—De que él moriría por ti, pero no por voluntad propia sino por lo que le hice.

—No es cierto. Los humanos y los dragones llevan siglos salvándose la vida y...

—Tal vez eso sea cierto, pero no en el caso de tu dragón. Él te protegería a cualquier precio. Si tuviera que matar a otro dragón por ti, o a cientos de ellos, lo haría.

—¿Lo hechizaste?

—No, lo que le hice no se puede deshacer. —Sonrió, pero sus ojos no lo hicieron—. Para devolverlo a su origen tendría que volver a nacer.

—¡Mientes!

—Vamos, ¿creías que era cosa tuya? —Se rió hablándome como si fuera una niña, su pecho incluso se sacudió—. ¿Que era tu vínculo especial con él lo que hacía que os entendierais tan bien? No, preciosa, era cosa mía. Skanaghor se habría comportado igual incluso aunque fueras una rata desleal porque yo le obligué a protegerte. Quisiste que fuera mutuo y eso te ha hecho vivir en una fantasía, pero no es real. Igual que ha hecho Ilaria, tú también deberías

despertar.

No había ninguna palabra que yo conociera capaz de representar la ira en mi interior. Así que hice lo único que pude: luchar. Le pegué de verdad, utilizando las piernas, los puños y todo mi maldito cuerpo. Thøken se defendió demostrando sus habilidades como guerrero, pero no me devolvió los ataques. Mi patada estuvo a punto de darle en la cara, pero era muy rápido. Entonces oí el grito de Dhax dando la orden. Justo en ese momento, los dragones, *los nuestros*, atacaron. Tal vez los poderes de Thøken podían contra los humanos, pero no eran tan poderosos para los dragones. *De ahí que necesites el Ántor*. Me apartó con un chasquido de dedos como si mis golpes le impidieran ver la forma en la que las majestuosas criaturas habían dado comienzo a la matanza. Dhax, Fhyka y todos los demás, blandieron sus espadas contra los demonios que no estaban en llamas. La electricidad del cielo púrpura se precipitó sobre algunos de los dragones antes de que pudiera alcanzar de nuevo a Thøken con uno de mis golpes. Entonces se abrió el suelo, resquebrajándose y oscureciéndolo. Metros y metros de caída mortal para aquellos que no lo avistaran a tiempo. Pero no había sido él. Oh, no.

Apolo y Atenea aparecieron frente a las puertas de palacio.

SE ABRIRÁ EL SUELO, Y HABRÁ MUERTE. YA NO HAY LUGAR PARA LA ESPERANZA

El fin del mundo. En el momento en que esas dos grandes figuras se alzaron frente al palacio el caos se desató. Volaron cabezas. De demonio en su mayoría, pero también de guardias reales. Thøken dejó de ver sentido a nuestra pelea en el momento en que él apareció entre nosotros. El aura celestial de la montaña de musculosos dos metros que se alzó ante ambos no era similar a nada que yo hubiera visto jamás. Por no hablar de los faros de luz celeste que eran sus ojos. Apolo. Quedé boquiabierta ante la presencia del Dios. Entonces Thøken hizo algo que no esperaba en absoluto: ponerse delante de mí.

—Vaya y yo que me preocupaba de que no llegarais a tiempo a mi fiesta —dijo en un tono burlón que no enmascaró demasiado bien su dureza.

—No serás rey de los humanos, Thøken. —Apolo inclinó la cabeza y desvió sus faros de luz hacia mí—, si te importa la vida de tus demonios, te marcharás.

Me moví.

—Ella no es un demonio, es la nieta de Atenea.

Un rayo impactó con la espalda del Dios impuro desde detrás. No tenía la menor idea de cómo iba eso de lanzar rayos, pero si funcionan como los arcos, la precisión de su lanzador había sido maestra porque mi cercanía al blanco no había provocado que la electricidad me rozara siquiera. Y aun así, fue como si algo me quemara por dentro al tiempo que un enfado desconocido e intenso, sin nombre ni sentido, me sacudiera las entrañas. Me giré y...

—Joder —jadeé.

Atenea. Otra montaña de músculos con faros como ojos igual que Apolo. Bella de un modo mágico, pero sobre todo aterradora. Atenea llegó hasta donde estábamos en un abrir y cerrar de ojos. Thøken también.

—¿Cómo es posible que sea yo el Dios de la Traición y hayas sido tú quien haya hecho la

mayor de la historia?

La electricidad cayó del cielo hasta la mano de la Diosa de cabello de fuego que me había mirado casi como si no esperase verme allí y con un grito volvió a lanzar un rayo hacia el hijo de la Apollyon Athena. Lanzándolo lejos antes de que pudiera esquivarlo. Siguiéndole para rematar el trabajo. Corrí hacia ellos sin poder evitarlo, debía para a Atenea. Pero Apolo se interpuso.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Compartes sangre con Atenea?

—Mi madre es Ilíada. De eso es de lo único de lo que estoy segura. Ah, y de que alguien ha mandado lobos sangrientos del infierno a matarme, entre otros seres endemoniados, y pese a todo, pondría la mano en el fuego a que no ha sido Thøken. Así que tiene pinta de que no nos reuniremos toda la familia para celebrar los cumpleaños, ni nada por el estilo. —Volví a mirar a Thøken y vi que se había levantado y ahora estaba...

Dioses. Levitando. Estaba flotando en el aire, con los brazos extendidos y la cabeza en dirección al cielo. Todos los rayos que iluminaban el mar púrpura fueron directos a él. Y luego él los lanzó contra Atenea dejando un socavón en el suelo del que salía humo y ni rastro de la Diosa.

—¿Esta...? ¿Está muerta?

—No —dijo Apolo de nuevo a mi lado—. No es así como se mata a un Dios.

—¿Y cómo se mata a un Dios?

No contestó. Su figura carente de toda expresión me atravesaba con un sentimiento gélido que indicaba peligro. Quería alejarme de él, huir, pero no parecía una medida inteligente. Entendí entonces que la dirección que había tomado la conversación tampoco lo era.

—Thøken os ha declarado la guerra, ¿verdad? —preguntó acabando con esa pausa espantosa.

—No, en realidad ha dicho que no tenía por qué morir nadie —las palabras salieron solas de mi boca. También había dicho que quien se opusiera a sus órdenes moriría, pero no fui capaz de verbalizarlo. Era como si tuviera un impedimento físico para hacerlo. Ya no solo controlaba mis emociones—. Esto es malo.

—¿El qué? —preguntó Apolo recordándome que seguía allí.

Fíjate. Nunca habría pensado que mi vida llegaría a estar tan metida en la mierda que

sería capaz de olvidarme de que un Dios del puto Olimpo estaba a mi lado con una postura intimidatoria de asesino en potencia.

—Siento algo por él.

—¿Estás enamorada de Thøken? —preguntó sin entender a cuento de qué venía esa confesión.

—¡No! ¡Él es todo lo que odio en un ser humano, pero estoy hechizada! —Me sentí mal al decir eso.

Como si estuviera mintiendo.

—Nadie puede utilizar un hechizo para cambiar sentimientos.

—Quería decir un conjuro. Después de que matar a Pandora, Atenea necesitó ayuda y Thøken se la dio. Así que la Diosa...

—¿Dices que Atenea mató a Pandora?

—No lo digo yo, lo dice Thøken. Y ella, como agradecimiento, le regaló el corazón de la primera hija de su propia hija, lo cual es una putada porque esa soy yo. Para empezar, ¿qué sentido tiene que tuviera que ser el corazón de su nieta? ¿Por qué no el de su hija? ¿O el suyo? ¡¿Y por qué querría él el corazón de nadie?!

—Para que un Dios entregue el corazón de alguien debe poseer algún vínculo de sangre con la persona y esta debe no haber nacido todavía. —Su voz sonó fiera, iracunda y pausada, lo cual me hizo retroceder. Entonces él me agarró de la muñeca—. ¿Por qué mataría Atenea a Pandora?

—Eh, no lo sé. —Di un paso atrás, pero él no me soltó, me siguió—. Ahora mismo no estoy en condiciones de afirmar nada.

Mi vida pasó ante mis ojos y supe que mi muerte era inminente.

—Entonces confirmas que estás bajo un conjuro.

—¡De eso puedes estar seguro! —exclamé con la terrible certeza de que si una de mis dagas no había dañado al Dios impuro tampoco haría nada al puro que tenía delante. Por no hablar de que, sin duda alguna, su reacción sería bien distinta. ¿Dónde me dejaba eso? En un mal lugar. Uno muy, muy malo—. Igual de seguro que del hecho de que alguien ha ordenado a sus lobos sanguinarios que se saltaran sus órdenes y acabaran también conmigo. Supongo que ha

sido la misma persona que mandó a los *Phoanbbes* y las demás criaturas. Y te aseguro ese no es él porque me quiere, no disfrutaría viéndome muerta. ¡Thøken! —grité. *Necesito que Thøken me proteja, que me salve. Espera, ¿qué?* Jadeé—. ¡Thøken!

—Suéltala. —Un Thøken con las mejillas manchadas de algo que parecía hollín apareció a mi lado—. Te advierto que no soy de dar segundas oportunidades, Apolo.

Mentira. Mi daga es la prueba. El caos a nuestro alrededor no solo eran gritos, fuego y muerte, también era la imagen del cambio. Nada volvería a ser como antes. Me di cuenta en ese momento de que no había buscado a Dhax desde hacía rato, ni sentido la necesidad de hacerlo. Las nauseas hicieron su aparición una vez más, pero cuando Thøken me dio la mano y tiró de mí para que Apolo me soltara, mi miedo se redujo y me sentí mejor.

—¿Y Atenea? —pregunté.

—Tardará un poco en volver a la fiesta —contestó el mismo que me atrajo hacia sí en una especie de abrazo del que yo no quería formar parte, pero del que no fui capaz de deshacerme—. Sabes lo que pretende, ¿verdad, Apolo?

—Habla, demonio. —Apolo pareció una montaña de músculos aún más grande.

—Venderte. ¿Sabes lo que me ha dicho antes de que la mandara lejos de aquí? Que está de mi parte, que Iliada y ella gobernarán el mundo de los humanos y que habrá un sitio para mí. Te ha traído aquí para acabar con lo que empezó el día que mató a Pandora, el cuerpo huésped que ocupó durante décadas. Ese día no viniste a la Tierra a defender a los humanos, sino habría acabado contigo.

La traición de mi madre tenía un sabor metálico en mi paladar muy similar al de la sangre.

—Ella no puede...

—Habría tenido ayuda, sin duda —interrumpió a Apolo—. Pero nuestra alianza acaba de romperse porque para traerte a ti aquí, me ha vendido a mí y ha puesto a Lhyos en la línea de fuego. Y no soporto las traiciones. —Se encogió de hombros y su agarre se soltó un poco. Di un paso para alejarme—. Sí, ya, supongo que soy una ironía de las grandes. —Me miró con el ceño fruncido y me cogió de la mano.

De repente, no entendí por qué me había apartado.

—¿Por qué aceptarías mi corazón? —pregunté a Thøken curiosa, ajena a la seriedad de la

situación que hasta hace un segundo me preocupaba.

Ahora solo quería saber más sobre él, pero no parecía estar dispuesto a soltar prenda.

—Porque nadie puede amarle.

—No te conviene enfadarme, Apolo.

—Supongo que es una de las pegas de ser una abominación del universo —insistió—. Algo que no debería haber existido. Un demonio y una Apollyon, ¿qué podía salir de algo así?

—Así que no te vale con que Atenea quiera matarte, también vas a provocar que quiera hacerlo yo. —El cuerpo de Thøken empezó a desprender un calor peligroso.

Le di un pequeño apretón para que se calmara. *Le necesitamos, ¿sabes, príncipe? Una lucha contra dos Dioses será demasiado para lo que queda de Vyskar.*

—No quiero tu alianza, demonio —dijo Apolo cortando la mirada que estábamos compartiendo Thøken y yo—. Puedo encargarme solo de esto.

—Tú usa esos focos cegadores que tienes por ojos y mira el antebrazo de Ilíada. Allí encontrarás la marca del conjuro que nos une a Lhyos y a mí para toda la eternidad. —Se giró hacia el palacio—. ¿Ves a la mujer rubia esposada que...? —Ilíada ya no estaba esposada.

Un temblor que se asimilaba más a un gran terremoto me hizo perder el equilibrio y caer al suelo. *No dejes que te toque, Lhyos. Rompe el contacto.* Pero si un conjuro, es decir un hechizo hecho por los Dioses, realmente era lo que nos unía, estaba perdida del todo. Atenea apareció de nuevo. Thøken me puso en pie y dijo:

—Quédate detrás de mí.

Yo era una guerrera. Había nacido para estar en primera línea de fuego, a lomos de mi dragón, no a espaldas de nadie. Pero aun así no me moví. Comprendí que la lógica ya no tenía sentido para mí, que ahora solo lo tenía lo que él decía. *Rompe el contacto, Lhyos.* Esa no era mi voz. No era capaz de reconocer de quién era, pero sabía que no era mía.

—Qué bien que hayas vuelto. Te estábamos esperando. —Sin previo aviso una ráfaga de viento proveniente de Apolo pegó el cuerpo de la Diosa a una de las paredes del castillo.

SIN ALIANZAS, SOLO TRAICIÓN

Todo en ella desencajaba mi mandíbula y me dejaba en trance. Los Dioses sin duda eran algo de otro mundo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Atenea.

—Tengo una pregunta y necesito que seas sincera en tu respuesta. ¿Vendiste el corazón de la primogénita de Ilíada a cambio de que Thøken matara a Pandora?

Uní las cejas. Nadie había contado así la historia. De repente, oí un rugido a mi espalda. Vi a Skanaghor huir con un ala en llamas. Un dragón demonio lo había alcanzado y lo perseguía. Giré la cara hacia Atenea cuando empezó a hablar.

—¡No! ¡Yo no quería que Pandora muriera!

—Oh, venga, por favor. —Thøken suspiró incrédulo y Apolo lo lanzó lejos.

Respiré hondo sintiendo alivio y a su vez deseos de ir a buscarle. El interés por la conversación clavó mis pies al suelo.

—¿Qué razón tendría para creerte?

—¡Yo era Pandora! —siguió Atenea. Cuando el Dios se acercó, yo también lo hice—. Apolo, me metí en el cuerpo de una humana para cuidar de este mundo por ti, porque sé lo mucho que te importa. Le prometí el corazón de la primogénita de Ilíada para evitar que Thøken matara a Pandora, pero él traicionó su palabra y la mató de todas formas.

—¡Eso no es cierto! —grité.

—Apolo —advirtió Thøken que llegó hasta nosotros con un corte en la mejilla, al tiempo que sus manos soltaban chispas—. No te dejes engañar.

Pese a que la posibilidad de que ambos Dioses se volvieran en su contra en cosa de segundos estaba sobre la mesa, él parecía tener todo bajo control. Ni siquiera había llamado a Senéthor para que lo escoltara. Tampoco había demonios cerca que lo protegieran. Era el Dios impuro, capaz de asesinar a los Dioses, hijo de un demonio. *Estoy segura de que tienes otras formas de hacerlo.* Le cogí fuerte la mano. Quería saberlo todo sobre él.

—Solo tengo una pregunta para ti, Atenea. Respóndemela con sinceridad y mandaré a Thøken al infierno durante tantos siglos que cuando salga de allí ya no tendrá interés por vivir —soltó y una sonrisa se dibujó en mis labios, por algún motivo que no entendí. A pesar de que los rugidos de dragones, los gritos de guerra, dolor y muerte, los truenos en el cielo y los árboles quemándose eran lo bastante fuertes como para ensordecir cualquier otra cosa, juro que en ese instante el viento se detuvo y quedamos en total silencio. Entonces Apolo hizo su pregunta—: ¿Por qué hiciste que Ilíada impidiera que Ladán protegiera el Ántor de Thøken?

¿Sabía eso? Miré a Atenea. Sus ojos de luz estaban un poco más abiertos.

—Pensaba utilizar a los dragones contra él —respondió con voz firme al cabo de unos segundos—, porque sabía que traería esas versiones endemoniadas de los dragones originales. Necesitaba proteger a mi hija de él. Y al reino.

Apolo no dijo ni una palabra. Se alzó sobre sus pies y de sus extremidades emanó luz como la de sus ojos. Thøken dijo con urgencia:

—Tienes que salir de aquí. ¡Senéthor! —Su inmenso dragón rugió en alguna parte en el cielo.

—No voy a irme sin ti —le aseguré.

Antes de que Apolo lanzara su ataque, una bola de fuego lo alcanzó liberando a Atenea de su agarre. Ilíada. Subida en su dragón de oscura piel escamosa y verdosa huyó del Dios antes de que respondiera a su ataque. Algo impactó contra mi pecho. Fue un golpe seco y fuerte, como de un martillo. El dolor estalló en mi interior unos segundos después de recibirlo. Grité sintiendo como si alguien me hubiera puesto sobre unas brasas. Lenta y dolorosamente, mi piel se derretía desde dentro. Un rayo. Alguien me había lanzado un rayo. Atenea. En cuanto la tuve delante, la ira arrasó con todo. *Tú me has hecho esto. Por culpa tuya estoy perdiendo el control de quien soy. ¿Y encima buscas mi muerte? Osada Diosa es evidente que tu lugar debería ser el inframundo.*

—Tu muerte lo debilitará y eso me dará la oportunidad que necesito, Lhyos, espero que lo entiendas.

—Ser mi abuela no significa nada para ti, ¿eh? —Rodé sobre mí misma con tal de esquivar otro rayo—. ¿Qué diría Ilíada?

Cogí una espada, mucho más pequeña que la Zyxe, pero mayor a una daga, que el guardia muerto en el suelo ya no iba a necesitar.

—En el momento en que quedaste unida a él, tu alma se vio afectada. —Esquivó mis movimientos sin gran esfuerzo—. Eres una semidiosa, pero tu alma se ha oscurecido por el vínculo. Ahora mismo una parte de ti está endemoniada, por eso no eres digna para mí. Iliada ya lo sabe y acabará por encajar tu muerte.

—¡Tú me hiciste esto! —grité justo antes de clavar la espada en su estómago.

Un hilo de sangre corrió por su boca haciéndome creer que sí la había herido de alguna forma, a pesar de que la espada de guardia que sostenía jamás se iluminaría. Pero toda esperanza se desvaneció cuando ella sujetó el mango dejándose la espada dentro y manteniéndome a mí más cerca. Los faros de luz de sus ojos eran la guinda del pastel de la intimidación más aterradora que hubiera tenido cara a cara.

—Tenía la esperanza de que tu alma fuera lo bastante fuerte como para no ser manchada. Pero no fue así. Es por culpa de tu sangre humana, si hubieras sido una Diosa pura sí habrías podido. En cualquier caso, ahora estás con él y eso te convierte en mi enemiga.

—Pero le hiciste una promesa. —Mi corazón se contraía dolorido por Thøken—. ¡Que gobernárais juntos el reino de los humanos!

—No pienso compartir el trono con un demonio. Ni con nada que se le parezca.

Su mano estuvo en mi cabeza un segundo después y me sentí bien. La energía que fluyó a través de ella relajó mis músculos hasta el punto de que me fallaron las rodillas. Caí al suelo de rodillas sintiéndome muy cansada. El ruido se volvió algo lejano. Thøken pasó por delante de mis ojos y luego lo hizo Apolo. Atenea dejó de estar en mi campo de visión. Durante un rato, no sabría decir cuánto, me quedé muy quieta con la mirada fija en el cielo. El mismo que se había oscurecido por el humo de todo lo que se estaba quemando y ya casi no era púrpura.

Unas alas blancas inconfundibles sobrevolaron por encima de mi cuerpo, muy cerca. Una lágrima cayó de mis ojos, pero no lograba saber por qué, puesto que no sentía nada. Todo lo que no era Thøken estaba ensombrecido y casi no existía. Me puse en pie, apoyándome en la espada que Atenea se había sacado justo antes de que los otros Dioses la placaran. *Madre mía, ¿en qué momento se ha convertido esta en mi realidad?* De repente, Dhax apareció frente a mí. *Su voz.*

Es él de verdad. Hubiera ahogado un grito si hubiera tenido voz. Sus manos estuvieron sobre mi piel y me atrajo hacia él con fuerza. *Sí, por favor.* Me arqueé dolorida lidiando con mis dos mitades. Había un corte nuevo en su ceja y estaba sucio con restos de guerra por todo el cuerpo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y sollocé casi al instante. *Dhax.*

—Oh, Dios. —Era como si acabase de despertar tras cinco décadas dormida—. Dhax, no puedo... —Algo se levantó en mi cabeza, como un escudo. Cuando hablé, era yo de nuevo, pero de una forma inestable y temporal—. No puedo... alejarlo. —Sollocé más. Estaba a punto de vomitar—. Hay una voz en mi cabeza que no puede ser la mía y me obliga a... Y no puedo controlarlo. Siento algo que no me pertenece y que me empuja hacia él en contra de mi voluntad y... Y digo cosas que no... —El horror era un mar espeso que me atrapaba y guiaba hacia las profundidades donde no había espacio para el oxígeno. En ese punto los sollozos me sacudían el cuerpo con agresividad—. Es más fuerte que yo, Dhax.

—No dejaré que vuelva a tocarte.

—No hace falta que me toque, su cercanía ya me deja en el limbo. No vamos a poder hacer nada. —Las lágrimas corrían por mis mejillas con velocidad y desesperación, sabiendo que cada segundo podía ser el último. Me aferré a él, a su armadura, como si eso sirviera de algo—. Dhax, nada de lo que diga... —Sacudí la cabeza—. Eres tú a quien amo. No a él. Tú eres el único que he amado y tendrás mi corazón para siempre. No importa lo que diga. O lo que haga. Júrame que lo recordarás.

—No hagas eso, no te despidas de mí. —Todo lo que hizo el contacto de sus dedos contra mi mejilla, de su frente contra la mía, fue volverme fuerte. Dura. Capaz—. Estoy contigo. No dejaré que te controle. Buscaremos la manera.

Y, demonios, durante un instante de verdad creí que podríamos conseguirlo. De repente vi que Iliada se había alzado en el cielo en el mismo momento que Thøken apareció ante nosotros. La mano de Dhax sujetó la mía con fuerza y fue como si el cielo y el mar chocasen el uno con el otro.

—Tienes que llevártela lejos —le dijo a Dhax. Pese a que cuando miró nuestro agarre sus facciones se volvieron duras.

—No pienso irme. Quiero luchar —dije como la guerrera que era.

—Hazlo —le ordenó Thøken a Dhax, como si realmente fuera el rey de Vyskar.

De la mano de Dhax, ya no sentía la necesidad casi imparable de besar a Thøken. Aunque el zumbido estaba ahí, vibrando por mi cuerpo.

—Yo no tomo decisiones por Lhyos, lo hace ella por sí misma. Y si quiere luchar, lucharemos.

—Atenea quiere matarla y no estoy seguro de lo que es capaz Ilíada. ¿De verdad quieres arriesgar su vida? ¿Tan poco te importa?

Todo pasó muy deprisa. Vi cómo un grupo de demonios venía directos hacia nosotros, pero eso no fue lo único. Ni lo más importante. Atenea estaba cerca, en el suelo. Sangraba por demasiadas partes y era evidente que estaba muy dolorida. Apolo la había machacado hasta dejarla casi fuera de juego. *Es ahora o nunca*. La rapidez de mis movimientos me sorprendió incluso a mí. Había un poder oculto en mi interior, dormido. Me solté de Dhax y me acerqué al Dios de la Traición sin llegar a tocarlo. Le robé el único arma capaz de hacer lo que ninguno de nosotros, salvo él, podía. Incredulidad y satisfacción líquida corrieron por mis venas cuando incliné hacia atrás la cabeza rojiza que pertenecía al cuerpo musculoso arrodillado. El filo de la pesada espada con empuñadura de oro hizo que la Diosa se mantuviera muy quieta en el sitio.

—¡No! —gritó Ilíada.

—Solo él puede matarnos, Lhyos —dijo Atenea, muy quieta.

Me acerqué a su oído.

—Ya, pero me parece que te preocupa lo oscurecida que está mi alma, ¿no? ¿Y si no soy solo una semidiosa? ¿Y si resulta que soy una aberración similar a él y puedo hacer más contigo de lo que tú te crees? —Sonreí cuando no contestó—. ¿Apolo? —grité.

—No está, pero no tardará en volver. Y si me matas, tú serás la siguiente.

Thøken apareció frente a mí.

—Lhyos, devuélvemela ahora mismo —dijo cauteloso como si la espada fuera a estallar, pero su cuerpo... dejó de existir.

Puf. Ya no estaba. Jadeé y el movimiento casi le cuesta la vida a Atenea. Había sido Ilíada. *No le ha matado. No puede matarlo. Cálmate. Él estará bien.*

—¡Suéltala, Lhyos! —ordenó mi madre.

EL FINAL DE TODO

—Has traicionado a Vyskar por ella —mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, todas dirigidas a la mujer en la escalinata de palacio—. Debiste avisarnos. ¡Debiste luchar contra lo que te hizo!

—No lo entiendes —dijo Atenea—, este es su verdadero yo. El que has visto durante toda tu vida no era más que una ilusión. Una protección que la alejaba de la verdad hasta que pudiera contársela.

—Supongo que lo único que puedo hacer es esperar que tras tu muerte, Ilíada vuelva a ser libre.

—¡Lhyos! —La voz de mi madre sonó distinta. Grave, poseída y en una clara advertencia, todo a la vez. Ya no estaba en la escalinata, sino junto a Khríomer sosteniendo una Zyxe a la altura de su garganta—. Suéltala.

—Ilíada, escúchame —dijo el rey de Vyskar—, esta no eres tú.

—¡Por primera vez soy yo, Khríomer! ¿La mejor sabia del reino? ¡Soy una semidiosa! ¡La historia ha sido mi realidad! Por eso sé que Atenea es quien debe gobernar, y yo con ella.

Él intentó acercarse, pero los demonios que lo custodiaban no se lo permitieron.

—Conozco bien a mi mujer. Tu alma es pura. No permitirías estas muertes y menos todavía la de tu propia hija.

—Mi antiguo yo tal vez. Pero, ¿ahora? ¿Sabiendo que está conectada a Thøken?

Esas palabras me helaron la sangre y una gran parte de mí desearía no haberlas oído. Esa que seguía intentando convencerme de que había la más mínima esperanza de recuperarla. El amor por mí que aún sentía era fingido o tan débil que no afectaría en nada a sus actos.

—¡Hazlo! —pidió mi padre. Antes de que pudiera dudar a quién hablaba, se giró hacia mí y rugió—. ¡Mátala! Si todavía queda algo de Ilíada en su interior, eso la hará libre.

—¡No! —gritó mi madre—. Si lo haces, él morirá. No dudaré, niña.

—Mamá, esta no eres tú —intenté.

—¡Baja el arma, ahora! —gritó al tiempo que las venas de su cara se marcaban en un tono verdoso, convirtiéndola en una especie de deidad intimidante carente de alma—. Juro que disfrutaré haciéndolo.

—¡Lhyos, hazlo! —gritó Khríomer fiero—. ¡Es una orden, hazlo!

Ilíada le miró a él, a su rey, y le dijo:

—Juro que te arrancaré la vida y saborearé cómo tu alma se pierde en manos de Hades.

El corazón me latía a demasiada velocidad. Sabía lo que quería hacer, pero también que no quería pagar el precio de las consecuencias. La sangre del rey de Vyskar, de mi padre, mancharía mis manos. Sabía que Atenea acabaría con todos y que no tendría otra oportunidad, que era ahora o nunca. Igual que sabía que tenía una responsabilidad con el reino de Vyskar. Pero mi corazón dolorido no pudo hacerlo. No pude sacrificar a mi padre. No sabiendo que sería mi madre la que empuñaría el arma que sentenciaría su destino. No cuando era mi mano la que podría haberlo evitado.

La vida se ralentizó ante mis ojos. En cosa de un instante, dos faros a los que solo yo presté atención se iluminaron desde la lejanía. Apolo. Mi mano ya había soltado el arma de Thøken, pero antes de que tocara el suelo, una bola de luz impactó sobre el pecho de Atenea. Estaba segura de que la fuerza de ese Dios podría haberme matado, pero Dhax estaba sobre mí y la espalda estaba contra el suelo a algunos metros de distancia. Entonces lo oí. El grito de Ilíada tal vez creyendo que esa magia había sido mía. O imaginando que era eso lo que ocurría con el cuerpo de un Dios, justo antes de morir por la espada del asesino de Dioses. No estaba segura de qué le pasaba por la cabeza cuando lo hizo, pero... lo hizo.

—¡No! —grité.

Atenea cayó hacia delante. Sabía que no estaba muerta, que no podía estarlo porque Thøken no había lanzado el ataque. Pero quien sí lo estaba era Khríomer. Corrí. *Todavía puedo salvarlo*. Pero le había cortado el cuello y él solo era un humano. Uno al que habían estado envenenando desde hacía tiempo. La única mujer a la que había amado se lo había quitado todo, su reino, su futuro y su esperanza. No llegué ni a acercarme a las escaleras de palacio. Algo estalló sobre Ilíada y yo caí de espaldas con fuerza. Un pitido ensordecedor lo barrió todo.

Cuando pude centrar la vista, el lugar en el que había estado mi padre y la versión poseída de mi madre no era más que una mancha negra.

—¡No!

Thøken. Era su mano la que estaba alzada en dirección al palacio. Él lo había hecho. Un segundo después estaba frente a mí.

—Lo siento, Lhyos —dijo—, creí que podría pararla a tiempo.

—Los has matado —susurré incapaz de asimilar la mancha negra que me había dejado sin nada—. Tú los...

—Khríomer ya estaba muerto, Lhyos. —Se arrodilló a mi lado con mirada triste.

—Ella... —las lágrimas me sacudían con una fuerza brutal dificultándome mucho hablar—, ¡podría haberla recuperado! ¡Romper el conjuro!

Luego le di un fuerte empujón con el antebrazo. Thøken vino a por mí y Vyskar sin saber que Atenea había intentado matarme. Apolo vino a por Thøken sin saber que Ilíada tenía una marca que conectaba a su hija al Dios de la Traición y a Atenea con la mentira. La Diosa vino a matarlos a ambos, sin saber que yo todavía seguía con vida.

—No, no podrías —sus manos estuvieron sobre mi piel y grité.

—¡Los has matado!

—¡Escúchame! —Me gritó cuando volví a empujarle, esta vez con más fuerza.

Intenté huir de él. Las lágrimas me quemaban los ojos cuando me agarró de las muñecas. Mi mundo estaba hecho pedazos y esos pedazos estaban en llamas. *No puede ser real. Todo esto es una maldita pesadilla.*

—Atenea ha escapado. —Apolo apareció frente a nosotros y deseé pegarle también.

—¿Por qué no has esperado a que soltara el arma?! ¡Le hiciste creer que había sido yo!

—Siento la muerte del humano —dijo el Dios antes de mirar a Thøken—. Iré tras Atenea. —Se acercó más y superarle en altura no hizo más que denotar que a diferencia de él, Apolo sí pertenecía al Olimpo—. Este reino y los humanos que lo habitan nunca serán tuyos. Protégelos mientras Atenea esté libre y tal vez no busque tu muerte cuando vuelva. —Dicho esto desapareció, así sin más.

Silencio.

—Lo siento —repitió.

—Si no hubieras venido, Atenea no habría tenido una excusa para traer aquí a Apolo. No habría podido decirle que querías hacerte con Vyskar, que eras una amenaza. Pero tú le has dado la oportunidad que la muerte de Pandora no le dio y ahora Vyskar no tiene reyes. —Estaba de pie, pero también débil.

Como si mantenerme erguida fuera un trabajo demasiado difícil. Los ojos vacíos de Ilíada, la forma tan fácil con la que le había quitado la vida a su único amor, la petición de mi padre... todo se repetía ante mis ojos una y otra vez

—Los ataques que Atenea que hizo en mi nombre, —los *Phoanbbes*, las *Haxez*, todo lo ocurrido en la aldea mientras estábamos en Boca Dragón—, habrían acabado trayendo a los Dioses aquí y con ellos la guerra. Entonces yo habría aparecido para protegerte y el resultado habría terminado siendo el mismo. —Las manos de Thøken llegaron hasta mí y ni siquiera lo aparté.

Mi odio por él era tan fuerte que seguía siendo yo misma a pesar de que su contacto me alteraba la sangre.

—Y te has equivocado en algo, Lhyos. Vyskar sí tiene reyes. Tú y yo.

—No hay ningún tú y yo —me alejé y cuando intentó acercarse grité—: ¡Te odio! Te desprecio y quiero que te vayas a donde perteneces. Vete al infierno y no salgas nunca.

—Aprenderás a quererme.

—¡No! Nunca lo haré. Ni nadie. ¿Sabes por qué? Porque no te lo mereces. Eres cruel y crees que tus deseos están por encima de todo. Los dragones no serán tuyos. Y si intentas acercarte al Ántor entonces tendrás que matarme. No permitiré que seas rey de Vyskar. No mientras viva.

—Entiendo que estés dolida.

—¿Por qué ahora? —La furia me sobrepasaba de tal forma que me creí capaz de matarlo con mis propias manos aunque no era así—. ¿Por qué ha tenido que ser ahora?

—Ya te lo dije, tu compromiso con Dhax me hizo imposible esperar a que Atenea encontrara la manera de matar a Apolo por su cuenta.

—¿Tenías a los lobos esperando en la línea de salida? Ni siquiera esperaste a que terminara

la ceremonia.

—Me enteré mucho antes. Tenía informantes aquí, unos a los que matasteis esa noche. Motivo por el cual, no pude enterarme de que habías pasado a ser el objetivo personal de Atenea.
—Se acercó a mí cauteloso, como si fuera tan fácil para él pararme como a Skanaghor seguir una de mis órdenes en una carrera de la caza de Hidra—. Tú me hiciste imposible seguir esperando, princesa. Eres mía.

—No vuelvas a decir eso —susurré alejándome, sintiendo que tenerlo cerca me nublaba el juicio de nuevo.

Busqué a Dhax. ¿Lo habían atacado los demonios? ¿Necesitaba mi ayuda? Mi odio se conectaba y desconectaba. Transformando mi preocupación en indiferencia, mi ira en deseo.

—Pero es cierto —detuvo sus pasos con comprensión en la mirada—. No podía permitir que nadie te tuviera.

Vi mi oportunidad y la aproveché.

—Ya me han tenido.

—¿Qué has dicho?

—Ya he yacido con alguien. Y no me importa la promesa que una Diosa psicópata y asesina te hiciera. Nunca seré tuya. Nunca.

El enfado se materializó en su rostro y de haberme acercado habría podido hasta palparlo.

—No me importa lo que hayas hecho antes de conocerme —afirmó, aunque su rostro contaba otra historia distinta.

El pánico se filtró en mis células.

—Debería —insistí metiendo el dedo en la herida—. Porque así sabrías hasta que punto no te deseo. Hasta qué punto mi corazón pertenece a otra persona.

—Ya eres mía, Lhyos. Lo veas o no.

—No, no lo soy.

Su respiración era agitada y los rayos en el cielo iluminaron su rostro.

—Ya lo creo que sí. —Su convicción era tan firme como mi miedo.

—Puedo asegurarte que preferiría estar muerta antes de ser tuya.

—¿Eso crees? —Alzó las cejas.

Su rostro anguloso se volvió puro peligro de un modo diferente a todas las anteriores veces.

—No lo creo, lo sé. —Me temblaron las manos, pero no la voz—. Con cada fibra de mi ser. Te desprecio. Y nunca, jamás, te amaré.

—¿De verdad? —Tres zancadas.

Eso tardó en estar frente a mí. En un movimiento brusco, su mano agarró mi muñeca y tiró de mí. Un grito fiero que no fue el mío sonó desde la distancia. Dhax. No iba a llegar a tiempo.

—Sí, y hasta mi último aliento intentaré matarte. Cueste lo que cueste.

—Supongo que entonces no tengo motivos para sentirme culpable por esto. —En el preciso instante en que los labios de Thøken estuvieron sobre los míos una explosión de placer estalló en mi interior y arrasó con todo.

Una tan salvaje y abrumadora que hizo que mi propia piel me quemara como si hubiera entrado en combustión espontánea. Los cimientos de mi vida se tambalearon y con ellos, todo lo que yo era. Me doblé sobre mi misma cuando creí que podría conmigo, que tanto placer me mataría, pero cuando no lo hizo fui a por más. Me abalancé sobre él. Rodeé su cuello con tal de atraerlo hacia mí. Me arrancó gemidos que una reina jamás debería hacer en público. Los ojos de Dhax, dorados y brillantes llegaron hasta los míos, pero la oscuridad fue apagándolos. Y luego... luego ya no estaban ahí. Dejé de oír el murmullo de lo que sucedía a mi alrededor en el preciso instante en que Thøken se adentró en mi boca de verdad. Le devolví el beso sedienta de su ser. Dejé de pensar y supe que sería para siempre. Pero eso estaba bien. Quería vivir en el limbo de la satisfacción absoluta toda la eternidad. Vivir con agresividad devorándome por dentro, asegurándome que si no le hacía mío en ese mismo instante moriría. No, no hubo ni un ápice de duda en la forma en la que él me correspondió. Ni la habría nunca.

—Eres mía, Lhyos.

—Siempre. —Y volví a besarle.

UN NUEVO COMIENZO

Las semanas se sucedieron y la normalidad volvió al palacio. *Bueno, más o menos.* Thøken se proclamó rey y el herido pueblo de Vyskar no opuso resistencia. Sobre todo cuando el Dios impuro sanó a muchos de los guerreros heridos con su magia. *Así que puedes imaginarte ya que no soy la única que se ha enamorado de él.* No, muchos lo veían como un salvador. Y eso estaba bien. ¿Con qué fin lo había hecho Thøken? Con el mejor: quería tener un ejército con el que luchar contra Apolo si las cosas se ponían feas. Los demonios estaban fuera de los límites del palacio y la ciudad para no asustar a los humanos, a excepción de los que formaban parte de su guardia que custodiaban los muros. Pero por lo demás, todo eran personas de carne y hueso. No era muy arriesgado, ya que estaban cerca y podrían venir a ayudarlo cuando él les llamara.

En cualquier caso, era una buena idea sanar a los guerreros útiles con tal de pudieran ayudarnos llegado el momento. Sobre todo teniendo en cuenta que existía la posibilidad de que fuera Atenea la que apareciera antes que Apolo. De ser así las cosas se pondrían muy (muy) feas. ¿Y qué había pasado con aquellos guerreros cabezotas que no habían sido capaces de aceptar la coronación de Thøken? Esos estaban en prisión. *Sí, una vez más ha demostrado lo puro que es su corazón. No los ha matado, solo encerrado.* En esas celdas estaban Fhykna, Dez y otros guerreros que una vez dejaran de ser imposibles, podrían resultar útiles para el reino. Como Dhax. Él lo había aceptado fácilmente y eso estaba bien. No quería que nadie se lo pusiera difícil a Thøken, había pasado por mucho. Si el hijo de Athena no había tocado el Ántor todavía, no era sino una muestra de respeto a Apolo. Él estaba convencido de que su buena conducta le permitiría quedarse y reinar aquí sobre los humanos. Yo le había insistido en numerosas ocasiones que debía hacerse con él, como medida de seguridad. Por si acaso Apolo no era razonable. Pero no le había convencido. *Todavía.*

Por algún motivo Thøken estaba algo distante conmigo y eso hacía que le echara de menos. *Mucho. Tanto que duele.* Por eso mis pasos me llevaron hasta la sala donde sabía que lo encontraría entrenando. Me quedé en el marco de la puerta admirando sus movimientos, pero la impaciencia me hizo adentrarme en la sala.

—Qué bien se te da esto.

—Lhyos. —Su mirada esmeralda alcanzó tonos hermosos imposibles cuando me miró—. ¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos.

Me acerqué y le rodeé el cuerpo con los brazos. Me encantaba no llevar armadura. Tanto, que acababa de decidir no llevar una nunca más. Sentir su piel caliente a través de las finas ropas que nos separaban era delicioso. Incliné la cabeza para besarle, pero él se mantuvo muy quieto. Era alto para mí, necesitaba que se inclinara un poco para poder alcanzarle.

—Bésame —pedí y él suspiró, como si le hubiera pedido algo muy difícil.

Poco después, una de las manos que había estado descansando en mi cadera, subió por mi cuerpo hasta mi mejilla. Cuánto me gustaba que me tocara. Thøken redujo la distancia y me besó. El mundo a nuestro alrededor dejó de importar y de existir. Supe que estaba donde debía, que tenía aquello que más deseaba y podía acariciarlo con mis propios dedos. Salté sobre él y el me cogió en brazos. Era fuerte como para eso y mucho más.

—Eres tan dulce —susurré en sus labios. Tener su cuerpo contra el mío me hacía querer más, mucho más—. Te deseo, Thøken.

Él gruñó. Probablemente de placer. Solía pasarle cuando hacía eso con mi lengua en su boca. A mí me hacía inmensamente feliz saber cuánto le gustaba. Pero percibí una tensión en su cuerpo que no entendí. Separó nuestros labios.

—Debería...

—¿Besarme otra vez?

Se tomó un segundo.

—No, yo... debería irme ya —dijo sin soltarme, como si eso fuera demasiado difícil para él, lo cual me puso muy contenta—. He entrenado mucho y necesito...

—¿Puedo ducharme contigo?

El aire salió de sus pulmones como si le hubiera dado un golpe fuerte. Sacudió la cabeza y sus labios quedaron entreabiertos intentando encontrar las palabras. Le besé al tener la sensación de que no me gustaría oírlas. Su agarre se hizo más fuerte. Su cuerpo se tensó de una forma mejor, una mucho más interesante.

—Hazme tuya, Thøken. Por favor, hazme tuya.

En cosa de un segundo, sus manos fuertes me apartaron de su cuerpo y volví a estar en el

suelo. Confusa. Un poco dolida.

—Lhyos...

—¿Ya no te gusto? —pregunté y él me miró como si fuera una maldición. No, como si fuera su maldición favorita. Había un deseo en su iris que me hizo estar más confundida todavía de por qué me había apartado—. Thøken, necesito entender por que...

—Dame un segundo, por favor. —Su respiración era muy agitada.

Tanto como suponía que estaría en el momento en que me hiciera suya. Pero algo lo frenaba y yo no podía darle más segundos.

—Si te gustan las mujeres con más curvas puedo comer más. Y piensa que hace algún tiempo que no entreno, puedo perder músculo si no te gusta. Dime lo que quieres de mí y lo haré.

—No contestó—. ¿O acaso es mi pelo? —Cogí algunos mechones—. ¿No debería ser rubio?

—Eres perfecta, Lhyos —bajó la cabeza y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No para ti —dije al tiempo que las lágrimas se derramaban por mis mejillas inundándome de impotencia.

Me tapé la cara con las manos y sollocé. Un instante después, él las bajó y me miró desde las alturas, rodeándome con ambos brazos.

—Lo eres todo para mí, Lhyos. Pero necesitas tiempo.

—No, te necesito a ti —dije mirando sus labios con el ceño fruncido. Cerrando los ojos cuando supe que la tristeza me invadiría el alma para siempre si seguía rechazándome—. Te necesito a ti, Thøken.

—Me tienes. —Me acarició la mejilla inclinándola hacia arriba y cuando me besó me sentí mucho mejor. Nueva. Querida. Volvía a ser la mujer del rey de Vyskar—. Soy tuyo, Lhyos. Pero...

—No me gustan tus peros.

—Pero necesitas tiempo.

—No, no es verdad.

—No debí besarte. Debí esperar a que me conocieras.

—Debiste besarme mucho antes. Hace años. Mi vida sin ti no existe. Yo solo existo contigo.

—Para —pidió con una firmeza en su agarre y en su voz que me hizo cerrar la boca. Su mirada era muy triste. Había lástima, dolor y algo ternura batallando por el control de la

tonalidad esmeralda—. No es cierto. Eres una guerrera.

—Vale.

—Tú eres fuerte, Lhyos.

—Solo si estoy contigo, mi amor. —Le besé y noté como su cuerpo se rendía ante mí.

Como su pecho se hundía de la misma forma que lo hacía el mío cuando me herían sus palabras. Pero me devolvió el beso, así que supuse que no estaba herido. Y si lo estaba yo lo curaría. Le protegería y amaría el resto de la eternidad. Llegamos hasta una pared y fue como si pasáramos a formar parte del mismo bando. Ya no tenía que convencerle de nada, por la forma que Thøken se aplastó contra mí, supe cuánto lo deseaba. La fricción era perfecta. Moví las caderas contra él y Thøken respondió con un movimiento más lento. Más profundo. Gemí. El placer más abismal jamás probado en este mundo amenazaba con hacerme perder el juicio, la cabeza y el corazón. La dureza que notaba contra mí era exquisita, digna de un Dios. Necesitaba más. Solo él podía aliviar lo que sentía. Solo él podía darme lo que más quería. Colé las manos bajo su camiseta. Su piel estaba tan caliente que me arrancó otro sonido de placer al instante. De repente, se alejó gruñendo una maldición y puso mucha distancia entre nosotros.

—No —dijo sacudiendo la cabeza. La forma en la que sus labios se mostraban rojos e hinchados era un pecado delicioso en el que quería sumergirme. Caminó de un lado a otro—. Me estás volviendo loco.

—Y tú a mí me vuelves loca. —Sonreí.

—Soy un demonio. No debería actuar así.

—No sé a qué te refieres, pero deberías hacerme tuya.

—Sí, debería —afirmó con rotundidad provocando que el éxtasis estallara dentro de mis venas.

—Me alegra ver que estamos en el mismo bando.

—No te muevas —dijo cuando me acerqué. Su respiración era muy agitada—. Lhyos, soy un demonio —repitió.

—Y además, eres un Dios. El Dios de la Traición a quien he entregado mi corazón. —Miré su pantalón y me relamí—. Vamos, tú también lo deseas. Es evidente. ¿Por qué luchas contra ello? ¿Es un juego? ¿Debo ganarme el premio? —Cogí un extremo de el vestido, con tal de levantarlo y deshacerme de él. Tal vez así podría convencerlo. Tal vez de esta forma se abalanzaría sobre mí como tanto deseaba que hiciera—. ¿Debo pedirlo por favor?

Por desgracia, no llegué a quitármelo. Con una maldición, Thøken atravesó una de las puertas a mi izquierda, la que daba a unos baños cercanos a la sala de entrenamiento en la que estábamos. Pensé que era una invitación, así que me dispuse a seguirle.

—No, quédate aquí.

—Pero quiero formar parte de... lo que pienses hacer.

—Hoy no, es una orden. —Y cerró dando un portazo.

Mis cejas se alzaron con sorpresa, pero ver lo muchísimo que le había gustado me impidió ponerme triste. Imaginar lo que haría en soledad hizo que una serie de descargas me sacudieran la parte baja del estómago y tuve que morderme el labio. Una figura masculina y fuerte junto a la puerta me hizo girar la cabeza.

—Hola —dije contenta. Los besos de Thøken siempre me dejaban contenta—. ¿Venías a entrenar?

—Sí —contestó Dhax sin moverse del sitio.

UN SIRVIENTE

No sabía por qué tenía esas reacciones cuando me veía. Por qué se quedaba tan quieto y me miraba de esa forma que parecía que estaba viendo a través de mí. Thøken había dicho que era porque yo era hermosa y dado que me había quedado con el corazón del rey de Vyskar incluso antes de conocerlo, supuse que era cierto.

—No te cortes, pasa, haz lo que necesites.

Asintió y se adentró en la sala despacio. La puerta por la que se había ido Thøken volvió a atraer mi atención. ¿Y si iba a buscarle de todas formas? Nunca desobedecía sus órdenes, (jamás) pero esta vez estuve más tentada que nunca. Saber lo que haría de verme allí me generaba demasiada curiosidad. ¿Se lo pondría más difícil? ¿Me daría lo que tanto deseaba? ¿Se enfadaría conmigo después? Seguro que no. Seguro que nos uniría más.

—¿Cómo estás? —Dhax había soltado sus cosas en el suelo y se había parado a unos pasos de mí.

Entonces recordé que no estaba sola en la sala.

—Muy bien. Pensaba ir a comer unas cuantas galletas.

—¿Sí? —Sonrió un poco.

Ese gesto le sentaba muy bien, aunque prácticamente nunca lo hacía.

—Sí, para ganar algo de peso. Fijo que eso solucionaría mis problemas...

—¿Qué problemas?

Las mejillas se me pusieron rojas solo de pensar en decirlo. No quería hablar de cosas tan íntimas con el sirviente.

—Hace días que no te veo entrenando —dijo cuando no le contesté.

—Lo he dejado.

—¿Qué?

—Es que me preocupa mi figura, ya sabes.

—No, no lo sé. —Una dureza se asomó en la piel de su rostro, deseosa de salir a la superficie.

—Quiero que Thøken me encuentre atractiva —dije y no hubo expresión por su parte.

Muchas veces Dhax era un lienzo en blanco. Tal vez no tenía demasiados pensamientos y no sabía qué cara poner.

—¿Y qué hay de Atenea y Apolo? ¿Thøken no quiere verte preparada para la guerra? ¿Acaso no cree que lo mejor sería que supieras defenderte tú sola?

—Oh, yo no necesito defenderme —sonreí moviendo la mano entre nosotros ante ese comentario ridículo, como si eso pudiera evaporarlo del aire que respirábamos. No me gustaba cuando hablaba de mí con esa individualidad. Yo era parte de Thøken, era su reina—. Si entramos en guerra él me protegerá.

Las manos de Dhax alcanzaron las mías. Ningún sirviente se atrevía a tocarme, solo él. La desconfianza de Thøken hacia Dhax le había obligado a alejarlo de las armas al principio, lo cual a mí me pareció muy prudente y lógico. Pero poco a poco se había ganado el beneficioso trato de poder practicar en sus horas libres, durante esas escasas que no formaba parte del servicio. *Thøken es tan benevolente. Si sigo pensando en él al final voy a cruzar esa puerta.* Igual que él pensaba que Dhax podría ser de utilidad durante la guerra.

—Lhyos, esta no eres tú. —Dhax me trajo de vuelta.

Pobre, ni siquiera cogiéndome de las manos lograba quedarse con mi atención. Pero es que yo era la reina y él un ex-guerrero convertido en sirviente. Formábamos parte de mundos distintos.

—¿A qué te refieres? —Sonreí sin entender, mirando nuestras manos.

Una parte de mí estaba confundida. Como si ya hubiera visto esa imagen antes. *Pero nunca la he visto. ¿No?* No estaba segura, pero toda mi vida previa a Thøken era un ruido sordo que no conseguía oír de verdad. Uno que cada día que pasaba me molestaba menos. *Ojalá desaparezca pronto.*

—¿Hiciste lo que te pedí? —preguntó de nuevo cambiando el rumbo de la conversación—. ¿Fuiste a ver a Skanaghor?

—Ah, eso. No. —Sacudí la cabeza—. Me crucé con Thøken cuando iba de camino y me quedé con él mientras trabajaba en su planificación para la guerra. Si pudieras estar con él y presenciar lo inteligente que es, juro que tú también te olvidarías de cualquier otra cosa. —Me reí.

Dhax cerró los ojos con fuerza y agachó la cabeza sin soltarme las manos. Siempre parecía

estar preocupado por algo. La sombra de sus ojos era tan oscura...

—¿Por qué me coges de las manos? —Quise saber, deseando probar eso de cambiar de tema.

—Estoy haciendo una prueba.

—Pues la haces cada vez que me ves.

—¿Te molesta? —preguntó y lo que vi en su mirada no me gustó.

Fue como ver a un animal muy herido al que alguien debía sacrificar en nombre de la misericordia. Sabía que no podía ser yo la razón de ese dolor, pero me hubiera gustado rebajar su pena.

—No, para nada —volví a sonreír—, me caes bien.

—Tú a mí también.

—Eso es genial, teniendo en cuenta lo poco que hace que nos conocemos.

Otra vez una mueca. Asintió y aunque trató de parecer feliz, por la forma en la que se endureció su mandíbula, no acabó de parecérmelo.

—¿Tu familia también está aquí? —pregunté en un intento de distraerlo.

—No, ellos murieron durante el ataque de Atenea.

—Oh —sentí que podría llorar de inmediato—, lo siento mucho.

Asintió y su nuez se movió de forma exagerada. Tal vez él también tenía ganas de llorar. Tal vez el nudo en su garganta era igual al mío o más grande.

—Los reyes también murieron, ¿sabes?

De repente estaba revuelta, como si hubiera dado muchas vueltas sobre mí misma con el estómago lleno.

—Eran tus padres —añadió—. ¿Les recuerdas?

Uní las cejas.

—No —admití—. La verdad es que no.

—Tu padre murió degollado, pero es curioso.

—¿El qué? —Quise saber.

Los datos curiosos me gustaban, solían ser divertidos.

—Los poderes curativos de Thøken solo salieron a la luz mucho después de que Apolo se marchara.

—Fue un acto de generosidad, sin duda. —Sonreí.

—Uno que no consideró que mereciera tu padre.

No había estado allí, así que no podía saberlo. Hice una mueca. Volvió a preguntarme si recordaba algo, no presté mucha atención a qué.

—Thøken dice que a veces, los eventos traumáticos te hacen olvidar. Y lo cierto es que lo prefiero. Ahora mismo soy muy feliz, no me gustaría que la pérdida lo estropeará. Aunque siento la tuya. Ojalá pudieras olvidarla también.

—Yo nunca querría olvidarles.

—Pero te hace daño.

—Amar trae consigo sus dificultades, no por eso lo convierte en algo a lo que debamos renunciar.

La mirada de Dhax cambió, ahora la tristeza se había convertido en algo más agresivo. Su iris dorado siempre se las apañaba para tener un color pálido, casi sin vida, pero esta vez bajó un escalón más.

—¿Sabes por qué tienes una mancha blanca en el iris de tu ojo izquierdo? —Acarició el dorso de mi mano con el pulgar de un modo agradable y relajante que me hizo olvidarme un poco de lo demás.

—No, pero esta tarde voy a quitármela.

—¿Qué? —preguntó perdiendo el hilo de sus palabras.

—Sí, la mezcla de colores que tengo es muy rara, manchas aparte. Prefiero que sean negros, creo que me sentarán mejor.

—No lo hagas. —Casi pareció una orden.

—Pero... quiero hacerlo. Él me verá más guapa y que me desee lo es todo para mí. —Tuve la sensación de estar pidiéndole permiso, a pesar de que yo era la reina y él solo un sirviente.

—No, no lo hará, seguro que lo odiaría.

—¿Lo odiaría? —Dudé.

—Eres perfecta, Lhyos.

Hice una mueca.

—No, no lo soy. Si lo fuera él ya me habría hecho suya.

—¿Qué? —La sorpresa inundó toda su cara.

—No debería contarte estas cosas, no somos amigos.

—Podemos serlo.

—Vale, sí, seámoslo. —Sonreí contenta con la idea—. Tal vez tú puedas decirme por qué no me hace suya. ¿No soy lo bastante atractiva? —Me acerqué a él y se quedó inmóvil como una roca, sin responder—. Es evidente que no. Si lo fuera, él no podría haberse resistido con todo lo que he insistido. —Pero si Dhax creía que mis ojos no eran el problema, tal vez lo fuera mi cuerpo.

Nada que no pudiera arreglarse con un poco de comida extra y cero entrenamiento.

—¿Me harías un favor? —preguntó con un rostro ligeramente más relajado que antes.

Puede que mis problemas hubieran provocado que se olvidara de los suyos. ¡Bien!

—No lo sé. ¿De qué se trata? —pregunté con ganas de terminar la conversación e ir a por mis galletas.

—Quiero que vayas a ver a Ladán.

—No puedo ir a ver a Ladán —me reí—, está en prisión.

—Lo sé.

—Como la mayoría de los sabios. Son peligrosos, ¿sabes? Thøken debería haberlos matado para protegerse, no me fío de lo que puedan hacer. Ojalá pudiera convencerlo de que los matara.

—Ladán era tu amiga —dijo cortante y la corta distancia entre nosotros me hizo sentir extraña, como si hubiera algo que no estuviera bien.

Así que di un paso atrás.

—Yo no tengo amigos. A parte de ti, ahora.

—Los tenías antes.

—Ya te he dicho que para mí no existe un antes. No recuerdo nada y tampoco quiero recordar.

Vi como el estómago de Dhax se encogía y cómo hacía una respiración abrupta.

—La persona que fuiste sí querría recordar. —Sus manos apretaron un poco las mías aumentando mi intranquilidad—. Tienes que ir a ver a Ladán, Lhyos. Aunque solo sea una vez.

—Yo no puedo bajar ahí, es peligroso para la reina de Vyskar. ¿No te gusta que sea la reina de Vyskar? —pregunté confusa. Abrí mucho los ojos cuando lo entendí. Me solté de golpe—. ¿Quieres que me maten?

—No. —Abrió los ojos con horror, pero no los creí.

—Sí, ¡es eso! Estás de parte de Atenea. Por eso me haces tantas preguntas y me pides que haga cosas extrañas. ¡Guardias!

—No es cierto, yo siempre estaré de tu parte.

—¡Guardias! —grité más fuerte cuando se acercó a mí y su altura me asustó.

Cuatro guardias entraron a paso ligero y lo redujeron. Mi corazón empezó a ralentizarse cuando vi que lo sacaban de la sala.

—Lléváoslo a la prisión. Y luego decidle a Thøken que me ha pedido que vaya a ver a Ladán, esa sabia. Creo que está conectado a Atenea de alguna forma. Lléváoslo y no dejéis que salga de allí, ¿vale?

—Sí, majestad. Por supuesto.

—Ve a ver a Skanaghor, Lhyos. Cumple tu palabra.

—Qué pesado —gruñí cuando se fue—. ¿Qué interés podría tener la reina en esos reptiles inmensos? —Alcé la vista y me sacudí el escalofrío de encima—. Voy a por esas galletas. —Sonreí ante la idea de la masa calentita y crujiente de las hornadas que preparaba Rhaena.

Me encantaban.

PODEMOS CON ESTO, AMOR

—Hola. —Entré en la biblioteca a oscuras en la que se había pasado el día leyendo—. No, espera, por favor —dije cuando hizo el gesto de ponerse en pie, supuse para irse—. No te insistiré más. Pero no huyas de mí, ¿vale? Este palacio es muy grande y me siento muy sola sin ti. —Los ojos se me inundaron de lágrimas.

Habían sido unos días muy largos.

—Lo siento. Ven aquí. —Hizo un gesto para que me sentara en el mismo sillón en el que estaba él y no me lo pensé dos veces.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunté inhalando con fuerza ese olor a hojas quemadas que tanto me gustaba.

—Leyendo algunos siglos de la historia de los humanos. —Miró el libro que había soltado—. Las noticias llegan de forma muy diferente allí abajo.

Hice una mueca.

—¿Por qué no te dejan vivir en el Olimpo con los demás Dioses?

Thøken hizo un sonido con la garganta mientras me acomodaba sobre su costado y luego dejaba su mano a la altura de mi cintura. La camisola que llevaba se me había subido un poco por la tripa, así que su piel rozó la mía en una caricia. Tuve que hacer enormes esfuerzos para no saltarle encima.

—Porque mi padre es un demonio.

—Pero una vez fue un ángel —dije con la cara pegada a su pecho, mirando la luz de la vela que iluminaba la oscura biblioteca con una luz cálida.

Oír el latido de su corazón era la mejor sensación del mundo.

—Eso no les importa. Solo lo que era cuando me creó. Por no hablar del hecho de que pueda matarlos. Digamos que les genera cierta desconfianza.

—Es injusto. Tú te mereces estar ahí arriba, no en el infierno.

—Me conformaría con estar en un lugar entremedias.

Le miré.

—Por eso quieres gobernar aquí, ¿verdad? Para no volver allí abajo.

—No solo por eso. —Suspiró—. Nunca he pertenecido a ninguna parte. En el infierno me consideran un Dios y en el Olimpo un demonio. Pero los humanos siempre han estado lejos de todo eso así que pensé que tal vez podría ser este mi Olimpo.

—¿Y traerías aquí a alguien del infierno?

—No, dudo que se sintieran cómodos en un lugar como este bajo mi mando. —Hubo una pausa y chistó la lengua—. Nunca pretendí que murieran tantos.

—Lo sé. —Le besé, pero fui rápida.

Por si acaso.

—Ojalá hubiera podido hacerlo de otra forma. —Me besó la frente y sus labios se quedaron allí unos segundos. Cuando los apartó, negué con la cabeza pues esas muertes no debían manchar de sangre sus manos—. Pero me encargaré de sanarlos siempre que estén heridos y si Atenea vuelve, les protegeré con mi vida.

Le admiraba muchísimo, era tan fuerte... pero lo cierto era que también me sentía culpable.

—Esas muertes fueron culpa mía. Debí aceptar tu propuesta de inmediato.

—Es más complicado que eso. Además, tu aceptación no habría frenado a Atenea.

Gruñí.

—¿Qué pasa?

—No entiendo cómo hay tantos de quienes no podemos fiarnos. Todos esos cazadores y sabios me ponen enferma. Las prisiones deberían estar vacías, la de palacio y la exterior. Y aun así, hay mucha gente en las dos. Es asqueroso.

Pasó un instante.

—¿Qué te dijo Dhax?

—¿No te lo contaron los guardias? —Habían pasado varios días desde que lo habían encarcelado, pensaba que ya nos habíamos olvidado de ese tema.

—Sí me lo dijeron, pero quiero oírtelo decir a ti. ¿Por qué te asustaste de él? —lo preguntó como si Dhax fuera un ser inofensivo y no un hombre lleno de músculos que antes de ser sirviente había sido un muy buen cazador.

—Fue muy raro. Al principio todo iba bien, hablamos de forma amigable y él hizo eso de cogerme de las manos...

—¿Te cogió de las manos? —Se revolvió intranquilo.

Saboreé gustosa esa preocupación. ¿Estaba celoso? No tenía motivos.

—Sí, es algo que hacía mucho. Casi desde que lo conocí. Al principio me invadió una gran pena por él porque me dijo que había perdido a su familia durante el ataque de Atenea. Entonces volvió a sacar el tema de ir a ver al dragón.

—¿Qué tema? —Su mano se apretó un poco en mi cintura.

—Insiste en que vaya a verlo, no sé por qué. Le dije que estar contigo me había dejado sin tiempo y entonces sacó el tema de Ladán.

—¿Qué dijo de ella?

—Nada, solo que fuera a verla. Cuando insistió, a pesar de que yo le dije que el hecho de que la reina de Vyskar bajara allí era muy peligroso, lo supe.

—¿Qué supiste?

—Que quería hacerme daño. Así que llamé a los guardias de inmediato. Es evidente que él y Ladán están juntos en esa idea, de lo contrario había mencionado a más gente.

—Entonces están bien en prisión. —Me abrazó y me derretí.

Reviví ese momento en el que no había estado él, sino el sirviente y de como me sentí. De lo rápido que se había vuelto peligroso. De las cosas que dijo y de su insistencia.

—Eh, ¿en qué piensas?

—Creo que deberías matarlo, a Dhax. Ha reaccionado muy mal a todos los beneficios que le has dado, después de dejarle entrenar a su antojo a pesar de ser solo un sirviente. Ya sé que su pasado como gran guerrero te hace dudar, pero su utilidad puede volverse en contra del reino, por lo visto con mucha facilidad. Tal vez a la sabia también deberías. Aunque solo fuera para asegurarnos de que no están haciendo nada ni juntos, ni por separado —dije y tuve que mirarlo cuando sus caricias en mi cintura cesaron—. Piénsalo, él quiso que bajara ahí para que Ladán me hechizara y luego pudieran matarme.

Una inexpresividad que no entendí había conquistado todo su rostro. Deseé poder colarme en su cabeza para saber qué pensaba.

—No sabemos si es eso lo que quería —tanteó.

—¿Qué otra cosa podría ser si no?

Endureció la mandíbula y no respondió.

—Siento que tuvieras que pasar por eso, princesa. Y que te asustaras. Ahora estás a salvo.

Una sonrisa tiró de mis labios.

—¿Por qué me sigues llamando princesa? Soy una reina.

Sus ojos sonrieron y todo su rostro se iluminó, como siempre sucedía cuando lo hacía. Desearía que lo hiciera más a menudo. O siempre.

—Me gusta —dijo—, ¿a ti no?

—Sí —admití hundiendo la cabeza en su pecho—. ¿Thøken?

—¿Sí?

—Te quiero mucho —dije y su cuerpo se tensó como si hubiera dejado de respirar. Esperaba que se acostumbrara pronto a mis palabras y que las creyera de verdad. Se lo merecía—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras —su voz sonó más grave.

Tampoco me había pasado por alto el hecho de que su corazón se había acelerado. *Qué bonito.*

—¿Soy la primera?

—¿A qué te refieres?

—Recuerdo que cuando me hablaste de que no podías ser amado, ni amar de verdad a alguien... —maldición que tenía que ver con ser el hijo de una Apollyon y un demonio, lo cual era de lo más injusto—, también dijiste que solo tenías tres oportunidades de amar. ¿Soy la primera? ¿O la última tal vez?

—Eres la primera. —Hizo una respiración profunda cerca de mi pelo y me estrechó entre sus brazos.

Recibí el gesto de buen gusto.

—¿Cómo es posible? Es decir eres dulce, valiente, fuerte y hermoso.

—¿Soy hermoso? —preguntó con diversión en el tono.

Le pegué en el pecho.

—No te burles de mí, sabes lo que quiero decir.

Se tomó un segundo para volver a la seriedad que la conversación necesitaba.

—Solo un Dios puede... enlazarte —dijo «enlazarte» como si significara otra cosa—, con el corazón de alguien de su familia que todavía no ha nacido. Esa clase de dones solo les pertenecen a ellos.

—Vale, sigue.

—Solo en esos casos el vínculo es lo bastante fuerte como para que sea posible que la

persona no solo me ame a mí, sino que yo también la ame a ella —dijo y no pude pasar por alto el hecho de que acababa de admitir que me amaba. Y no solo eso, acababa de admitir que era la primera y única persona que había amado. Iba a morirme de la felicidad—. Y como comprenderás, no me llevo demasiado bien con los Dioses. No hay muchos dispuestos a hacer ese tipo de trato conmigo. Sobre todo porque eso uniría su sangre a la mía.

—No saben lo que se pierden, peor para ellos. —Suspiré—. Me alegra tanto ser la primera. Aunque me entristece que nadie te haya amado hasta ahora. —Tanto que no conocía palabras suficientes como para describirlo—. Pero no importa. Recuperaremos el tiempo perdido.

Su mano llegó hasta mi mejilla me atrajo hacia sí y me besó con intensidad. Con desesperación. Bebiendo de mí. Dejándome con ganas de más. Cuando se separó, me obligué a no acercarme para no estropear el momento. Entonces, susurró cerca de mis labios:

—Ojalá no me lo pusieras tan difícil.

—¿A qué te refieres?

—A que cada vez que abres la boca, vuelves líquida mi espina dorsal. A que lo único que quiero es hacerte mía. Besar cada rincón de tu piel y matar a todo el que se atreva a respirar demasiado cerca de ti.

Mi pecho subió con ilusión y excitante anticipación.

—Sí, por favor, hazlo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces no podría vivir conmigo mismo.

—¿Por qué?

—Porque tú no quieres esto.

La sorpresa me hizo inclinar la cabeza hacia atrás.

—Sí, claro que lo quiero. ¿Qué he hecho tan mal para que creas que no es así? —Mi vista se volvió un poco borrosa.

—No has hecho nada. —Acarició mi mejilla—. Pero lo que sientes no es real.

—¿De qué estás hablando?

LHYOS

Hubo una pausa. Me hubiera gustado mucho que contestara a mi pregunta, pero no lo hizo. La forma en la que me acariciaba el vientre hizo un poco más amena la espera.

—Lo siento mucho —susurró cerca de mi oído.

—¿Qué sientes? —susurré también.

No quería que dejara de hablar.

—Todo.

Hubo más caricias.

—¿Qué es todo? —pregunté, un poco más dispuesta a dejar el tema.

Pasó otro largo instante. No me importó porque estaba con él y eso era cuanto necesitaba y quería.

—Que te hayan obligado a quererme —dijo al fin—. Que hayas olvidado tu pasado.

—Nadie me está obligando a nada, mi amor. Y no me importa mi pasado, solo mi presente porque es contigo.

Su mano llegó hasta mi mejilla y su mirada se mostró brillante reflejada a la luz de la vela y su llama.

—Te juro que te cuidaré bien, Lhyos. Que buscaré la manera de que seas libre, aunque seas mía.

—No quiero ser libre.

—Sí, sí lo quieres —contestó con brusquedad.

Reconozco que me asusté un poco. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Odio enfadarte —admití pegando mi cara de nuevo en su pecho. Me aguanté las ganas de llorar por si empeoraba la situación—. No era mi intención.

Sus brazos me apretaron con fuerza contra sí y creí que nunca iba a soltarme. La calidez de la felicidad me arropó también en su abrazo.

—Ojalá ser egoísta fuera una opción.

—Por favor, necesito saber de qué estás hablando, Thøken. Me preocupas.

Le miré y esperé. Tuve la impresión de que se obligaba a pronunciar:

—Ya te lo dicho —su mirada brilló con algo demoledor—, lo que sientes por mí no es real. Otra vez esas palabras. Dioses, cuantísimo las odiaba.

—Sí que lo es —dije molesta.

—No —insistió—, y ojalá estuviera equivocado.

—¡Sí que lo estás! —Me puse en pie, demasiado furiosa como para no hacerlo.

—Lhyos. Es la verdad. —Se levantó.

—¡Basta, cállate! —Lloré.

—Lo que crees que sientes por mí no es más que un conjuro que Atenea hizo a tu madre cuando aún era muy pequeña. Mucho antes de que tú nacieras. Lo que te he contado, lo de enlazar tu corazón al mío, en realidad es un conjuro.

—Tú eres todo lo que quiero —sollocé sacudiendo la cabeza—, no sé por qué me haces esto.

—Por favor, deja de llorar.

—No, no puedo. —Sollocé más—. No lo haré si sigues mintiéndome. Si sigues haciéndome daño.

—Lhyos —sus manos llegaron a mis caderas y me acercó a él—. No quiero perderte. Y te juro que hay una inmensa parte de mí que no entiende por qué hago esto. Pero no puedo tenerte sabiendo lo que sé. Sabiendo que sin la magia de Atenea tu jamás estarías aquí conmigo. Y si lo estuvieras, sin duda sería porque estarías intentando matarme.

Sus palabras me hirieron de una forma horrorosa. ¿Cómo iba yo a querer hacerle daño a la persona más importante de mi vida? Pero no fue eso lo que pregunté, porque una vez más le interpose a él. Tal y como mi corazón me aseguraba que debía hacer.

—¿Se puede deshacer? —pregunté.

—¿Como dices? —Unió las cejas.

—El conjuro, ¿se puede deshacer?

—Es lo que estoy intentando averiguar. Todo apunta a que en el momento en que tu madre murió, el conjuro se convirtió en algo irreversible. Pero al no haber yacido contigo, hay algo en nuestro vínculo que no lo es, y eso me da esperanzas por ti.

—¡No! ¡Te las da por ti!

—¿Qué?

—¡Yo te quiero, Thøken! Deseo estar a tu lado más que nada en el mundo. Eres tú al que no le es suficiente.

—No es tan sencillo.

—¡Sí, sí lo es! —grité—. Después de todo por lo que has pasado, la carga que has tenido que soportar desde que naciste sin haber hecho nada malo, me pones a mí por delante. ¡Eso no es ser un demonio! —Silencio—. Esta es la persona que soy ahora, no puedo cambiar lo que siento. Tú eres todo mi mundo. Me da igual si es cosa de un conjuro, de un enlace o de lo que sea, soy feliz a tu lado.

—Lhyos...

—¿Tú no?

—Eso no es...

—¿Tú no? —insistí y él soltó el aire despacio.

—Claro que sí. —Me acarició la mandíbula uniendo su frente con la mía—. Y quererte el resto de mi vida no me costaría ningún trabajo.

—Entonces hazlo —pedí y su mirada se volvió líquida. Tuve miedo de que una vez más subiera las barreras entre nosotros—. Por favor, no vuelvas a decir que no sé de qué estoy hablando. Esta es la persona que soy, Thøken. Y te aseguro que no quiero ser ninguna otra. No me importa nadie fuera de estas paredes, solo tú. Quiero estar a tu lado tanto como mi alma de semidiosa me permita. Quiero cargarme esa condena injusta que te persigue desde que naciste y amarte como te mereces. Y quiero que me ames de la misma forma.

Lo que preguntó a continuación me sorprendió muchísimo. Para bien.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —La ilusión me impulsó hacia él—. Lo estoy del todo.

—Lhyos, si sellamos el trato, me convertiré en algo peor de lo que ya soy.

—No es cierto, te convertirás en aquello que necesito que seas. Porque yo ya soy tuya, ahora necesito que tú seas mío. —Estábamos muy cerca y nuestros cuerpos encajaban a la perfección.

—Nunca podré perdonarme haber aceptado tu corazón —dijo en susurros.

—Amar trae consigo sus dificultades, no por eso lo convierte en algo a lo que debamos renunciar. —Esas fueron las últimas palabras que pronuncié, unas que él no rebatió.

Porque antes de que Thøken se lo pensara mejor, le besé. Profundicé el beso al instante en

un intento de que no se alejara. Y no lo hizo. Oh, no, qué va. Supe que todas las anteriores veces que habíamos estado cerca de cruzar el límite su autocontrol había estado interponiéndose entre nosotros en el preciso instante en que se liberó. Thøken se convirtió en una versión de sí mismo mucho más dominante, animal y sensual. Me besó como nunca antes me habían besado. Era posesivo de un modo halagador. Estaba dispuesto a complacerme de todas las formas imaginables. Se presionó contra mí, aplastando mi cuerpo contra toda clase de superficies de un modo delicioso. Paredes, sofás, mesas, lo que fuera con tal de no dejarme escapar. Lo que fuera con tal de hacer que me hundiera en un mar de placer del que nunca querría salir. Casi arrancó la tela que cubría la parte superior de mi cuerpo. Besó toda mi piel expuesta venerándola, deleitándose con cada caricia. Oí algo en el fondo de mi cabeza, pero ni aunque la mismísima Atenea se presentara en la sala habría sido tan fuerte como para parar. Thøken estaba por todas partes. Diciéndome lo hermosa que era. Lo mucho que me deseaba. Lo bien que iba a cuidarme y defenderme de cualquier mal. Pero ya lo hacía, todas esas cosas y mucho más. Su camiseta cayó al suelo dejando expuestos sus tatuajes y besé cada uno de ellos. O esas eran mis intenciones hasta que él obligó a mis labios a alzarse hasta los suyos. Nos movimos más rápido y luego más. Gemí y él se contrajo con fuerza haciéndome sentir poderosa y bella.

Lo siguiente que oí no estuvo en mi cabeza, asegurándome que lo anterior tampoco había habitado allí. Los gritos estaban cerca, casi encima nuestro. Todo pasó muy deprisa. Las puertas se abrieron y hubo disparos. Hacia nosotros, o mejor dicho, hacia el rey. No reconocí el rostro de quien nos atacaba, pero se llevó toda la furia del Dios de la Traición. Thøken me colocó a su espalda y cuando llegaron más me pidió que siguiera el plan establecido. Había una sala, no muy lejos de allí, en la que podía esconderme. Una que tenía unos dibujos en el suelo que me protegerían cuando no estuviera conmigo. En ella estaría a salvo. No quería dejarlo, pero me ordenó que lo hiciera y tuve que obedecer. De camino allí, me repetí una y otra vez que a él no podían matarlo. No siendo unos míseros humanos. Que Thøken lo arreglaría todo y que muy pronto estaríamos juntos. Que los demonios le ayudarían si él lo necesitaba, pero que no le haría falta. Unos ojos dorados emergieron de la oscuridad cuando menos lo esperaba. Sus dedos rodearon mi antebrazo y su mano tapó mi boca ahogando un grito. Entonces susurró en mi oído:

—No hagas ningún ruido.

CUESTE LO QUE CUESTE

Llegamos a otra sala, a cuatro o cinco de distancia de esa a la que yo me dirigía. Solo entonces Dhax apartó la mano de mi boca. La luz de la luna que entraba por los ventanales me permitió mirarle a la cara cuando dije:

—Si me matas, no tendrás lugar en el mundo para esconderte.

—Moriría por ti en esta y en cada una de mis vidas, Lhyos. Y... Tus ojos. —Su mano cogió mi mejilla y me acercó a la luz de la ventana.

Le miré con ellos bien abiertos y pude ver con total claridad lo que pasó en los suyos.

—Lo has hecho.

—Ya te dije que había demasiado color en mi iris. El negro es más bonito. —Pero su rostro estaba descompuesto—. ¿Te...? ¿Te han dicho alguna vez que eres un poco dramático? Solo es el color de mis ojos.

Su mano en mi mejilla se apretó un poco. Como si odiara tanto mis palabras que tuviera que hacérmelo saber de alguna forma.

—No *solo* es el color de tus ojos. Eres tú. Toda tú.

—¿Por eso vas a matarme? ¿Porque no te gusta que alguien como yo sea reina de Vyskar?

—Matarte iría contra lo que soy, bichito.

Sus palabras no eran nada cercano a lo que yo hubiera esperado.

—¿Y entonces por qué quisiste que fuera a ver a Ladán?

—Para intentar que ella te salvara, pero fue un error.

—¿Salvarme? No necesito que me salve nadie. Bueno, al menos no hasta que ese tío ha empezado a dispararnos.

—Sí lo necesitas. La guerra es inminente. Además, tú odias a Thøken, ¡con todo tu ser! Le desprecias por lo que representa y por lo que hizo.

—¡Yo amo a Thøken! ¡Él lo es todo para mí! Todo mi mundo. Yo no soy nada sin él.

—¿Te estás escuchando? —Se acercó y retrocedí—. ¿No eres nada sin él? Tú eres una guerrera, Lhyos. —Se acercó más, pero esta vez no retrocedí—. Tú darías la vida por Skanaghor

y por el resto de dragones y ahora vas aconsejándole a Thøken que se haga con el Ántor.

—¡No hables de mí como si me conocieras!

—Lo hacía, te conocía bien, mejor que nadie. Pero ahora solo eres un cascarón vacío. Una sombra de lo que fuiste.

—¿A eso has venido? ¿A insultarme? ¿Tanto te merece la pena arriesgar tu vida por esta conversación?

—Sí.

—¿Incluso sabiendo que podrían matarte?

—Sí —repitió con la misma determinación.

—Explícame el sentido porque no se lo veo.

—Yo amaba a quien eras. Y tú me amabas a mí.

—Eso no... no puede ser cierto.

—Lo es. Y también lo es que juré protegerte y salta a la vista que no lo logré. Pero puedes estar segura de que estoy dispuesto a morir con tal de conseguir traerte de vuelta.

—No quiero que lo hagas.

—Sí, sí que quieres. La verdadera Lhyos está gritando a pleno pulmón en alguna parte de esta cabeza —me tocó la sien con el índice—, así que lo que tú digas me importa más bien poco.

—Si tanto te amé, ¿cómo es que no te recuerdo? —pregunté saboreando el dolor en su cara—. ¿Cómo es posible que no tenga la más mínima memoria en la que aparezcas tú? —Esta vez fui yo quien me acerqué—. Si tan importante eras para mí, ¿cómo es que hace menos de una hora le he aconsejado a Thøken que te matara? —Su mano rodeó mi muñeca antes de que mi índice chocara con su pecho.

—Porque el conjuro es más fuerte que tú. Porque te lo hizo una Diosa mucho antes de que existieras y tuvieras capacidad de defenderte. No te culpo por ello y cuando te traiga de vuelta, me aseguraré de que tú tampoco lo hagas.

—¡No quiero que me traigas de vuelta! ¿Es que no me oyes? ¡Amo a Thøken! Él lo hace todo por mí, es bueno y va a cuidarme. ¡Quiero quererle, es lo que se merece!

—Él no importa. ¡Mírate! Has renunciado a ser una guerrera sin esfuerzo, ¡no eres una persona de verdad! Ahora mismo no sabrías ni qué hacer con una Zyxe y durante toda tu vida ha sido como una parte más de tu anatomía. Por no hablar de que no derramarías ni una sola lágrima al ver cómo pierden la vida aquellas personas que más te importaban.

—Las personas cambian, Dhax. Y la muerte es parte de la vida.

—Khríomer, Ilíada, Lora y todas las personas que han muerto desde que él decidió aparecer en nuestras vidas. ¿Piensas en ellos alguna vez?

—No, porque no les recuerdo. Esos nombres no significan nada para mí.

—Exacto. Porque ya no tienes historia, ni vida previa a él. Ni la tendrás si sigues bajo el conjuro.

—¿Sabes, Dhax? Sí, pedirme que fuera a ver a Ladán fue un error. Uno que te costó tu libertad. Pero haberte escapado de prisión va a costarte la vida y voy a ser yo quien se asegure de ello.

Las voces sonaban cerca. Muy cerca. No debían faltar más de unos segundos para que nos encontraran. Hice un débil esfuerzo por zafarme de él cuando me acercó más a su cuerpo.

—Si Ladán no puede ayudarte, entonces solo me queda intentar esto —dijo como si no hubiera escuchado ni una de mis palabras—. Mi último recurso.

—¿Vas a ser tú quien me hechice, sirviente? —Le miré desafiante.

Él lo hizo desde las alturas, con una furia mezclada con dolor y algo más fuerte, dando un color dorado imposible a su iris. Miedo y determinación. Fuerza y vulnerabilidad. Esos ojos eran del todo contradictorios. Casi quise saber qué clase de persona podía obligar a otra a decir lo que había dicho, a hacer lo que había hecho. A arriesgarlo todo. ¿Qué clase de Lhyos conoció?

Lo siguiente que super fue que Dhax había aterrizado sobre mis labios.

Mi corazón se dio la vuelta. La calidez estalló primero en mi boca, luego en mi pecho y luego se extendió por todo mi cuerpo. No esperaba que me gustara el beso. No creí que fuera posible que otros labios que no fueran los de Thøken resultaran algo que no fuera repulsivo. Pero Dhax no me pareció repulsivo ni nada semejante. Esa dulzura que había visto en su mirada mientras era sirviente se vio reflejada en sus labios. Achaqué la punzada aguda y dolorosa que tanto se pareció a una flecha atravesándome el pecho, al hecho de estar permitiendo este beso cuando a Thøken no le gustaría nada saberlo. Pero no me aparté. No podía. Una columna de energía me caía encima obligándome a quedarme junto a él. Unos largos segundos después, cuando se apartó, me miró con detenimiento. Esperando una respuesta. Respiré de forma entrecortada.

—Reconozco que esto ha sido mucho más agradable de lo que pensaba que me haríais tú y Ladán si bajaba a la prisión tal y como querías. —Lo dije en tono divertido, pero él se quedó

pálido.

Casi horrorizado.

—No... —Fue casi un suspiro de puro pánico convertido en algo similar a palabras.

Si dijo algo más no lo entendí. O no me esforcé en entenderlo.

—¿Qué? —pregunté de forma retórica—. ¿Acaso romper vínculos unidos por la magia de los Dioses con un beso es algo que se estile por aquí?

—Él te besó, así te perdiste. —Dio un paso atrás—. Creí...

—Tal vez es que a ti no te amé de verdad —no las pronuncié con esa intención, pero pude ver claramente en su rostro lo que le dolieron mis palabras. Por la forma en la que su iris se quedó pálido. Por el modo en que parecía haber perdido toda esperanza—. Oye, lo siento, no pretendo hacerte daño, pero es a Thøken a quien amo. Es evidente que si su beso fue lo que desencadenó el poder del vínculo, y el tuyo no ha cambiado en nada mis sentimientos, lo que me une a él es mucho más fuerte de lo que lo que me unió a ti.

—No.

—Dhax...

—Tu vínculo con él no existe, Lhyos —dijo, no estaba muy segura si para mí o para sí mismo—. No es real, aunque tu lo creas.

Las voces llegaron hasta nosotros. Guardias. Pensaba que Dhax se defendería con todo lo que tuviera. Sabía que había sido un gran guerrero antes de todo esto y a pesar de que habían aparecido cinco guardias, una parte de mí estaba segura de que podría haber hecho mucho por defenderse. Pero no lo hizo. No hizo nada. Solo me miró, incrédulo porque su intento no hubiera dado el resultado que esperaba. Me sentía bien porque se lo llevaran, porque lo alejaran de mí, pero una parte de mí se sintió culpable. La Lhyos que él había amado estaba muerta y no iba a volver.

Para bien o para mal, él se reuniría con ella pronto.

LA EJECUCIÓN DE LOS TRAIADORES

El sol acababa de salir y yo ya estaba fuera de la cama. No podía dormir. En cosa de unas horas ejecutarían a todos aquellos que habían escapado de la prisión durante la noche. Era probable que eso me pusiera algo nerviosa. *Sobre todo teniendo en cuenta que todos salvo Dhax, no hicieron más que ser parte de la distracción.* No intentaron huir, ni llegar hasta sus dragones, ni pelear contra la nueva guardia real. Durante el ataque solo hubo un muerto, el que interrumpió la magia que estaba pasando entre Thøken y yo, alguien llamado Dez. Él sí quiso matar a Thøken, por eso disparó a la cabeza todas las veces. *Iluso. Creer que podría tener acceso a un arma capaz de matarle a él era absurdo.* Hasta a noche, no conocía el rostro de Dez, solo su nombre. Igual que me pasaba con Fhykna y Ladán, que iban a ser ejecutados hoy junto a Dhax.

Ver lo mucho que se habían arriesgado con tal de conseguir recuperar algo que ya no existía me había dejado intranquila y algo revuelta. Igual que si hubiera comido algo en muy mal estado. Por eso lo hice. Por eso fui hasta el lugar donde descansaban los dragones. No los de Thøken, sino los originales. Busqué al dragón blanco, esperando encontrarme una docena de ellos, pero descubrí pronto que eran muy diferentes entre sí. Me detuve frente a él, por Dhax. *Porque querías que viniera aquí y ya que vas a morir, siento que te lo debo. ¿Te lo debo en realidad? No, para nada. Pero me gustaría pensar que soy una buena muchacha, digna de Thøken.*

—Bueno, pues aquí estamos. —Moví los brazos en el aire, dando palmas delante de mi cintura y luego moviéndolos hacia atrás de nuevo. Cuando prestó atención a mis manos dejé de hacerlo porque no quería que se acercara demasiado—. Tú eras mi dragón. —le dije por si también lo había olvidado. Luego resoplé por sentirme tan ridícula como alguien cuerdo se sentiría de hablarle a un reptil enorme—. ¿Se supone que por eso tienes que importarme algo, Skonghar?

Entonces acercó su rostro a mí, pero no le toqué. No me sentía segura con él, a pesar de que sabía que lo estaba. Hizo un ruido extraño. *¿Me...? ¿Me estás...?*

—¿Me estás oliendo? —Sip, eso era justo lo que estaba haciendo. Luego resopló—. Pues

vale —miré hacia atrás—. Es evidente que estoy perdiendo el tiempo. —Sentí una tristeza que no me pertenecía.

Yo estaba contenta porque Thøken estaba sano y salvo. Y porque dentro de unas horas iba a estarlo más, cuando el mal hubiera sido erradicado. *Del palacio al menos*. Pero... ¿entonces que era esa sensación en la boca del estómago? No había comido nada, ¿por qué estaba así de revuelta? Pensé en Dhax y en el beso. Casi no había sentido nada. Casi. Sabía que estaba hecha para Thøken, que antes de nacer yo se forjó nuestro vínculo y que después de las ejecuciones, lo sellaríamos con nuestro amor para que fuera irrompible.

Pero ver las ansias de Dhax por hacerme recordar, saber que ese era el verdadero motivo por el que había fingido estar de acuerdo con Thøken todo este tiempo, por el que había aceptado ser un sirviente... Me había despertado cierta curiosidad por saber más de mi pasado y la persona que fui. Esa que tanto le costaba dejar ir. Y si hoy iban a matarlo... ¿qué se yo? Tal vez venir a ver a este enorme reptil era mi forma de despedirme del sirviente. Me giré para mirarlo, pero no estaba donde antes.

—¿Skonghar? —Una especie de grito salvaje me cayó encima y unas garras me atraparon un instante después—. ¡No! ¡Socorro! ¡Bájame! —Pero ya estábamos muy lejos de tierra firme. Las lágrimas se acumularon en mis ojos a medida que mi garganta intentaba compensar el pánico con gritos. El corazón me latía demasiado deprisa—. ¡Socorro, no quiero morir! ¡Para, Skonghar! Por favor, por favor, ¡para!

Entonces me soltó. Mi alma, mis emociones y mi corazón se salieron por mi garganta y me quedé vacía. «*Ahora solo eres un cascarón vacío. Una sombra de lo que eras*». Pensando en la desgracia de que fueran a ser esas, (las horribles palabras de Dhax), lo último en lo que pensara antes de morir fue como una patada en la boca. Me cogí a mis propios hombros, cruzando los brazos por delante del pecho, rezando ayuda a los Dioses o a cualquier otro animal volador que no fuera vil y cruel. Skonghar voló delante de mí como si se regodease de su poder. Acto seguido descendió más y más. Entonces me estrellé contra su lomo. El golpe dolió mucho, pero la adrenalina por estar viva hizo que se me pasara pronto.

—¿Por qué me has hecho eso? —Cuando aceleró la velocidad me agarré a él como bien pude. Grité, pero esta vez fue diferente. ¿Div...? *No, imposible*. ¿Pero... sí? Sí. Me parecía divertido. Y tuve la sensación de que él también se lo pasaba en grande. Tanto me gustó que llegado un punto, me atreví a incorporarme un poco y a mirar abajo al menos un cuarto de

segundo. *Qué bonitas son tus alas.* La sensación que daba volar era alucinante. Por no hablar del dragón en sí. Era un ser mágico, sin duda. Cuando me acostumbré a lo agradable que era que el viento lanzara mi pelo y mis preocupaciones por encima de mis hombros, y a que la adrenalina me hiciera creer que iba a vivir para siempre, puse una mano extendida sobre su lomo y la observé unos largos segundos. La forma en la que sus escamas blancas brillaron junto con mi piel a la luz del sol... ¿qué sé yo? Me hizo pensar que la idea de las relaciones amistosas entre dragones y humanos era factible. Que tal vez, ambas especies podían llegar a entenderse sin necesitar el Ántor. Que no éramos tan diferentes. Cuando estuve de vuelta en tierra firme era una nueva Lhyos.

—Gracias, Skonghar. Eres una pasada —le dije y acercó su cara hacia mí despacio, pero sin pausa. Supuse que no le daba un rodeo a su comida antes de zampársela, así que no me moví. Entonces el dragón me soltó el aire a la cara a través de sus fosas nasales—. ¿Eso ha sido...? ¿Me acabas de resoplar? ¡Te estaba dando las gracias! —le grité, a lo que me giró la cara—. Bueno, pues de nada por dejarte pasar tiempo con la reina de Vyskar. Me ha encantado. —Miré al cielo todavía alucinando por lo que acababa de pasar. *En serio, si alguien me hubiera dicho que iba a poder hacer eso sin sufrir un infarto, no le habría creído.* Volví a mirar al dragón y sus ojos estaban sobre los míos. La peligrosidad que venía de la mano de sus cuernos, los afilados dientes y su enormidad pareció más amigables ahora. Le sonreí—. Cuando Thøken se haga con el Ántor, prometo cuidar de ti. Podrás volver a ser mi dragón, si quieres.

Se acercó y retrocedí. *Ya no me fío.* Se acercó más y me caí al suelo. Justo antes de ponerme a gritar pidiendo ayuda, el dragón se detuvo. Una diminuta parte de su enorme cabeza estaba tocando la mía. Solo eso. Me quedé sin respiración. Mis ojos se alzaron hasta uno de los suyos. Parecía... *no. Imposible.* Creí haber perdido el juicio, porque tuve la sensación de que estaba diciéndome algo. Su respiración era como un mensaje resonando en mi interior, uno que no entendía. La misma flecha afilada de anoche volvió a cruzarme el pecho. No tenía sentido, esta vez no estaba haciendo nada malo. Me aparté. Retrocedí y luego seguí alejándome hasta que mi corazón volvió a latir a un ritmo normal. El dragón me miraba la única que vez que me giré a comprobarlo. *¿Por qué no le he hablado a Thøken del beso todavía?* Entonces fue cuando vi que los preparativos ya estaban teniendo lugar en la plaza. Corrí y luego lo hice entre la gente. Había muchísima. Cuando llegué hasta él, acababa de dar la orden a los guardias para que trajeran a los prisioneros.

—¿No me habías dicho que sería más tarde?

Thøken hizo una mueca y sacudió la cabeza dejando que un montón de mechones de un color rubio pálido bailaran por su frente.

—No quiero que lo veas.

—¿Por qué no? —Uní mucho las cejas sintiéndome dejada de lado.

—Vamos a cortarles la cabeza, Lhyos. No va a ser agradable.

Mi estómago me lo aseguró.

—Me da igual, quiero estar a tu lado.

—¿Te da igual? ¿En serio?

—Preferiría que hubieran decidido seguirte y que no tuviera que morir nadie. Pero si vas a hacerlo, no será solo. Sé que no será agradable.

Soltó el aire y sus hombros se movieron un poco con sorpresa. Me besó en la mejilla. Luego se lo pensó mejor y lo hizo en la boca.

—No tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo, princesa? He hecho cosas peores miles de veces. Esto no es nada para mí. Así que si te da asco, vuelve dentro. ¿Vale?

—¿Mi...? ¿Miles de veces?

—La vida en el infierno es más desagradable de lo que cualquier podría imaginar. —Thøken se giró y se concentró en aquellos que subían al escenario con las manos atadas a la espalda con una cuerda, guiados por guardias que no tenían nada de humanos.

Entre ellos estaba el chico que me robó un beso.

—Oye —llamé de nuevo su atención—. ¿Crees de verdad que podrás convencer a Apolo de que te deje quedarte?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque no me importaría cuidar de un dragón.

—¿Qué dragón?

—Skonghar.

Unió las cejas.

—Vale, pero tendrás que decirme cuál es. Ahora muévete hacia atrás, donde estás te salpicará la sangre.

Obedecí, claro está. Pero no pude evitar preguntarme cómo él no sabía cuál era mi dragón antes de que todo pasara. Entonces me di cuenta de que alguien me perforaba la mejilla desde la

distancia. Dhax. Me encogí de hombros ligeramente. ¿Qué quería que hiciera? Se había escapado de prisión y uno de los suyos había atacado a Thøken con muy malas intenciones. No había nada que yo pudiera hacer. Ni tampoco quería hacerlo.

Mis ojos barrieron el escenario y no encontré nada interesante entre las dos docenas de personas que vi en él. *«Un cascarón vacío».* Tal vez, pero este cascarón vacío seguirá viva al caer el anochecer. Tú no vas a poder decir lo mismo. Un regusto amargo en el paladar me dijo alto y claro lo horrible que era lo que acababa de pensar. Me di la vuelta cuando la mirada de Dhax fue demasiado difícil de ignorar. *«Tu vínculo con él no existe, Lhyos. No es real, aunque tu lo creas».* Sacudí la cabeza molesta. *Qué sabrás tú del mundo real.*

—Pueblo de Vyskar —dijo Thøken dando comienzo a la ceremonia, después de hacerme subir al escenario con él. Nada parecía real, solo un sueño, uno muy extraño—. Como sabéis, mis deseos son de gobernar de forma pacífica el reino de los humanos. Pero no toleraré ataques de ningún tipo al poder real. —Me miró y le sonreí. Nadie en el público parecía reparar en mí, solo en aquellos arrodillados a nuestra espalda—. A noche los ciudadanos aquí presentes intentaron sin éxito alterar la integridad física de... —Thøken dejó de hablar y miró al cielo.

Cuando lo hice yo solo vi que estaba despejado.

—¿Qué ocurre? —pregunté por lo bajo.

Todo pasó muy deprisa. Su mirada de confusión acompañada de un ceño fruncido se transformó en una dureza fiera. Maldijo por lo bajo y un segundo después, un grito muy agudo como el de un animal rabioso, retumbó en alguna parte muy por encima de nuestras cabezas. Antes de que pudiera parpadear y fijar la vista tres hermosas mujeres aparecieron bajo el escenario. Eran muy bellas, tanto que podrían ser Diosas. Delicadas, con cabellos de color caramelo y ondas que lo curvaban. Su tono de piel era un tanto grisáceo y su elegante vestido lo era de un tono más oscuro. Estaba roto dejando gran parte de una pierna y uno de los hombros al descubierto, y además iban descalzas. Cogí la mano de Thøken cuando una de ellas se giró hacia nosotros con una expresión desafiante.

—¿Qué son? —pregunté por lo bajo.

—Ninfas de la muerte —contestó, lo bastante alto como para que ellas lo escucharan—. Primas de las furias, las diosas de la venganza. —Bajó más el tono—. Odian a las furias porque las ninfas solo son semidiosas.

—Nosotras no seguimos órdenes de nadie —explicó otra ninfa, enrollándose un mechón de

pelo rizado en el índice—. Pero hacemos tratos beneficiosos siempre que nos interesen.

—¿Qué os ha dado Atenea a cambio de enviaros a vuestra muerte? —Quiso saber Thøken.

—Oh, no, te equivocas —Una de ellas sonrió, sacudiendo la cabeza de forma exagerada como una niña.

—Traemos un mensaje de Apolo para ti, demonio —explicaron.

Entonces vi que sus dientes eran más afilados de lo habitual. Como diminutas sierras. *Esto pinta mal.*

—¿Qué mensaje? —preguntó Thøken en un punto cercano a la indiferencia.

Los ciudadanos corrientes de Vyskar se fueron alejando de ellas tanto como pudieron y las ninfas vieron ese nuevo espacio como algo de lo que sentirse muy orgullosas.

—“Atenea está muerta” —citó la que había sido la segunda en caer—. “Lárgate de aquí o dejaré el infierno sin demonios. Empezando por ti.”

—Sus palabras no las nuestras —dijo la tercera antes de carcajearse de un modo espeluznante.

—Atenea no puede estar muerta —dijo Thøken.

—¿Y entonces por qué lo está? —preguntó otra ninfa antes de reírse.

—¿Qué ocurre? —le pregunté por lo bajo, pero él solo me miró.

Ido. Como en shock. En otra parte lejos de aquí.

—Su madre Athena no está tan muerta como él pensaba —me dijo una de las ninfas.

—Mientes —la voz de Thøken sonó poderosa.

—Oh, no, qué va. —Se rieron a coro.

—Mi amor —susurré abrazando su brazo.

Debía volver en sí. Por Vyskar. Debía protegerles de la nueva amenaza, puesto que estos seres no parecían dispuestos a hacer distinguos entre su objetivo y aquellos cercanos a él. Humanos corrientes que solo habían venido a palacio a presenciar la ejecución.

—No voy a ir a ninguna parte. —Thøken se mantuvo firme, cuadrando los hombros, ganando altura con cada palabra—. Apolo puede venir cuando quiera. Estamos preparados para recibirle.

Me preocupó mucho pensar que su cabeza no estaba aquí del todo. Eso lo ponía en peligro. A él, el amor de mi vida. El miedo zumbaba en mi pecho latido a latido.

—Sabía que dirías eso —dijo la ninfa más cercana a nosotros.

—Así que vamos a poder darnos un festín contigo y los tuyos —siguió otra pasándose una lengua anormalmente larga por los dientes de delante.

—Apolo borrará la memoria a los humanos que queden y todo volverá a la normalidad —dijo la última, sellando el trato.

Las bocas de las hermosas mujeres recién llegadas se abrieron de forma anormal. Demasiado. Una cara humana se habría partido mucho antes que eso. Los gritos desesperados sonaron mucho antes de que una de ellas alcanzara a una vida humana. La furia del elemento fuego salió disparada de la mano del Dios a mi lado.

Y se desató el caos.

SANGRE DE DEMONIO

Las ninfas también controlaban algunos de los elementos, el del aire por lo menos. Todas parecían más que dispuestas a entretenerse con los humanos antes de ir a por Thøken, pero él no pensaba darles tiempo. Le perdí de vista cuando bajó del escenario y quedó rodeado de gente. Me quedé ahí arriba sin saber qué hacer. Superábamos a las ninfas en número y por mucho, pero aún así no parecían indefensas. Uno de sus gritos era capaz de tumbar a todos aquellos a los que alcanzara. *Eso puede ser un problema.* Entonces lo vi. Que algunos de los demonios se habían vuelto en nuestra contra.

—Son sus gritos —Dhax apareció junto a mí, se había desatado y ya casi no quedaba nadie en el escenario—, interfieren en sus conexiones neuronales.

Me alejé de él y pareció odiar el gesto. Me alcanzó en un par de zancadas, nos bajó del escenario, me puso una espada en la mano y dijo en tono autoritario:

—Quédate detrás de mí.

Eso me hizo algo en el cerebro. Sus palabras... esas que hablaban de las cosas que estaba dispuesto a hacer por mí... estaban respaldadas por muchas de sus acciones. Yo había estado más que conforme con que lo mataran, ¿y él iba a protegerme? La flecha que me atravesaba se volvió de fuego. *Joder. ¿Por qué siento este dolor? Él no es cosa mía. Su lealtad hacia mí no tiene por qué ser recíproca.* Aun así, el dolor se volvió incluso más agudo.

—Te lo dije, bichito, hasta el final. —Miró a un grupo de demonios que venía directo hacia nosotros—. Tiene pinta de que ese momento llegará pronto. —Movié la espada, mucho más grande que la mía, girando la muñeca de una forma hipnótica.

Se colocó en posición, haciendo unos movimientos que se me antojaban de lo más natural en él. Yo alcé la mía en dirección a los demonios cogiéndola con ambas manos. Dhax dijo que la cabeza debía ser mi objetivo, así que fue ahí donde dirigí la punta de mi espada. Pero no tuve ocasiones de hacer nada. Dhax era una máquina de matar y no dejó que los demonios se me acercaran ni siquiera un poco. *Podría haberse deshecho de los guardias cuando vinieron anoche, pero no lo hizo, de los cinco. El beso realmente era su última esperanza. ¿Quiere decir eso que*

está conforme con aceptar su muerte si no recupera a la antigua Lhyos? Dios. Me encogí hacia delante cuando una segunda flecha aún más grande me atravesó dejando un vacío en la parte central de mi pecho.

—¿Ibas a aceptar tu muerte?

—Tenía un discurso preparado muy conmovedor para ganar tiempo. —Sonrió de manera torcida mientras acababa con otro demonio.

—Hablo en serio.

No contestó. Cuando se alejó de mí, le seguí y en un intento de proteger su espalda, puse la mía en su dirección. Alcé el arma a la altura de mi pecho, esperando que si algún demonio se acercaba, se la clavase él solo. *Si están poseídos es posible, ¿no? ¿Y cómo de listos son los demonios?*

Mucho más de lo que yo imaginaba.

Lo descubrí bastante pronto, cuando la espada de un demonio, esa que le salía del propio brazo (*venga ya tener eso clavado ahí tiene que doler un montón*) pasó a estar por todas partes. Creí que perdería el conocimiento solo por tenerlo tan cerca. Sus dientes estaban manchados de sangre humana y su cuerpo era mucho más robusto que el mío. Pero igual que había pasado con el dragón, mi cuerpo me sorprendió: esquivé todos sus golpes. Uno tras otro. *Eres una guerrera, Lhyos.* Lo era. Me agaché con tal de esquivar al demonio y luego hundí el filo de mi espada por encima de su rodilla. *Piensa rápido.* Cuando se dobló sobre sí mismo con un grito gutural y aterrador, le atravesé el cráneo.

—Joder —susurré sin aliento, apartándome tan deprisa como pude.

—Joder —dijo alguien a mi espalda—. Eso ha estado muy bien. —Dhax tenía una serie de cuerpos sin vida a su espalda, pero no parecían interesarle tanto como este.

—Sí —admití mirando mis manos.

—Eh —un par de sus dedos alzaron mi barbilla—, nunca bajes la guardia en una situación como esta. Las cosas pueden cambiar en medio segundo.

Y era cierto, llegaron más demonios. Y luego llegó él.

—¿Por qué has bajado del escenario? —preguntó Thøken.

—También podías ponerle luces luminosas que la apuntaran con tal de hacerles saber a las ninfas donde dirigir sus ataques —respondió Dhax con desdén, sin siquiera detener sus movimientos para hablar.

—No era peligroso para ella, había runas que la protegían. ¿Te crees que la habría dejado subirse ahí arriba con todos vosotros si no hubiera algo además de mí que la protegiera?

No importaba, el escenario ahora estaba hecho pedazos. ¿La razón? La muerte de uno de los dragones demonio. Su cuerpo había recibido un ataque de ninfa de la muerte, se había iluminado como si el fuego hubiera estallado en su interior y había caído sin control sobre él. Ahora no quedaba nada. Pero (solo para que conste) ver a Dhax luchar fue más interesante que ver eso.

—¡Oh, mierda! —grité al ver que estaba cerca de caernos encima una de las ninfas.

—¿Aún no has matado a ninguna? —Le preguntó Dhax mirándole por encima del hombro.

—He estado un poco ocupado salvando a gente inocente.

—Mientras dejabas a Lhyos a su suerte.

—Donde la dejé estaba protegida.

—¡Mierda! —grité y sin pensármelo dos veces corrí hacia ella. Antes de que llegara al nivel del suelo, salté y... casi chocó con mi espada.

De repente teníamos a las tres encima. A la que había decidido que le serviría como tentempié no llegué ni a rozarla con mi arma, igual que había pasado con la que yo había perseguido y ahora estaba con Dhax. Mi ninfa se movía demasiado deprisa. El hecho de que pudiera flotar de un lado a otro y volar a gran velocidad, me ponía las cosas condenadamente difíciles. Deseé haber entrenado todas las horas del día porque esas habilidades serían más que útiles ahora.

—Unida al mayor demonio de todos —dijo y sus palabras flotaron en el viento, materializándose a mi alrededor—. Ni siquiera tu madre te quiso.

—Tus intentos son ridículos, mi madre no me importa, solo Thøken —la satisfacción llegó hasta mí como la rabia hasta ella.

Una que fue compartida cuando me di cuenta de que mis ataques no eran certeros. Ninguno. *Es tan deprimente y frustrante.*

—¿Y no quieres saber por qué?

—No. Pero puedes preguntárselo tú cuando te reúnas con ella en el infierno. —Fingí ir a por su derecha, esperando que ella volara de esa forma en zig-zag que tanto les gustaba.

Entonces atacué por la izquierda. Moví la espada con fuerza y rapidez y le corté el brazo. No sentí asco, o quizá fue que la sensación de victoria superó a todas las demás emociones. Un

instante después Thøken apareció entre nosotras y lanzó a otra ninfa con fuerza hacia el cielo. Luego gritó:

—¡Senéthor! —Su rugido hizo que el dragón apareciera cruzando el cielo a toda velocidad.

Juraría que la había engullido. Que se la había tragado entera, pero algo se precipitó desde el cielo. Cuando cayó vi que... *Dioses*. Era la mitad del cuerpo de la ninfa. Reprimí las arcadas. El grito de la ninfa a la que había cortado el brazo impactó contra mi pecho sin que tuviera tiempo de bloquearlo de alguna forma. Dejó mis pulmones sin aire. Caí lejos hacia atrás y cuando estuve en el suelo se abalanzó sobre mí antes de que se hubiera asentado el polvo que había levantado. Intenté respirar, pero no pude. Lo siguiente que sabía era que sus dientes estaban rasgando la piel de mi estómago.

SIN SALIDA

Se clavaron tan adentro que ni siquiera grité. Mi boca se abrió con un dolor insoportable irradiando en todas direcciones, pero no salió ningún sonido de mí. Pensé que se apartaría o que tal vez me comería entera, pero entonces empezó a succionar. A drenarme. Parecía... *Oh, Dios.* Se estaba bebiendo mi sangre y la vida se estaba escapando de mis manos. Notaba como la fuerza abandonaba mi cuerpo. Entonces pasó algo. El cuerpo de la ninfa seguía junto a mí, pero su cabeza no.

—Mierda, Lhyos. —Thøken se agachó junto a mí y me acunó en su regazo.

A pesar de que todo mi abdomen estaba adormecido, de alguna forma sentía la sangre brotar de mí. Era una fuente que nadie podría cerrar a tiempo. Iba a morir. Y pronto. Le cogí la mano.

—Me alegra que estés aquí.

Algo se rompió en el rostro de Thøken. Me dio pena y deseé tener tiempo para apartar esa tristeza de él. Pero no lo iba a tener. *Contigo a mi lado puedo irme en paz. Incluso aunque mi corazón se haga trizas al saber que no tendré tiempo para amarte como te mereces.* La vida era un ser cruel y vengativo a veces.

—No vas a morir.

Creí que deliraba. Que tendría que abandonar su fase de negación cuando ya me hubiera ido. Una duda me asaltó. Recordaba que dhax había dicho que Thøken era responsable de la muerte de mi

Pero entonces de su mano emanó una luz blanca, una que desprendía calor agradable. Vi a Dhax a nuestro alrededor. Las ninfas ya no estaban, pero sí había demonios. Montones. Ambos estaban llenos de sangre, pero también de vida. El suelo tembló antes de que me recuperase del todo. El cielo se había vuelto de un púrpura oscuro revelador. Problemas. Venían y a montones. La guerra era algo horrible y difícil. Algo que solo vendría acompañado de lágrimas. Pero por desgracia, era nuestra única esperanza para lograr la vida que deseábamos.

La que Thøken se merecía tener. Y él... él lo era todo para mí.

No completar la curación me hizo sentirme algo más débil que antes del mordisco, pero ni punto de comparación a después del mordisco. Estaba bien. Por eso alcé mi espada cuando Dhax y Thøken alzaron las suyas.

—Te advertí que los humanos nunca serían tuyos —dijo Apolo acercándose con una firme sentencia de muerte en su forma de caminar.

—No he tocado el Ántor. Puedo cuidar de ellos por ti, si me dejas.

—Solo los necios se fiarían del Dios de la Traición. Además, ya no me sirve con que te marches, demonio.

—¿De qué estás hablando?

—Ella tiene que morir —los faros de luz de Apolo se dirigieron hacia mí—. La sangre de Atenea corre por tus venas, Lhyos. Tu unión a Thøken ha oscurecido tu alma y es cuestión de tiempo que intentes conseguir lo que ella no pudo.

—Ella no quiere eso, no le importa gobernar —el cuerpo de Thøken se tensó a mi lado.

—¿No me has oído? No importa lo que ella quiera. Pasará, es inevitable.

—No la hemos sellado —dijo Thøken y casi me atraganté con mi propia saliva—. ¿Cambia eso la situación?

Sentí la mirada de Dhax clavada en mí.

—¿Esperas que me crea esa mentira? —preguntó Apolo.

—No es mentira —bramó Thøken.

—No lo es, y no porque yo no le haya insistido —admití—. Porque lo he hecho. Y mucho.

—Mientras haya sangre de semidiosa corriendo por tus venas, estarás unida a Atenea —dijo Apolo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Thøken—. ¿Matar a toda la descendencia que haya tenido Atenea?

—Toda la que no viva en el Olimpo, sí.

—Así que de eso se trata. Del rango.

—Sinceramente, que esté conectada a ti es un problema casi mayor del que sin duda no voy a empezar a preocuparme. —Apolo se giró hacia mí—. Seré rápido, ¿de acuerdo?

De repente Dhax estaba entre nosotros. Solo veía su espalda fuerte y ancha. Su respiración era agitada y su mano todavía empuñaba la Zyxé que había conseguido.

—Apártate, humano.

—No voy a dejar que la toques.

—Pero ella ya no te pertenece. —Oí la confusión del Dios en su voz—. Ni siquiera te recuerda.

—Eso no cambia en nada mi papel en esta historia. —Dhax alzó la espada colocándola de forma horizontal a la altura del pecho, en una clara amenaza al Dios.

Un humano amenazando un Dios. Estaba loco. Había perdido el puto juicio.

—Eres solo un humano.

—Uno que le ha arrancado el corazón a una de tus ninfas —dijo Thøken, para sorpresa de todos.

Pero eso no cambiaba las cosas.

—Dhax, apártate —pedí confusa.

—Thøken, llévatela —ordenó Dhax sin moverse.

—No hay lugar en el mundo al que pueda llevársela sin que yo la encuentre, chico —dijo Apolo y juro que si hubiera habido algo más que luz en sus ojos, habría sido lástima—. Bueno sí, pero dudo que aguantara más de cinco minutos en el infierno.

Era evidente lo que debía hacer. Había una única opción que salvaba a la mayoría de los aquí presentes. La misma que lograría evitar otra guerra que presenciar a los humanos.

—No le mates —pedí, a lo que Apolo ladeó la cabeza para ver la mía, todavía detrás de Dhax—. A ninguno. Envía a Thøken de vuelta al infierno y perdónale la vida a Dhax. Si lo haces no opondré resistencia.

—Trato hecho.

—De eso nada.

—Sí —le desobedecí.

Thøken sacó su espada (*esa espada*) y caray, brillaba como el oro y desprendía un aura celestial pura e hipnótica.

—¿Hace falta que os recuerde quién soy?

—No eres tan estúpido —intervino Apolo.

—Nunca me iré de aquí. Nunca renunciaré a esto y jamás renunciaré a ella. Para eso tendrás que matarme y ambos sabemos que eso no va a pasar, lo cual te deja en muy mal lugar, Apolo.

—Van a venir, Thøken —le advirtió Apolo—. Ares, Zeus, Némesis y muchos más.

—No te creo, a ellos el reino de los humanos les tiene sin cuidado.

—Pero las inquietudes del hijo de Athena no tanto.

—Entonces la de hoy será la masacre más épica de la historia —contestó fiero—. ¿Quién sabe? Puede que después de todo me construya un palacio como este en el Olimpo.

Del cielo cayeron luces blancas. *Ángeles*. O eso dijo Thøken. Pero nosotros también teníamos refuerzos. Una jauría de lobos sanguinarios del infierno había aparecido con ganas de averiguar a qué sabe un Dios.

NUESTRA MUERTE ES INEVITABLE

En el momento en que los ángeles aterrizaron en la tierra, Dhax, Thøken y yo saltamos por los aires. Similar al grito de la ninfa, salí despedida con la potencia de un huracán, con la diferencia de que una electricidad vibrante me sacudía todo por dentro. Convulsioné. Ni siquiera nos habían tocado. Vi a los entes de luz luchar contra las sombras. Los ángeles arremetieron contra los demonios, exterminándolos casi sin esfuerzo. No éramos sus objetivos, solo estaban aquí para encargarse de las distracciones. Pero eran guerreros despiadados que no necesitaban armas para acabar con sus víctimas. Sus poderes no se parecían a nada que yo hubiera visto antes. Apolo apareció contra mí.

—Seré rápido. Tu muerte lo debilitará y aprovecharé el momento para enviarlo de vuelta al infierno, tienes mi promesa.

Pánico. Frío y gélido pánico corriendo por mis venas fue lo único que me quedó cuando perdí mi espada. Odié no haber tenido interés en aprender a utilizar mis poderes de semidiosa. Cerré los ojos con aceptación. Esperando la calidez que me invadió cuando la Diosa Atenea se dispuso a empezar lo que Apolo iba a terminar.

Pero no.

No llegó a tocarme. Por la misma razón por la que los demonios estaban siendo masacrados sin un líder que los protegiera. Thøken estaba ocupado clavando su espada de poder superior en el abdomen de Apolo. Se movió tan deprisa, de un modo tan letal, que casi ni lo vi. Pero cuando la imagen certera se presentó ante mis ojos ahogué un grito.

—No lo matará —dijo Thøken sin extraer su espada del cuerpo del Dios sin habla—. No, si no es en el corazón. —Nunca había visto sus ojos brillar de esa forma. Thøken tenía miedo. El Dios de la Traición, el mismo que había vivido toda su vida en el infierno, estaba asustado—. Pero nos comprará algo de tiempo.

—Si te salva, estoy más que dispuesta a entregar mi vida —le dije.

—Nunca renunciaré a ti, Lhyos. —Miró al cielo y gritó—. ¡Senéthor!

—¿Qué pretendes?

—Alejarte de esto tanto como pueda.

El dragón de escamosa piel oscura rugió en alguna parte del cielo. No era casualidad que Thøken no hubiera matado a Apolo. Sabía que él solo no podría con todos los Dioses, si venían tal y como había dicho el Dios herido. Y también sabía que no podríamos huir a ningún otro lugar. Misericordia. Era una petición en toda regla. La muestra de que podía utilizar todo su poder para acabar con Apolo, pero que elegía no hacerlo. Que elegía perdonarle la vida.

—No dejes que te alcancen. Y no te acerques a los ángeles. —Utilizando el elemento del viento, me empujó con fuerza. Choqué contra Senéthor y en su vuelo, me colocó en su lomo.

Desde las alturas pude ver como, mientras Apolo estaba fuera de juego, Thøken invocaba al quinto elemento. Akasha. Todo quedó en pausa en el momento en que la luz irradió de su piel. Menos los ángeles. Esas criaturas majestuosas, rebosantes de gracilidad y furia asesina, volaron hasta él.

—Senéthor, vuelve, no dejes que se acerquen a él. —Pero el dragón sabía que estábamos demasiado lejos.

No me obedeció. Ni siquiera lo intentó. Entonces, la voz de Thøken retumbó en mi interior y en todo Vyskar.

—Os lo advertí. Dadle recuerdos a mi padre de mi parte. —Puso sus manos sobre la tierra y soltó su ataque.

Una honda expansiva lo barrió todo. Un poder invisible, más poderoso que ningún otro elemento, hizo desaparecer a los ángeles como si nunca hubieran existido. Dejando como único recordatorio sus túnicas blancas precipitándose desde el cielo. Ángeles caídos. Futuros demonios. Entes que nos ayudarían en la próxima batalla. Los dragones se vieron afectados y rugieron doloridos. Por suerte, los dragones demonio no. Thøken había sido muy rápido. A penas había estado con las manos desnudas pegadas a la tierra, su espada casi no se había separado de su agarre. Pero fue suficiente para él.

—¡No! ¡Apolo! —Senéthor descendió a toda velocidad sin que tuviera que decirlo. El fuego subió por su garganta dispuesto a soltar la mayor llamarada de la historia. No llegamos a tiempo. Apolo hundió la espada de Thøken en su espalda. La sangre salpicó la tierra bajo su cuerpo antes de que cayera al suelo. Vi a Dhax. Volaba en un dragón demonio a la misma velocidad que nosotros. *¿Por qué? Él iba a matarte. Eres la última persona del mundo que debería intentar salvarle.* Luego el Dios del Olimpo levantó la mano en mi dirección y una bola

de fuego impactó contra la cabeza de Senéthor. No estaba segura del daño que le hizo al dragón, pero había algo de lo que sí lo estaba: yo ya no me encontraba en su lomo. Mi caída fue inevitable. El golpe contra el suelo me arrancó un crujido seco que me dejó inmóvil. Ningún humano habría sobrevivido a una caída así. Pero yo no era humana. Las lágrimas salieron de mis ojos de forma involuntaria. El golpe había dolido, pero más lo anterior. De repente sentí (y oí) cómo mis huesos empezaban a recolocarse. Era tan asqueroso como hiriente. «*Tienes mi misericordia, Lhyos*». La voz de Apolo estaba en mi cabeza. ¿Cómo? No lo sabía. «*Te dejaré elegir por quién entregar tu vida*». Luego, mi cabeza quedó en silencio. Oí un estruendo mayor a los sonidos de mi cuerpo. Alguien había llegado. Recé (no estaba muy segura de a quién) para que no fueran los Dioses. Ni siquiera grité. Lo que se estaba produciendo en mi interior era tan intenso y punzante, tan estremecedor a un nivel celular que no creí que fuera capaz de sobrellevarlo. Pero lo hice. Entonces vi su rostro. Ese que reconocía haber visto en el escenario, el rostro de la mujer que iba a ser ejecutada hoy antes de que el cielo y el infierno decidieran entrar en combate. Ladán.

—Bébetelo esto —acercó un líquido rosáceo a mí y cerré los labios con fuerza—. Lhyos, estoy de tu parte. Es gracias a mí que te estás curando, ¿sabes? —La recriminación en el tono me hizo dudar si creerla. No tuve opción a pensarlo más. Me abrió la boca ella misma y vertió el líquido dentro. Tuve que tragármelo para no ahogarme. Segundos después pude hacer mi primera respiración profunda. En cuanto me puse en pie, las ganas de apartarla de mí de una patada giratoria (que había comprobado que sabía hacer) casi me sobrepasaron—. ¿Cuántas veces voy a tener que salvarte la vida para que te fíes de mí?

—Yo solo me fío de Thøken.

Corrí. Buscándole a él. Dejé de pensar en el momento en que vi dónde estaba él y dónde estaba Dhax. Unas runas dibujadas en el suelo estaban encendidas en llamas formando dos círculos individuales. Y ellos estaban dentro. Había mucha sangre rodeando el cuerpo de Dhax. Tanta que no pude apartar la mirada. Su ropa tenía numerosos cortes de cuchillas de los que salía ese líquido rojo que lo empeoraba todo. Respiraba con dificultad. Ni él ni Thøken se movían a penas. Thøken... también estaba muy herido.

—¿Qué es esto? —susurré—. ¿Qué estás haciendo Apolo?

—Son anillos de Zelaid —dijo Ladán a mi espalda en una maldición.

—¿Y eso qué significa?

—Que Apolo ha tenido ayuda de alguien más poderoso que él. De lo contrario jamás habría podido meter ahí a Thøken. Es... imposible.

—No va a matarlos. —Le aseguré—. Me ha dado su palabra. —No dijo nada y eso me asustó más—. ¡No puede matarlos!

—Se ha ido. —Ladán miró a nuestro alrededor—. Pero eso no tiene sentido. Tú sigues siendo tú. Si le preocupaba que siguieras los pasos de Atenea, no es posible que acepte dejarte con vida. No aceptaría que fueras reina de Vyskar después de todo. No... no lo entiendo.

«Te dejaré elegir... Te dejaré elegir por quién entregar tu vida. Tienes mi misericordia».
Había sido real.

—¿Hay alguna forma de sacarlos? —pregunté.

—Sí —Ladán hizo una mueca, como si estuviera a punto de decir algo espantoso.
Cuando oí sus palabras... fueron mucho peores de lo que imaginaba.

EN MIL PEDAZOS

Solo una deidad puede crear estos anillos. Solo alguien con sangre de un Dios puede entrar en ellos. Los anillos de Zelaid necesitan un alma a la que adherirse, forma parte de una tradición antigua, de un sacrificio. Mis rodillas cayeron al suelo y grité. Sin saber por qué, sin saber en qué momento la decisión se había vuelto difícil. En qué momento cualquiera de las dos opciones acabaría con mi alma echa pedazos. Entonces la luz se hizo ante mis ojos. Me giré a Ladán.

—¿Qué me has dado?

Ella retrocedió con el miedo enfriando sus ojos, pero la cogí del cuello antes de darle opción a contestar. La levanté sintiendo que la fuerza de mi brazo era infinita.

—¡Qué me has hecho!

—No... Fhykna... no lo hagas.

No entendí las palabras de Ladán hasta que fue tarde. La punta de una daga me atravesó el estómago.

—Eras tú quien debía gobernar, Lhyos. Pero no así. —La voz del hombre que me había apuñado sonó a mi espalda justo antes de que me arrancara la daga, provocando que empezara a desangrarme.

Caí al suelo de cara, a los pies de los dos anillos de Zelaid. Las pequeñas piedras del terreno se me clavaron en la barbilla y se mezclaron con mi sangre. Entonces su cuerpo empezó a convulsionar y lo vi. Vi cómo la vida se le escapaba de las manos. A ambos, en realidad, de una forma u otra. No había tiempo. No entendía por qué no podía moverme. La decisión era sencilla, pero Ladán había... lo había estropeado todo. A mí. Me había roto. La odiaba. La ira era tan fuerte que casi no podía respirar. Me obligué a moverme, a salvar a Thøken, a repetirme que era él. Que el humano no me importaba. Pero no pude moverme, ni un solo milímetro. Las lágrimas descendían por mi rostro y no entendía por qué mis ojos seguían fijos en Dhax. Por qué las flechas que atravesaban mi corazón gritaban su nombre. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Se iba a hacer putos pedazos. No iba a quedar nada de mí. *Sabes a quién debes salvar. Sabes que es*

él. El cielo y el infierno. El fuego y el hielo. Yo me encontraba justo en el medio. Salvo que, con cada segundo que pasaba, mi cuerpo se inclinaba más hacia uno de los lados. Apreté los ojos con fuerza. Mi dolor nada tenía que ver con la herida de la daga.

Alguien estaba descuartizando mi corazón, pedazo a pedazo, quemando los restos.

Luché para no moverme en su dirección. Luché con todo lo que tenía. Mis manos se clavaron en la tierra clavándose por todo mi cuerpo mientras me arrastraba hacia él en movimientos muy similares a los espasmos. No quería hacerlo, pero lo estaba haciendo. Mi cabeza se apoyó en la tierra y grité. *No quiero. No. No puedo. Basta. No quiero hacerlo.* Pero no había forma de parar ese proceso. Me puse de rodillas frente a la línea de fuego de su anillo de Zelaid y me dejé caer al otro lado. En el momento en que el anillo aceptó mi alma como sustitución a la del humano, Dhax dejó de convulsionar. Abrió los ojos muy poco después. Su visión debía ser muy borrosa por las heridas, aun así se las arregló para ver la mía. Supe exactamente lo que vio: mi muerte. Mis brazos flojearon y mi barbilla volvió a chocar contra el suelo. Los pulmones se me cerraban contrayéndose con cada latido, como si creyeran no necesitar oxígeno y luego se lo pensarán mejor.

—Vete —logré decir en un sonido ronco que nada se pareció a mi voz—. No puedo controlarlo. Vete.

—No —contestó rotundo.

Le empujé. Yo estaba débil, pero él lo estaba más. *Una semidiosa siempre será más fuerte que un humano.* Pero no sirvió para sacarlo de allí. Las lágrimas me sacudieron, provocando que la sangre saliera a más velocidad de mi abdomen.

—Lo siento, por todo. —Sollocé. No era yo, en absoluto, Thøken seguía en mi cabeza. Poseer el Ántor y dominar a los dragones tenía mucho sentido para mí. Pero había un fuego encendido en mitad del hielo. Algo a lo que la tormenta no conseguía afectar. Ese fuego era amor. Mi amor por Dhax. Lo mismo que iba a matarme. Porque de ninguna manera iba a renunciar a él. Y sabía que si no lo hacía, mi cerebro estallaría o lo haría todo mi cuerpo. Que no podría luchar mucho más contra mí misma—. Lo siento tanto, Dhax.

—Para, no lo digas. —Se acercó como pudo y yo intenté levantar una pierna para empujarlo fuera de allí de una patada.

No pude.

—La-Ladán —supliqué.

—¡No ha salido! ¡Su cuerpo sigue dentro! ¡No puedo acceder a él! —Me di cuenta entonces de que Fhykna y ella no habían parado de gritarnos desde que había entrado.

—Sal de aquí. —Le pedí dejando de oír todo lo demás.

—No.

—Dhax esto te está hiriendo y ya estás medio muerto. N-no puedes salvarme. Este es e-el trato. Tu vida por la mía.

—No. —La sangre salía de su boca cuando logró moverse un poco más.

Hasta que nuestras manos estuvieron unidas. Odié el contacto y a su vez me hizo fuerte. Quise darme la vuelta para ir en busca de Thøken e intercambiar su alma por la mía, y a su vez entrar en el anillo de Zelaid para matarlo con mis propias manos.

—¿Es que no lo entiendes? Si Apolo no me mata, yo querré matarte a ti. Te culparé de la muerte de Thøken. —Y tenía pruebas de ello, yo... había pedido que lo mataran. No, no había salvación alguna para mí. Jamás podría cargar con esa culpa—. No puedes salvarme, Dhax. Pero puedes salvarte tú y salvarlo a él.

—Él te ha hecho esto. Y si no puedo solucionarlo, entonces me quedaré contigo hasta final. Pase lo que pase.

Eso me rompió del todo. Los sollozos pudieron conmigo. Entonces lo recordé. El primer beso y todos los que lo siguieron. Cada una de sus caricias. Su amor, recordé todo su amor. Fue tan rápido como un rayo y tan intermitente como su luz. Pero me sirvió de empuje para acercarme a él tanto como pude. *Skanaghor. Papá.* Demasiadas cosas al mismo tiempo contradecían a todo aquello en lo que me había convertido. Dhax me rodeó con sus brazos y deseé que acabara todo para mí mucho antes que para él. O que Ladán encontrara la forma de salvarlo. O que el capullo de Apolo hiciera honor a su fama y salvara al humano. Pero el anillo de Zelaid había aceptado mi alma y era el momento de irse. No iba a presenciar cómo acababa la historia. Lo último que vi fueron esos ojos dorados imposibles. Después, todo se llenó de oscuridad.

Estoy preparada.

EN MI CORAZÓN

Abrí los ojos y al instante volví a cerrarlos. La luz era demasiado fuerte. Esperé un poco a que pudieran acostumbrarse. Reconocí la sala en la que me encontraba, era una de las enfermerías del palacio. No recordaba por qué estaba allí, ni por qué sentía esa pesadez tirando de mi cuerpo hacia abajo. Queriendo que volviera a tumbarme. Pero no lo hice. Cuando estuve sentada, aparté la sábana blanca que cubría mi cuerpo. Las imágenes fueron llegando a mí a medida que lo hicieron las cicatrices. Una mordedura de ninfa de la muerte. *La... daga que me clavó Fhykna... Dios.* Los ojos se me llenaron de lágrimas. Dhax. *Estoy muerta. Morí en sus brazos. Lo recuerdo.*

En ese caso no entendía por qué respirar era más y más difícil a medida que los recuerdos llegaban a mí. *«Entonces hazlo. Esta es la persona que soy, Thøken. Y te aseguro que no quiero ser ninguna otra. No me importa nadie fuera de estas paredes, solo tú. Quiero estar a tu lado tanto como mi alma de semidiosa me permita. Quiero cargarme esa condena injusta que te persigue desde que naciste, y amarte como te mereces. Y quiero que me ames de la misma forma».* Mis emociones subieron por mi garganta de forma abrupta y vomité todo lo que tenía dentro. Pero nada podría despojarme de el horror de haberme perdido, haber muerto en vida, haber sido utilizada por los Dioses y no haber podido evitarlo de ninguna forma.

Entonces llegó la culpa de la mano de más náuseas. Ahogué un grito cuando me vi rogando besos a Thøken. Pero no pude ahogar el sollozo cuando vino lo demás. *«Creo que deberías matarlo, a Dhax».* Él había... aceptado ser un sirviente con tal de... pero no había nada que él pudiera hacer porque no era un Dios y Atenea era la responsable de... Pero aún así, el beso y... *Joder.* No podía respirar. *«Tal vez es que a ti no te amé de verdad».* Sollocé aún más fuerte. Me rompí en pedazos sabiendo que no habría forma humana de recomponer ese corazón. Estuvieron a punto de cortarle la cabeza al amor de mi vida y no sentí más que indiferencia. Le rogué a Thøken que se hiciera con el Ántor y que doblegara a los dragones. Me había convertido en lo peor imaginable. Iba a perder el conocimiento. ¿Estaba gritando? ¿Llorando? ¿Todo a la vez? No estaba segura. El presente y el pasado estaban borrosos. No me di cuenta de que alguien había

entrado en la sala hasta que los brazos de Ladán me rodearon con fuerza. Me hizo beber algo que me calmó, tanto como para volver a cerrar los ojos. Pero el pánico me destrozó hasta el último segundo. Luego solo hubo silencio.

No estaba segura de cuánto tiempo pasó hasta que volví a abrirlos, pero cuando lo hice, ella estaba sentada en la silla a mi lado.

—Hola, Lhyos. —Pronunció mi nombre como si lo hiciera por primera vez.

En cuanto el ruido en mi cabeza volvió hasta mí intenté bloquearlo (instinto de supervivencia) y fue... fácil.

—La *Aghnizára* te ayudará a no pensar en nada que no desees. Creo que las cosas serán más fáciles así, por ahora. —Su voz era tranquila y calmada, tanto como necesitaba.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un mes.

Abrí mucho los ojos. Esperaba que dijera horas, tal vez días, pero no un mes.

—¿Dónde está Dhax?

Apreté los labios como si desaprobara lo que iba a decir.

—A estas horas, seguramente fuera, con Yknode.

Las lágrimas volvieron a mis ojos.

—¿Está vivo?

—Sí, lo está. Le costó un tiempo recuperarse, como a ti. Pero ahora está bien, sano.

—¿Cómo es posible?

—Sus daños eran menores —respondió aunque ambas sabíamos que no era eso a lo que me refería—. Se pasa todo el tiempo en esta sala, salvo las pocas horas que le permito entrenar y, la verdad, creo que lo hace más por Yknode que por sí mismo.

Sonreí al tiempo que mis mejillas se humedecían. Sentía los ojos muy hinchados todavía.

—Ladán, tengo demasiadas preguntas.

—Lo sé y estaré aquí para responderlas todas. Así que, tómate tu tiempo.

Lo hice. Traté de organizarme lo mejor que pude en la mayor brevedad posible. Pero había algo que sobresalía por encima de todo lo demás que aún no sabía. Una información que necesitaba conocer.

—¿Thøken está muerto?

—No.

Cerré los ojos con fuerza y me abracé hasta que mi frente chocó con mis rodillas. La ira... no tenía la menor idea de cómo iba a poder controlarla. Supuse que la *Aghnizára* era un buen comienzo.

—Pero creo que te alegrarás de que viva una vez conozcas toda la historia.

—Eso es imposible.

—Hay mucho que...

—Me utilizó. Me besó y me convirtió en una versión horrible y yo... —me temblaron las manos. Sollocé—. ¡Hice y dije cosas espantosas! Ni siquiera pude llorar la muerte de mis padres. ¡Por poco la sangre de Dhax mancha mis manos! Y la tuya, Ladán. —El miedo me golpeó como un zarpazo de dragón furioso—. Me habría muerto. Volver a mi auténtico yo sin vosotros me habría...

—Lo sé, tesoro. Pero no tienes que preocuparte de eso ya.

—Estaba allí cuando iban a ejecutaros. Yo... —Su mano llegó hasta una de las mías.

—Nadie te culpa por ello, Lhyos.

Yo sí lo hacía. Y a lo grande. Debí ser más fuerte. Debí haber intentado matarle mientras le besaba. Creí que era fuerte.

—No seas injusta contigo misma. No podías luchar contra la fuerza de Atenea. Tienes que saber que ese conjuro no solo te afectó a ti, también a Thøken.

—¿De qué estás hablando? Él vino a buscarme, no fue por el beso.

—Su necesidad de amar y ser amado le hizo llegar hasta ti, pero el conjuro también le afectó. Si no yació contigo, fue porque sabía en el fondo que tú no eras tú. Que por mucho que lo deseara, no era suya. A pesar de que algunas veces, su propia debilidad le hiciera ceder y permitirse vivir en la mentira durante un rato.

—¿Por qué no lo mató Apolo? —pregunté, a muchos mundos de distancia de ser capaz de compadecerme de Thøken.

—Thøken recobró el sentido cuando tú y Dhax aún estabais vivos. Te llamó, pero no oíste su voz —empezó y imaginarme la imagen me retorció el estómago—. Para salvaros a ambos, Thøken le prometió a Apolo que no volvería a intentar conquistar, ni gobernar, el reino de los humanos.

—Pero el círculo de Zelaid iba a matarlo, eso ya sentenciaría sus futuras acciones.

—Las cosas no son tan sencillas para la gente como Thøken, Lhyos. Hay muchos... seres

en el inframundo que le deben favores. Las probabilidades de que le devolvieran la vida estaban ahí y Apolo lo sabía. Así que Thøken le pidió que borrara la memoria de todo Vyskar, vosotros incluidos, sabiendo que si lo hacía todo volvería a la normalidad.

—Salvo por las vidas perdidas.

—Una enfermedad, una plaga de monstruos que se descontroló... había mucho que Apolo podía implantar en nuestra memoria con tal darle sentido a la nueva creencia. Pero se negó.

—¿Por qué?

—Dijo que la experiencia sirve para que la historia no se repita con tanta frecuencia y, en mi opinión, es cierto. Además, no saber los motivos reales por los que perdimos a los reyes, sería una pérdida aún mayor.

Opinaba igual que ella, aunque no lo dije.

—¿Y qué pasó entonces?

—Thøken... —suspiró—, no sé de dónde sacó la fuerza. Pero a pesar de que el anillo de Zelaid estaba drenando su alma, hizo que un rayo tras otro cayera del cielo con tal de herir a Apolo. Y no solo eso. Perdió a Senéthor, que ya estaba muy herido, tras ordenarle que acabara con él.

Entonces recordé que cuando utilizó Akasha, los dragones se vieron afectados. Le pregunté por Skanaghor. Ella sonrió en un intento de tranquilizarme y luego asintió repetidas veces.

—Apolo siempre ha sido partidario de proteger el Ántor de Dioses y humanos, así que puedes imaginarte lo poco que le gustó tener que acabar con ese dragón. —Hizo una mueca—. Thøken había generado un tornado de viento y fuego que parecía capaz de arrasar con el palacio sin esfuerzo justo antes de que Apolo rompiera los anillos de Zelaid. Sangrando y más débil de lo que le había visto nunca, le repitió su oferta. Que jamás intentaría conquistar de nuevo el mundo de los humanos, pero que debía salvarlos a ambos. —Tragó con dificultad.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

EL TRATO

—Había varias cosas que no convencían a Apolo de ese trato y una de ellas era dejarte a ti con vida, por quien eras.

—La nieta de Atenea. Una semidiosa encaminada a la locura por culpa del deseo de poder —dije a lo que asintió.

—Pero encontramos una solución. —Parecía haber culpa en su rostro, lo cual no tenía sentido—. Verás, hace mucho tiempo leí algo que creí imposible. Una invención falsa basada en nada. Pero cuando le hablé de ella a Apolo dijo que era posible, pese a sus riesgos.

—¿De qué estás hablando?

—Apolo no quería que vivieras como semidiosa porque eso te conectaba a... todo. Pero no tenía nada en contra de tu parte humana, esa que te transmitió Khríomer.

—¿Qué estás diciendo?

—Aceptó drenar toda la magia de tu sangre. Cambiar la sangre de Atenea la Diosa, por la sangre de Pandora, la humana.

—¿Qué? Eso no es posible, hace muchísimo tiempo que Pandora está muerta.

—Eso es verdad, pero lo cierto es cuando Thøken convirtió a Senéthor en un dragón demonio... bueno, para hacer esa transición necesitas sangre de su antiguo enlace humano y sangre del nuevo. Es decir, en este caso, sangre de Pandora y sangre de Thøken.

—Creí que simplemente era algún hechizo para demonios. —Como los que afectaban a los animales de menor tamaño que pasaban de ser pacíficos a asesinos peligrosos—. Un segundo, ¿estás diciendo que...?

—Sí, todos los dragones demonio que vimos durante la guerra estaban enlazados a Thøken. El caso es que todavía había sangre de Pandora en el cuerpo sin vida de Senéthor. Fue una apuesta arriesgada. Si Dhax no hubiera estado desarrollando tus poderes curativos de semidiosa durante el tiempo que estuviste bajo el conjuro, no habríamos tenido ninguna oportunidad. Estabas muy herida.

—Espera, espera, ¿qué dices que hizo?

—Cuando te cogía las manos, no solo estaba intentando traerte de vuelta. Renunció a la idea después de muchos días intentándolo. Lo que hacía era avivar tus poderes curativos dormidos.

—¿Cómo lo hacía? —pregunté sintiendo un enorme nudo en la garganta.

—Estando encerrada recordé un hechizo que sirve para sanar dragones. —Ladán empezó a explicar las distintas formas que tenía de despertar esa parte interior que estaba dormida.

Lo que hizo Dhax conmigo era una versión adaptada a seres mucho más diminutos que los dragones y que consistía en restregar un ungüento en la parte más gruesa de mi mano. ¿Qué tenía el ungüento? Veneno. En pequeñas dosis, podía hacerte fuerte y desbloquear esa parte de ti que aun estaba dormida. Su olor era muy importante, por lo visto, pero también el hecho de que se filtrara a mis venas. Mi corazón tropezó consigo mismo.

—No se rindió en ningún momento. —Me mordí el labio cuando me tembló—. No entiendo cómo fue tan fuerte.

—Porque te ama. Tanto como tú lo amas a él.

—Pero le dije cosas horribles —cosas que me harían vomitar otra vez si las pensaba demasiado—, y hice muchas espantosas. Pero él se arriesgó una y otra vez.

—Tú estabas bajo los efectos del conjuro de Atenea y aun así lo elegiste a él. Te metiste en su anillo de Zelaid a pesar de que aún estabas bajo esa magia.

—Pero tú me diste...

—Eso no podía hacer nada contra un conjuro de Atenea, yo no soy una Diosa. Fue una pequeña ayuda, pero el resto fue cosa tuya, Lhyos. Lo que te pasó no fue tu culpa y fuiste muy valiente. Y muy fuerte.

Sollocé. Parecía que no sabía hacer otra cosa. No me sentía fuerte, me sentía pequeña y dolorida. Pero la historia aún no había acabado.

—Apolo solo aceptaría ayudarte en la transformación, ayudarte a volver a ser humana, si Thøken le prometía no volver a intentar hacerse con el dominio de los humanos.

—Pero él ya se lo había dicho. Él ya le había dicho que lo haría.

Suspiró con pesar y apretó los labios conteniendo una emoción que no entendía.

—Para que un Dios acepte una promesa de alguien como Thøken...

—¿Quieres decir un demonio?

Asintió, un poco a disgusto.

—Siendo el hijo de Athena y el ángel caído Khaled, Thøken debía darle a cambio lo más valioso que guardara su corazón: su esperanza. Así que para que Apolo se fuera, Thøken no solo debía renunciar a ti, sino también al resto de sus cartas.

Tragué con dificultad y dejé de respirar.

—¿Estás...? No. ¿Ladán?

—Sí, Thøken renunció a toda posibilidad de ser amado. Nadie volverá a pasar por lo que pasaste tú, Lhyos. —Carraspeó, intentando disimular la emoción que enrojecía sus ojos—. A causa del trato que hizo con Apolo para salvarte a ti y a Dhax, Thøken no podrá amar ni ser amado jamás.

Me encantaría decir que eso no cambió ni un ápice lo que sentía por él. Que seguía odiándole tanto como era posible para un corazón odiar. Pero no sería cierto. Sí cambió. A pesar de que la ira me obligó a bloquear esos pensamientos de inmediato, ya se habían instalado en mi cerebro. Y algún día, podría mirarlos directamente a los ojos. Pero hoy no.

—Quería hablarte de Ilíada.

La traición de mi madre era una herida abierta. *Otra más*. Y hacía que la muerte de mi padre doliera el doble.

—¿Qué pasa con ella?

—No podemos estar seguros, porque ambas están muertas, pero cabe la posibilidad de que Atenea manipulara a Ilíada y de que tú fueras su Dhax. La persona cuyo vínculo de amor fuera tan fuerte que ni siquiera el conjuro de un Dios pudo erradicar.

—No, no es cierto.

—Lo digo porque ninguno de sus ataques fue contra ti, nunca.

—Pero los permitió. ¿Las serpientes? ¿Lo que me sucedió en la cueva?

Asintió.

—La madrugada del día en que Thøken llegó, fue el primero en que Ilíada no se opuso a que te marcharas al peligro, ¿verdad? Tendría sentido que lo hiciera ya que el mayor peligro iba a llegar a palacio y ella lo sabía.

—Eso no... no tiene por qué...

—Y Atenea no sabía que tú seguías con vida. Lo lógico sería que Ilíada se lo hubiera dicho.

—Hay miles de posibles explicaciones para eso. ¿Y si no pudieron comunicarse? ¿Y si no

me impidió irme esa mañana porque estaba ocupada atacándote a ti? —No.

No estaba lista para aceptar algo más que traición. Ese muro estaba muy alto y no iban a abrirse las puertas.

—Yo trabajé muchos años con Ilíada —se acercó y me cogió la mano—, y su preocupación por mantenerte viva era tan real como el orgullo de tu padre porque fueras guerrera.

—Pero eso era antes de que Atenea llegara hasta ella. Mira, si lo dices para hacerme sentir mejor, puedes ahorrarte...

—Lo digo porque si hay algo de lo que no tienes una convicción certera, elegir creer aquello que más te hiere tal vez no sea lo más adecuado.

No dije nada. La imagen de mi... de Ilíada acabando con la vida de mi padre era demasiado fuerte, demasiado reciente y desde luego, demasiado dolorosa. Tal vez nunca llegara a superarlo, tuviera razón Ladán o no. Quizás con el tiempo, la cosa cambiara. Pero ahora no podía verlo de otro modo. Porque entonces Ilíada sería una víctima y yo habría presenciado... lo que estuve a punto de hacerle a Dhax. Ella lo habría llevado a cabo a pesar de no ser lo que deseab... no. No podía pensar en eso ahora.

Ladán no me contó mucho más que eso. Necesitaba ver a Dhax y aun no sabía cómo iba a afrontar la situación. Pero quería hacerlo. Mientras iba a buscarle, pensé en lo último que me dijo después de que le diera las gracias por todo lo que había hecho por mí. Y en lo que le había dicho yo.

—Fhykna es quien ocupa el trono de Vyskar a día de hoy. Dhax hace poco que ha vuelto a la normalidad y no quiso ocupar tu lugar. Pero te aseguro que Fhykna no intenta sustituirte. El respeto hacia tu padre le hizo dar el paso, igual que la necesidad de nuestro mundo de tener un líder al que seguir. Pero se hará a un lado cuando tú des un paso al frente.

—Será un honor seguir sus órdenes, Ladán.

Y aunque tendría que reunirme con él y discutir nuestro acuerdo, tal vez lograra convencerle para que gobernara durante unos años. Después de todo lo que había sucedido, sabía que él sería mejor líder que yo pues, aunque odiara admitirlo, quería vengarme. Y lo peor de todo, era que no tenía de quién. Thøken era una víctima en la que no iba a pensar ahora. No podía. Atenea estaba muerta, o eso dijo Apolo. Igual que Ilíada. Sabía que ser reina de Vyskar me impediría centrarme en lo que mejor se me daba y en lo que parecía capaz de sanar cualquiera de mis heridas.

Dhax y los dragones.

Subí la última roca, ya sin aliento. Un mes era demasiado tiempo y mi cuerpo estaba débil y resentido. Pero cuando le vi de espaldas mirando cómo Yknoder y Skanaghor volaban en la lejanía, los ojos se me llenaron de lágrimas y el corazón de una calidez reconocida y añorada. Intenté hablar, pero las lágrimas me lo impidieron. Antes de que encontrara la manera de tragarme el nudo de mi garganta, él se giró. Como si hubiera notado que estaba cerca.

Sonreí pero mi sollozo lo estropeó todo. Su sorpresa, el alivio, el miedo, la perfecta visión de él corriendo hacia mí... pero las lágrimas no pudieron hacer nada contra lo que sentí cuando me abrazó con fuerza.

—¿Desde cuándo...?

—Hace poco.

—Lhyos.

—Lo siento tanto, Dhax. —Sollocé sabiendo que no podría parar. Al menos, en un millón de años—. Nun-nunca podré per-perdonarme lo q-que hice.

Había tanto que quería decir y a su vez que no podía imaginar verbalizar. Lo que había pasado me ponía enferma y me asustaba de manera atroz. Su pecho se movió de forma abrupta, como si las lágrimas estuvieran saliendo también de sus ojos con agresividad. Pero él nunca lloraba. Sus padres estaban... él también había perdido mucho.

—Te tengo conmigo. No creí que fuera posible.

—¿Por qué no te fuiste? Debiste salir del anillo de Zelaid.

Me apretó con más fuerza. Dejándome claro que tendrían que arrancarme de sus brazos para que me dejara ir. *Lo sé bien.*

EPÍLOGO

SKANAGHOR

Algunos meses después.

—¿Estás preparada? —Dhax me miró con esa seguridad desafiante en la mirada.

No había nadie en el mundo capaz de hacerme sentir tanto con una mirada. *Por un segundo casi olvido donde estoy.*

—Perdona, es una pregunta retórica, ¿verdad? —El tono seductor y provocativo cada vez se me daba mejor.

—¡Yknoder! —Dhax saltó muy alto y una vez en el aire se dio la vuelta para caer de espaldas y finalmente...

No, no le estaba mirando. Qué va. Es un chulo.

—¡Skanaghor! —grité después de correr por mi montaña flotante y luego... bueno, ya sabes lo que toca.

Caí sobre el lomo del dragón de piel blanca con las alas más extendidas y hermosas de la historia de las alas extendidas y bellas. *Cursi. Me merezco comer carne de Hydra por cursi. Una pena que las hayamos extinguido, supongo.* Cogimos velocidad y luego un atajo. Dejamos atrás la cascada de Nheitiri y atravesamos los arcos de piedra. En el tercero le grité:

—¡Fuego! ¡Muy bien hecho, chico! ¡Más deprisa! —Era la caza de las hienas voladoras de Krigma. Un reptil alado que nada se parecía a nuestros dragones. Para empezar eran bastante odiosos: se comían a los de su propia especie, *(ajá, repugnante, te lo he dicho)*. Por si eso fuera poco, escupían veneno en la dirección en la que miraban más de cinco segundos así que se cargaban la flora y la fauna de allá donde fueran. Ah, y eran malolientes a un nivel de Rhyok. *Por eso a Skanaghor se les da tan bien cazarlas. Un reptil halado que huele a pescado podrido, a veces los Dioses no son nada generosos.* Al cruzar el acantilado una nos saltó encima.

—¿En serio? ¿Vienes a buscar tu muerte voluntariamente? —Me puse de pie en el lomo del dragón y cogí la Zyxe. Moví la muñeca con tal de calentar el brazo y luego hice lo mismo con la espalda—. Por favor, no me escupas en la cara que acabo de ducharme.

Bailamos un rato. Le di un par de golpes que la desorientó un poco. Entonces se quedó mirando el ala más cercana. *Oh, no, eso sí que no.* Salté y el cuerpo de Skanaghor se movió debajo de mí. Ún instante después choqué contra el monstruo. Atravesamos un aro de fuego, se oyeron vítores desde la lejanía. Sonreí. La hiena intentó mordirme y yo le regalé un golpe certero. Luego le corté un mechón de pelo trenzado (*mi trofeo de ganadora, muchísimas gracias*) y con un golpe final la empujé al mar que había muchos metros más abajo, donde serviría de buen alimento para una criatura con estómago de hierro. *Esos animales marinos que viven por allí sí nos gustan. Pero si te hablara de ellos ahora se me haría tarde y tengo un poco de prisa.*

—¿Estás bien, chico? —Dejé la Zyxe en su sitio y me agarré a su lomo. La magia que Thøken utilizó contra Skanaghor tal vez fuera irreversible. Pero iba a proteger a ese dragón costara la que costase. *Así que si quieres salvarme la vida, empieza salvando la tuya.* De forma repentina, sentí el peligro. Fue como una risa malvada y perversa en tu oreja en tu momento más vulnerable—. Oh, no. —El dragón al que acababa de salvar, cerró las alas pese a mis maldiciones y hizo lo propio. Ponerse boca abajo. Grité y grité—. ¿Es porque estuve rara un tiempo? ¡Ya han pasado meses! ¡Lo siento, no fue cosa mía! ¡Skanaghor! —Cuando la adrenalina no me dejó otra opción, me reí. *Típica carcajada previa la muerte*—. ¡No tiene gracia, no me rio porque sea gracioso! —Cuando las extendió casi estábamos al nivel del mar. Las impresionantes vistas me arrancaron un suspiro. *Maldita sea, cuánto me gusta esto.* Dentro de mi armadura, mi collar de madera rebotó. Lo saqué—. Mira, papá. Tu Vyskar. Sigue igual que siempre. —Era un fragmento del mango de su espada, recubierto por una madera esférica que lo protegía, así lo tenía siempre conmigo—. Bueno, igual, igual no. Hoy es un día muy especial. Único e irrepetible.

Cuando vi a Yknoder volar hasta un acantilado cercano, no pude evitar guiar a Skanaghor hasta allí. *Ganar competencias está sobrevalorado. ¿El tiempo con Dhax? Oh, sí, ese sin duda es mi mejor premio.* Cuando bajé de Skanaghor él me dio con la cabeza y yo se la empujé más fuerte. *Ya sé que no estás enfadado. Solo eres un rebelde sin causa.*

—Más vale que no salgas herida antes de esta noche. —Dhax estaba apoyado en una roca como si nada.

Apuesto a que corres hasta ellas y ensayas tus poses más seductoras para mí. Qué suerte tengo.

—¿Esta noche? —pregunté fingiendo no saber de qué hablaba—. ¿Qué pasa esta noche?

Estrechó la mirada y resopló molesto desde las alturas. Me acerqué.

—Ahhhhhh —susurré—, *eeeeeso*. Lo siento, sé que casarme contigo es en lo único en lo que yo he estado pensando desde que me lo pediste hace, no sé, veintisiete días, catorce horas y treinta y nueve segundos. Pero no esperaba que estuvieras tan ansioso como yo como para referirte a eso. No me atrevo a volar tan alto.

Sonrió y mi corazón sufrió un ataque de los buenos.

—Pues deberías. —Sus labios alcanzaron los míos en un lento, sentido y perfecto beso.

Me puse de puntillas y enredé las manos en su pelo. Él me atrajo hacia sí porque algo de distancia siempre era demasiada distancia. Nuestras armaduras chocaron la una contra la otra y ese sonido me resultó más que familiar.

—¿Puedes recordarme cuántos días libres nos ha dado Fhykna? —pregunté deseando que la respuesta fuera dos mil.

—Cinco. —Tiró de mí hasta que caí sobre su cuerpo apoyado en la roca—. Y no pienso dejarte salir de nuestra habitación.

—Caray ojalá fuera ya de noche. ¿Crees que tendremos tiempo suficiente?

—No, por supuesto que no.

Me reí en sus labios.

—Tendremos que intentar contentarnos durante el resto de nuestras vidas.

—Una vida aburrida de dos guerreros enamorados dispuestos a proteger sus dragones a cualquier precio —resumió.

—Suená genial.

—Justo eso estaba pensando.

Yknode y Skanaghor rugieron desde la distancia.

—Ah, ya la carrera —murmuré en un quejido mientras nos separábamos.

No me malinterpretes, no es que no me encante esto, es que Dhax puede con todo lo demás.

—¿Ya has pensado cómo vas a disculparte con Skanaghor cuando Yknode se lleve los Rhyok de premio? —Caminó delante de mí, de espaldas.

—Soy muy capaz de comprar a mi dragón todo el pescado podrido que quiera, muchísimas

gracias.

—Ya, pero el de la victoria sabe mejor. —Me dio la espalda.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —Alcé mucho las cejas y la barbilla. Porque hace tanto tiempo que Skanaghor y yo somos los números uno que ya no debéis ni saber a q...

Se giró, sus manos llegaron hasta mis mejillas y me besó. De esa forma deliciosa que hacía que todo mi interior se retorciera de pura felicidad, dudando si este era el resultado de haber muerto aplastados contra las rocas después de haber entregado la vida al servicio humano y dragón. *Es que no puede ser verdad.* Cuando abrí los ojos Dhax estaba lejos. Abrí la boca con ofensa.

—¡Eso es jugar sucio! ¡Me has despistado!

—Te he dejado un presente, bichito —dijo antes de saltar.

Miré a mis pies: una trenza de hiena. La cogí y corrí hasta el borde.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Puedo ganar sin ella! —Le grité sacudiendo su ofensa-presente —. ¡Skanaghor!

Un rugido después mis pies dejaron de estar contra el suelo y unas garras me hicieron volar. *Madre mía, si que os gusta a los dos torturarme.* Sonreí.

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola!

Me alegra mucho ver que has llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado con **Beso de Dragón**. Mi nombre es LMR (Laura Moreno Romero). Si te ha gustado, puedes hacérmelo saber a través de Amazon con una reseña :D. Y en caso de ver muy necesaria la historia de Thøken, también me lo puedes hacer saber por allí.

Ya que estás aquí, ¿hablamos de libros? Porque me alegra mucho poder decirte que tengo otros libros de dragones. Y no solo eso, también tengo otros temas de Fantasía & Romance que pueden interesarte. Al final de esta nota te dejo un regalo, para que

TRILOGÍA FAWERGHONE:

1.- DEKLON: Amor y flechas de sangre.

2.- CRYNN: Un último te quiero.

3.- ZYOR: El beso de la muerte.

Amor, amistad, traiciones, un futuro incierto, retos constantes, misterio y mucha, mucha, mucha emoción. **(No me hago responsable de la adicción que pueda suponer leerla).**



TRILOGÍA LA LUCHA CONTRA EL TIEMPO

1.- KAL-RHAYDES: El beso del desierto.

2.- BALDERSKO: Arena de fuego.

3.- PRIAMOS: Infierno en llamas.

Trepidante, con mucha acción, un triángulo amoroso pasional, un destino demoledor y una amistad inquebrantable. (AY-AY-AY)



BILOGÍA DRAGÓN

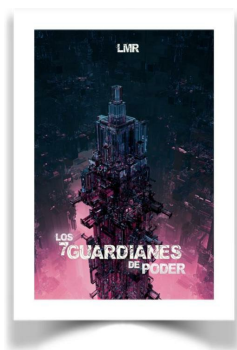
1.- VYSSELDUR: Alas de dragón y tú.

2.- CELESTIAL: Tú y el reino de dragones.

Dragones, adrenalina, lealtad, honor, amistad, aventura y romance, (**¿he dicho ya que tiene dragones?**).



Además de los mencionados también dispongo de **Los 7 Guardianes de Poder** (distopía, amor, ambiente futurista, una secta...)



Y por último.... (Alerta, no fantasía, solo romance contemporáneo :D)

¿En caso de que te apetezca leer una novela rápida, fresca, con giros inesperados y con mucho, mucho romance? Entonces **Ingeniería Romántica** es para ti. Es una novela autoconclusiva de **enemies to lovers** nueva que está teniendo muy buena crítica. ¡Y me alegra mucho hacerte saber que acaba de publicarse **Armonía Romántica**. Una novela autoconclusiva de **best friends to lovers** con personajes como *Beethoven*, *Mozart* y *Salieri* entre ellos. ¿Qué esperabas? Tiene lugar en el mejor conservatorio del mundo.



Lo único que me queda por decir es que tengo **Spotify** como **LMR**, donde canto canciones sobre mis novelas (BESO DE DRAGÓN ya tiene la suya, se llama Angel (Dhax)) y puedes escucharla si te apetece.

También tengo Instagram **lmr_author_** (sí, soy de la clase de persona que pone un _ al final, me disculpo) y allí publico cada vez que subo una novela nueva :D

Eso es todo por ahora. Si acabas de llegar o llevas aquí desde el principio, gracias. ¡Habrá más historias! Muchísimas más.

B·E·S·O DE D·R·A·G·Ó·N



¡Regalo!

Aquí te dejo algunos fragmentos de **Vysseldur: Alas de dragón y tú** a continuación. El primer libro de la bilogía dragón que tan trepidante ha parecido a todos sus lectores.

Te dejo a Ilaria la protagonista del triángulo amoroso Ixchel-Ilaria-Zalen por aquí para que los conozcas.

Por si te apetece... **Es gratis. :D**

VYSSELDUR: alas de dragón y tú.

—Estás muy contenta para alguien que va a coger una pulmonía —dijo Ixchel que estaba siguiendo por algún motivo el rastro de agua que dejaba a mi paso.

—Vengo de entrenar a Vysseldur —expliqué.

Ixchel alzó las cejas.

—Mi dragón —aclaré.

—Estaba casi seguro. Es que aquí la gente tiene nombres muy raros.

—No te falta razón, Ixchel —dije pronunciando esa última palabra más despacio.

Él hizo una especie de sonrisa torcida.

—Te he visto en clase —continuó—, no creo que te haga falta entrenamiento extra, eres más que rápida.

¿El chico más arrogante habido en la faz de la tierra acababa de hacerme un cumplido?

—Gracias —contesté.

Ixchel se cruzó de brazos y me miró apoyándose en una de las paredes de mármol. Me detuve, pasando por alto el temblor provocado por el frío.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —contesté.

—¿Quieres volver a *Khandalyce*?

Eso me pilló totalmente desprevenida.

Hice algunos sonidos extraños antes de hablar.

—¿Qué? Claro que no. ¿Por qué iba a hacer entrenamientos extras si no fuera porque estoy loca por ascender a *Clyros*?

—He oído que tus padres siguen allí —continuó Ixchel.

—Los padres de todos están en *Khandalyce* —contesté—. ¿Acaso los tuyos no?

Ixchel sonrió.

—Claro que están en *Khandalyce* —afirmó descruzando los brazos y acercándose a mí. Era más alto que yo y en estos momentos me hubiera gustado que no fuera así.

Mi pulso se aceleró un poco.

—No podría estar aquí si eso no fuera cierto —añadió—. Además, si pudiera estar allí arriba, créeme, no malgastaría ni un segundo aquí.

Tenía sentido. Ixchel me miró expectante y decidí llenar el silencio incómodo.

—Lo entiendo. No podemos hacer nada por ellos —mentí—. Lo mejor es que pensemos en nuestro futuro. Aunque no podamos salvar a las generaciones pasadas, podemos salvar a las futuras.

Esos ojos azules imposibles se quedaron mirándome durante varios segundos.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —contestó—. Tenía curiosidad.

—Tal vez sea porque eres un año menor que el resto, pero aquí podrían pensar que esa ha sido una pregunta... extraña.

—Solo era una pregunta —contestó metiéndose las manos en los bolsillos.

«Quieres volver a *Khandalyce*» estaba a años luz de ser *solo* una pregunta. Pero vale.

—¿Qué? —pregunté cuando se me quedó mirando fijamente.

—Tus ojos.

—¿Qué les pasa?

—Son grises.

—Eso parece —musité. ¿Acaso se había dado un golpe en la cabeza?

Ixchel negó con la cabeza sin dejar de mirarme.

Va-le.

—¿Puedo hacerte yo ahora una pregunta?

—Claro —contestó Ixchel volviendo a su estado natural. Se pasó una mano por el pelo, pero volvió a caerle sobre la cara segundos después—. Dispara.

—¿Eres consciente de lo insoportables que son esas dos? —pregunté mirando en la dirección en la que se habían ido *Las Insufribles*.

Ixchel soltó una carcajada. Su risa, a diferencia de todo lo demás, era agradable.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Entonces empezó a andar hacia atrás y a poner distancia entre nosotros.

—No todo en la vida puede ser diversión, señorita Vaughan.

¿Sabía mi apellido?

—Por una finalidad merecedora de todo sacrificio —añadió levantando una copa invisible y nos alejamos el uno del otro.

—Madre mía, Ilaria —exclamó Glimmer al verme entrar en la habitación empapada de pies a cabeza. Estaba en el escritorio haciéndose un peinado, era muy ingeniosa para eso—. ¿Estabas fuera?

Estornudé por tercera vez desde que había empezado a subir las escaleras. No debí entretenerme a hablar con nadie y menos con él.

—Sí, entrenando —contesté y por lo que vi en los cristales, todavía seguía lloviendo.

Glimmer cambió su mueca de preocupación por una sonrisa provocativa.

—Tú estás entrenando para ganar a Zalen la próxima vez. Di que sí.

—Voy a darme una ducha y bajamos a cenar —dije intentando disimular la sonrisa que luchaba por salir—. ¿Qué tal tu pierna?

—Bien, bien, bien, bien —dijo muy rápido mientras movía las manos—. ¿Zalen ha ido contigo? ¿Ha pasado algo importante y trascendental que alimente mi alma curiosa, muerta del aburrimiento? —preguntó con un nuevo brillo en los ojos.

—Primero, no, Zalen no ha venido, tenía que cosas que hacer. —Muy a mi pesar.

—Qué aburrido.

—Y segundo, ¿cómo haces preguntas tan largas sin coger aire?

—Practico cuando no estás.

Cogí la ropa de la cómoda que compartíamos y giré sobre mis talones.

—Bueno... —entrecerré un ojo a la vez que ladeaba la cabeza—, no creo que sea importante.

—Suéltalo —ordenó amenazándome con su cepillo.

—Me he encontrado a Ixchel y ha sido un poco... Sabe mi apellido —concluí y sonó tan ridículo como pueda parecer.

—¿El segundo día? —preguntó Glimmer arrugando la nariz.

Por eso era mi mejor amiga.

—Exacto, un poco raro ¿no?

—Un poco, ¿qué te ha dicho?

—No mucho —mentí—. Estaba con Isleen y Leiza.

—Esas larvas piojosas, pegajosas y asquerosas.

Tras unos segundos de insultos incongruentes continué.

—No parecía que fueran amigos.

—¿Y por qué va con ellas?

—No lo sé. Dijo algo como «por una finalidad merecedora de todo sacrificio».

—¿De qué siglo dices que viene? —preguntó a lo que me reí—. No será un rollo religioso, ¿no? Porque eso le quitaría el noventa por ciento de su atractivo.

—¿Y si su Dios es el rey del infierno? —pregunté.

—Entonces solo un cuarenta por ciento —contestó enrollando una de sus coletas entre los dedos.



No pude evitar sonreír.

—Que Ixchel haya resultado inocente no quiere decir que debemos bajar la guardia, quien lo hizo aún está por ahí —dijo Zalen y aproveché para entrelazar mi mano con la suya—. Debes estar alerta.

—Tengo controlada la situación, tranquilo. Aún así, estaré atenta. Sé cuidarme bien, ya lo sabes.

—Lo sé, solo quería asegurarme —dijo rodeándome con los brazos.

—Tú también debes tener cuidado.

Zalen soltó una risa floja y cuando su pecho rebotó contra mí me alegró que me tuviera cogida.

—Gracias por preocuparte.

La ternura que habitaba permanentemente en su mirada era única y característica de Zalen. Pensé en todas las veces que había querido besarle y no lo había hecho. Habían sido muchas. Tantas, que cuando le besé lo hice por todas esas veces.

—No he podido resistirme —admití.

Volví a besarle y algo mucho más intenso cruzó su mirada cuando nos separamos. Me sentía bien con él, era como estar en casa. Como tener al fin entre mis brazos todo aquello que tanto había añorado.

—Puedes volver a hacerlo siempre que quieras —murmuró con voz perezosa mientras acariciaba mi pelo con la mano que había dejado reposando en mi espalda.

Ya tenía otra vez esa ridícula sonrisa en la cara.

—Tomo nota...

Estaba a punto de besarle cuando la voz de mi mejor amiga nos trajo de vuelta a la realidad.

—Lapa número dos, es hora de irse.

Me giré aún en su abrazo y vi que teníamos dos pares de ojos observándonos. De repente la

temperatura de mi cara subió unos cuantos grados. Me volví hacia Zalen y le di un beso en la mejilla.

—Descansa.

—Tú también —contestó Zalen.

Después, él y Elijah se marcharon en dirección a sus habitaciones, muy separadas de las de las chicas.

Una pena.

Glimmer me pasó un brazo por encima de los hombros y me miró.

—Si no fuera porque derrochas felicidad ya me habría arrancado los ojos.

Solté una carcajada.

—¿Tan horribles somos?

—Un poco vomitivos, sí —contestó—, tendré que buscarme una nueva amiga, una más sosa y aburrida.



—¿Listo para jugar? —pregunté mientras le quitaba la cadena a Vysseldur.

Parecía de buen humor, ¿sería mi día de suerte? Después de la semana que había tenido con Zalen, empezaba a pensar que me había tragado un bosque de tréboles de cuatro hojas sin darme cuenta.

—En posición —ordenó el instructor Hoth Lyone mientras avanzábamos hasta la señalización del suelo en la que debíamos detenernos.

Glimmer ya estaba subida en Syssa, la única criatura de piel amarilla y verde esmeralda de todo último curso.

—Todavía no hemos empezado y ya os hemos ganado —dijo Glimmer con retintín.

Sonreí. El cielo estaba despejado y hacía un sol radiante, día perfecto para volar.

—Tú lo has dicho, no hemos empezado —contesté saboreando la futura victoria.

—¿Preparadas? —preguntó Hoth y cuando asentimos hizo sonar el silbato que daba comienzo a la carrera.

Vysseldur y Syssa avanzaron hasta el saliente prácticamente a la vez. Nosotros descendimos a toda velocidad mientras Syssa y Glimmer ascendieron. Supe entonces que empezarían buscando en *La Cueva de Era* antes de ir al saliente. Arriesgado, porque si no había ninguna rosada allí tardaría un par de minutos en descender hasta las rocas.

Volar siempre sería una de las mejores sensaciones del mundo para mí. La libertad. El vínculo entre dragón y humano. Eramos dichosos, afortunados. Y lo único que podía hacer era entregar mi vida con tal de salvarlos de una muerte segura.



Cuando saqué el brazo, que había quedado cubierto de sangre de su boca, mi mano agarraba un puñado de un polvo negro terroso. No había visto nada igual en mi vida. Parecía arena, pero era oscura casi negra. Tenía que ser veneno, alguien lo había envenenado. Miré a mi alrededor al borde de la desesperación. ¿Heridas? Claro, podía curarlas, pero ese dragón no tenía ninguna.

Tenía el pulso tan acelerado que me dolía el pecho. Había poco que hacer en lo que a envenenamiento se trataba. Por eso en *Shyzengard* eran tan cuidadosos con los *Draco Antrum* (lugar de descanso de dragones). Porque era mejor prevenir algo que no...

—Pero no tiene sentido... la clase de veneno capaz de matar a un dragón solo existe en... — Las imágenes se sucedieron frente a mis ojos al tiempo que las lágrimas me abrasaban los ojos —. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —Volví a gritar una y otra vez. Estaba segura que me oirían los *Draco Antrum* cercanos, pero ¿y si no había nadie? No recordaba haber visto a nadie al llegar. Tenía que buscar una solución y rápido. Me acerqué a uno de sus ojos y coloqué mis manos temblorosas cerca—. Voy a buscar ayuda. Por favor, por favor, aguanta.



VYSSELDUR y CELESTIAL, *biología dragón disponible en Amazon*
LMR (*Laura Moreno Romero*)

Hasta pronto :)